ANT
XIX
249

CUESTIONES
POLÍTICAS Y SOCIALES.

Esta obra es propiedad de los Editores San Martin y Jubera.

Madrid: 1870.=Imp. de Julian Peña: Relatores, 13.

18 ans
R-44.077

BIBLIOTECA · Granada · DE ANDALUCIA

CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES,

POR

DON EMILIO CASTELAR.

TOMO III.

MADRID.

A. DE SAN MARTIN, Pta. del Sol, 6. | AGUSTIN JUBERA, Bola. núm. 3.

1870

CUESTIONES

POLÍTICAS Y SOCIALES,

POR

DON EMILIO CASTELAR

TOMO III.

MADRID.

PRÓLOGO.

Los dos tomos anteriores encierran nuestros combates y nuestras negaciones, y este último, nuestro ideal y nuestras esperanzas. En él hemos recogido los bocetos de nuestros héroes, la historia de nuestras ideas, el ideal de nuestras esperanzas, las cartas escritas en el destierro anunciando las soluciones revolucionarias y los trabajos por la forma de gobierno que contiene en sí el espíritu de la democracia, como el organismo humano nuestro espíritu, por la República. Este trabajo es de tal encadenamiento, que se vé y se toca el desarrollo de la idea revolucionaria hasta llegar á sus últimas consecuen-

cias, á la emancipacion de la democracia. El dia en que veamos realizado este ideal, habrá sido el dia de la resurreccion de nuestra patria.

EMILIO CASTELAR.

EL IDEAL DE LA DEMOCRACIA.

El siglo en que vivimos ha sido con razon llamado el siglo de las revoluciones. Abrióse con aquella grande y universal catástrofe, en que se hundieron la monarquía absoluta, el feudalismo, la teocracia; y cada diez años registran sus anales, ya en un pueblo, ya en otro, convulsiones violentísimas, que ensangrientan la tierra y dan nuevos mártires á todos los partidos. Con sólo contemplar estas revoluciones se vé su causa y se ocurre á su remedio. Nunca provienen de accidentes fortuitos, nunca de conjuraciones largo tiempo preparadas, sino de un movimiento incontrastable de la sociedad entera, que, ó no puede sufrir sus males presentes, ó se esfuerza en realizar un ideal para lo venidero. Los gobiernos en su ceguera creen posible matar una revolucion ahogando la voz que la predice, y son tan dementes como el que creyera apagar la luz con arrancarse los ojos. Y á su vez hay revolucionarios, que imaginan posible desen-

cadenar á su arbitrio las revoluciones; empeño vano, quimérico, cual si pretendiéramos engendrar con una máquina eléctrica tempestades en la atmósfera. Las revoluciones reconocen causas permanentes y universales. Las que hoy presenciamos, ó son nacionales, ó son populares. Las primeras, suceden allí donde las naciones no tienen independencia; las segundas, suceden allí donde los pueblos no tienen derechos. Unid en vuestro pensamiento el poder inmenso del czar de todas las Rusias, asentado sobre catorce naciones inmoladas á su ambicion, con la inmensa desgracia del esclavo, que es como una bestia; y comprendereis la causa de las dos revoluciones formidables que desgarran á las dos sociedades, verdaderos polos de la vida política moderna; la causa de la guerra de los Estados-Unidos, y de la guerra de Polonia. Siempre las revoluciones se imputan al carácter anárquico de los pueblos, y siempre las revoluciones se originan fatalmente de culpas de los gobiernos. Es, sin embargo, necesario, urgente, sustituir á estas revoluciones sangrientas, que, á manera de los ángeles esterminadores del Antiguo Testamento, blandiendo sus espadas de fuego, vienen, por castigar á unos, á estremecernos y apenarnos á todos; es necesario sustituir la revolucion natural, pacífica, tan necesaria en la sociedad como la renovacion de la sávia en los árboles, como la renovacion de la sangre en los animales, como la vida en el universo. Si la revolucion pacífica pare-

ce una utopia, uno de esos ensueños á manera de las cosmogonías divinas de los místicos y de los iluminados, cúlpese, no á los pueblos tan dispuestos á la paz, que muchas veces se contentan con el nombre y las apariencias de la libertad, sino á los que degüellan á las nacionalidades, á los que cargan de cadenas á los esclavos, á los que batallan por detener el movimiento del siglo, en el cual va como encerrado el espíritu de la humanidad, á los que quieren sustituir su débil poder á las eternas leyes de nuestra naturaleza.

La sociedad no puede vivir en contínuas convulsiones. El instinto social es tan seguro, que cuando llega una de esas épocas tristísimas, en que la fuerza de los acontecimientos le obliga á optar entre la dictadura ó la anarquía, opta siempre por la dictadura. La sociedad no es una aglomeracion de individuos, es un ser real, individuo superior, con vida propia, con propias facultades. Sumados todos los hombres no darian la fuerza colectiva, la vida multiforme, la inteligencia poderosa, el espíritu que, á manera del aire, no se palpa en ninguna parte y está en todas, y que se llama sociedad. Pero la sociedad no se funda en bases arbitrarias, ni vive de la voluntad de un sólo hombre; tiene leyes racionales y eternas. Cuando un sólo hombre representa la sociedad, sus hijos predilectos la maldicen, como Cervantes maldijo en su sátira inmortal la sociedad del siglo décimo-sétimo, como Rousseau maldijo

con su inmortal elocuencia la sociedad del siglo décimo-octavo. La sociedad vive produciendo y devorando sistemas, como vive produciendo y devorando indivíduos. Cuando ha abandonado una ley de vida y no encuentra la nueva, trabaja, se agita, y suda esas gotas de sangre que se llaman dias de revolucion. Por eso, al morir un sistema social es necesario sustituirle pronto el nuevo sistema social que será indudablemente más progresivo. Y no es dable pensar en el antiguo, porque lo han destruido las mismas fuerzas que lo han creado, y lo rechaza la misma inteligencia que lo formara. La sociedad moderna ha devorado el derecho divino en la vida política, la escolástica en la vida científica, el privilegio en la vida económica, la casta y su última trasformacion, que se llamó la aristocracia, en la vida social. Pero estas varias formas de sér de una sociedad no han muerto sin que nazcan otras nuevas, á manera que las generaciones no se despiden de la vida como olas que se retiran para siempre, sino dejando otras generaciones como olas que se renuevan. Y este nuevo ideal surge en un indivíduo, se plantea por la palabra hablada y escrita, se organiza en asociaciones, crece regado con sudor y sangre, despierta grande oposicion que le es saludable porque le obliga á purificarse, convierte los hombres-piedras, dormidos para la vida espiritual, en hombres dispuestos á morir por esa entelequia ininteligible para unos, diabólica para otros, que se

llama nueva doctrina; y poco á poco se va apoderando del sentido comun de los pueblos, se va convirtiendo en axioma para los mismos que lo creyeron error, y se eleva á ser la vida de la sociedad.

Cuando ha encontrado su ideal y lo realiza, la sociedad descansa como un cuerpo que se engarza en su centro de gravedad. Ahora bien: ¿dónde está el partido que tiene la nueva fórmula social? ¿cuál es? No creais, partidos políticos, no creais que tenemos la necia arrogancia de negaros. Sabemos que no hay institucion, ni hay partido, que al existir no tenga razon de su existencia. Sabemos que, dada una idea, se dá al mismo tiempo su contraria. Sabemos que un nuevo sistema social vive principalmente en su lucha con el opuesto, como los colores de un cuadro brillan principalmente por las sombras. ¿De qué le serviría á la luz negar la existencia de las tinieblas, al bien negar la existencia del mal, á la verdad negar la existencia del error, al progreso negar la existencia de la reaccion? Así como el tiempo tendrá siempre tres términos, y la mecánica universal tres fuerzas, y el pensamiento tres formas; la sociedad, ese reflejo de la naturaleza y del espíritu, tendrá tres grandes partidos, de los cuales uno volverá los ojos con tristeza á lo pasado; otro se moverá y agitará en lo presente; y otro, alumbrado por la estrella de lo ideal, mensajero eterno de los progresos humanos, mártir y profeta, irá delante, maldecido por los mismos á quienes

salva y redime, abriendo con esfuerzo gigantesco el camino á lo porvenir. Nadie puede negar que nos encontramos en uno de esos períodos críticos de la historia en que las ideas cambian, y las instituciones se renuevan, y los partidos se desorganizan, y hierve grande y extraordinaria confusion, y los enemigos se abrazan, y los hermanos se enemistan, y los antiguos ideales se desvanecen. Para muchos obcecados significa esto la destruccion de la sociedad. Para nosotros significa el caos moral, que se repite en la historia siempre que amanece uno de esos nuevos dias cuyos minutos son siglos. Para nosotros significa el florecimiento del espíritu humano al soplo de nuevas ideas.

Pero ¿dónde está el partido que representa la nueva idea? No será ciertamente el absolutista, no. A cualquier lado que mire sólo puede vislumbrar la muerte. Su ciencia es el escolasticismo, su dogma el derecho divino, su forma de gobierno la monarquía absoluta, su principio social la desigualdad entre los hombres, su principio económico la amortizacion y las vinculaciones, su moral política el maquiavelismo, y los timbres de su historia nuestra despoblacion y nuestra ruina. Extranjeros eran, extranjeros que ni siquiera sabian nuestra habla nacional, los que fundaron el absolutismo sobre el cadalso de Padilla. Extranjeros eran, extranjeros que nuestros padres habian vencido en Bailen y Talavera, los que restauraron el absolutismo sobre los muros del Trocade-

ro. En nuestra historia nacional no tiene raices, porque, para condenarlo, se levantarán desde las primeras tribus, hasta el municipio romano; desde los concicilios de Toledo, que cercaron la cuna de la monarquía, hasta las primeras asambleas militares que nacieron en las crestas de nuestras montañas para acompañar á los restauradores de la patria; desde los municipios castellanos, hasta las córtes aragonesas; desde el alcalde y el jurado, hasta el conseller; en una palabra, todo cuanto ha vivido y se ha animado en el espíritu del pueblo. Ha muerto el absolutismo hoy, porque han muerto los sentimientos y las ideas que lo enjendraron. Y ha muerto como todas las grandes instituciones, como todas las grandes formas sociales, negándose á sí mismo. Se negó, se destruyó con Cárlos III, cuyo reinado fué el reinado de la enciclopedia, el reinado de la expulsion de los jesuitas. Se negó, se destruyó á nuestra misma vista, en el momento en que Fernando VII, el postrero de sus reyes, cuyo fué el mayor esfuerzo hecho para salvar las ruinas de lo antiguo, entregó la corona hereditaria á la custodia de los liberales. Hasta las mismas huestes que lo defendieron con más ardor y más heroismo en las montañas vascas y navarras, lo defendieron por equivocacion histórica, por contrasentido político; porque habiendo salvado sus libertades administativas del yugo absolutista, creyeron que con el yugo absolutista se perdian. Y hoy mismo, en su antiguo y aguerrido ejército que tan-

tos sacrificios hiciera en tan repetidas ocasiones, se siente un movimiento general hácia el símbolo de lo porvenir. El único periódico que representa este partido, mil veces ha demostrado, al proponer transaciones, que sentía latir esa idea bajo el cerebro de sus gentes, nacer este nuevo sentimiento en sus corazones. Y se comprende y se explica este movimiento. Hombres de grandes pasiones, avezados á la lucha, curtidos en el sufrimiento, poco aptos para entender las distinciones sofísticas de los eclécticos; libres de esta corrupcion que ha gangrenado el cuerpo social, merced á las sofisterías doctrinarias y á sus infamias electorales; inclinados por conviccion y por temperamento á los extremos, y cada dia más alejados de sus rotos ídolos, más desengañados de sus vanas esperanzas; naturalmente deben conocer que algo ha muerto en ellos, que algo nace en las nuevas generaciones, y sentir secreto afecto hácia la nueva idea, si más radical que las dominantes, más grande, más digna de los hombres que han tenido valor para pelear bajo las ruinas de un mundo. Así como decia un grande escritor, que en todo antiguo pagano habia virtùalmente un cristiano, en todo absolutista hay virtualmente un demócrata.

Y francamente, los absolutistas de buena fé deben apartar la vista con horror de la descomposicion asquerosa de su partido, que se ha llamado neo-catolicismo. Muchos de sus antiguos enemigos, volterianos arrepentidos, liberales apóstatas, infieles á todas

las causas, traidores de todos los bandos, hombres cuya historia política no se puede leer sin asco, mercaderes de aquellos que agotaron la inagotable paciencia de Jesus, raza de víboras, sepulcros blanqueados, habitacion de toda podredumbre; muchos de esos hombres han dado en convertir la religion, por su naturaleza esencialmente espiritualista, en arma de partido, en escudo para toda tiranía, en eslabon de toda servidumbre, en conjuro contra toda libertad, en rémora á todo progreso; y poco á poco, merced á una propaganda funestísima, que no podria vivir un dia si fuera libremente contrastada, han hecho de la fé cábala política, de la inmortalidad amenaza, del sentimiento religioso mercancía, de la imprenta delacion, de la controversia calumnia, de la caridad cristiana mortal guerra, de la razon demencia, del altar barricada; y evocando en su furia hasta el averno, han visto en los adelantos materiales y morales de nuestro tiempo, en los vuelos de la fantasía y de la razon libre, la mano del demonio; y en su demoniomanía han maldecido y llamado soldados de Satanás, á todos los defensores de la libertad, porque no quieren abrigar los frios restos de la tiranía en su conciencia, y porque predican que el progreso científico, político y moral, es como la revelacion eterna de Dios sobre la tierra, cuando ellos lo excomulgan audaces, en nombre de la religion, que debian alzar, si fueran religiosos, sobre nuestras luchas y sobre nuestras pasiones

como se alza el sol sobre nuestras bajas tempestades. Este partido, compuesto de las escrecencias de todos los partidos, del rebusco de todas las opiniones, en último resultado, es la pudre que mana de la descomposicion del absolutismo. Sus hombres cada dia más desacreditados sirven, porque anuncian con sus delaciones el crecimiento de la libertad de pensar y con sus elegías sobre lo pasado el crecimiento de las ideas que han de llenar lo porvenir. Todos los dias hablan de nuestro incontrastable triunfo. Y en efecto, el terror enjendra en los reaccionarios de todos tiempos el don de profecía. ¿Quiénes anunciaron el triunfo del cristianismo? Juliano y los neo-paganos, ¿Quiénes anunciaron el triunfo del feudalismo? Los mismos restauradores del imperio romano. ¿Quiénes anunciaron el triunfo de la república en los Estados-Unidos? Chatam y los aristócratas ingleses. ¿Quiénes anunciaron el triunfo de la revolucion francesa? Los jesuitas y Pio VII. ¿Quiénes anuncian hoy el triunfo de la nueva idea? Los neo-católicos. Maravillémonos de este paralelismo de la historia, y adoremos silenciosos los misterios de la Providencia, compadeciendo á los que se ven forzados á representar en esta grande escena de la vida. las tinieblas de la desesperacion y de la muerte.

Apartando los ojos de los partidos que representan lo pasado y convirtiéndolos á los partidos que viven en lo presente, nos sale al encuentro el par-

tido moderado, primer matiz de la revolucion. Su dogma no puede ser ideal de progreso. Los mismos que hemos alcanzado á ver este partido fuerte y poderoso, apenas acertaríamos á distinguirlo. No puede ser partido esa aglomeracion de fracciones que han cortado entre sí todo lazo de union y perdido toda idea y olvidado hasta lo único que suele mantener á los partidos viejos, hasta el recuerdo de su historia. Entre los hombres que dan la mano al absolutismo predicando la restauracion de las antiguas instituciones, y los hombres que dan la mano á la revolucion predicando los derechos individuales, media un abismo que no se puede llenar, ni aun con el amargo océano de ódios en que todos se ahogan. ¿Qué fué del partido moderado? Su filosofía ecléctica no tiene un sacerdote; su dogma de la soberanía de la inteligencia no tiene un discípulo. El jefe militar, que ejercia sobre él y sobre el país una dictadura terrorífica, ha sido desarmado por la indignacion del pueblo, y entregado en vida al ludibrio de la historia. Entre sus repúblicos, los de 1852 son para los de 1854 amenaza á la libertad, y los de 1854 son para los de 1852 amenaza al trono. Unos se arrojan sobre otros la antigua historia, como si todos quisieran mancharse mútuamente con ella. En el centro de gravedad en que estaba el partido moderado allá en su siglo de oro, no queda ni uno solo de sus indivíduos. Estos se han ido con los neo-católicos, aquellos con los vi-

calvaristas; la menor parte, pero quizá la más granada, ha predicado la revolucion contra el vicalvarismo para unirse á ese vicalvarismo híbrido que se llama el ministerio Miraflores: tanto sienten su debilidad y tan ciertos están de su ruina. Hoy maldicen ellos mismos su obra; se retuercen bajo sus propias leyes de imprenta, freno de toda libertad; abominan de su sistema electoral, piedra de todo escándalo; reniegan de la centralizacion, verdadera asfixia del espíritu público; se duelen del relajamiento del principio moral que han vendido á pública subasta en sus comicios y en sus asambleas; y se extrañan de su soledad, cuando no tienen una idea que ofrecer á la misma clase media donde estaba su fuerza, ni una esperanza para animar á la juventud en otro tiempo tan dispuesta á tener con los pontífices del partido moderado serviles complacencias. El partido moderado no guarda un ideal; y los partidos sin ideal son lo que es nuestro cuerpo sin el espíritu, lo que sería el universo sin Dios; disgregacion de moléculas disipadas por el viento. Bien es verdad que en la descomposicion del partido moderado, hay algo superior á la voluntad de los hombres: hay ese elemento misterioso, providencial, que, en la sociedad como en la naturaleza, va descomponiendo unos séres, y de su descomposicion sacando nuevos séres; de tal suerte que se juntan las sepulturas de unos y las cunas de otros en un punto del círculo misterioso de la vida.

El partido moderado es hoy, como el partido absolutista, un partido muerto por reaccionario. Los mismos á quienes ha protegido siempre, se alarman de su ascension al poder. Las ideas han caminado mucho, y los hombres que se paran ó vuelven la vista atrás, se convierten fatalmente en frias y mudas estátuas.

Bien es verdad que los partidos medios tienen por principal condicion de su vida no crear nada duradero, no levantar nada permanente. La desorganizacion del partido doctrinario ha dado de sí la union liberal, que ha venido á elevar sobre la ruina de todos los sistemas ese dios ciego llamado fortuna, y á destruir lo existente con su política atea, consecuencia fatal de los errores doctrinarios. ¿Qué ideas, qué instituciones no han recibido de la union liberal grandes ofensas? El principio de autoridad le debe una conjuracion sin ejemplo y dos sublevaciones militares. El principio de libertad le debe una traicion negrísima y dos reacciones insensatas. El principio católico le debe las grandes ofensas hechas á la Iglesia, las grandes bofetadas impresas en las mejillas del clero con el terrible *memorandum* del bienio. El principio de libertad de pensar le debe la organizacion de recelosa censura, la quema de libros, el entierro de toda idea independiente, el desentierro de los cadáveres, el fomento de una mogigatocracia, en su forma piadosísima, y en su fondo volteriana. La monarquía recuerda que le ha habla-

do de deshonrosas camarillas; la milicia recuerda que la ha escupido y abofeteado; el ejército recuerda que ha roto la disciplina militar en Vicálvaro; la Iglesia recuerda que ha puesto atrevida mano sobre sus bienes; el partido moderado recuerda que le ha vuelto las espaldas; el partido progresista recuerda que lo ha desorganizado; el partido democrático recuerda que le ha llamado ilegal y ha querido aplicarle horribles leyes de proscripcion rechazadas por el espíritu del siglo; las instituciones recuerdan que ha pisoteado la Constitucion del 45, y la ha vuelto á levantar y le ha añadido un acta, y ha olvidado el acta y ha puesto sobre la reforma neocatólica la sancion del tiempo, y ha cañoneado las Córtes; los ciudadanos todos recuerdan que, para la union liberal la historia ha sido nombre vano, la fé respetable ruina, la política un mercado, la constancia anticuada manía, la moralidad pública vana aprension, y los partidos bandas de aventureros, sin más enseña, que el interés, y sin más fin que el presupuesto. Pero en medio de todos estos errores, no hay partido alguno que haya cumplido un ministerio más provechoso á la causa del progreso.

La union liberal ha corroido los partidos medios, los ha desorganizado, ha roto sus enseñas, ha esterilizado el seno del eclecticismo doctrinario. Merced á ella ha sabido prácticamente el pueblo que las diferencias entre los partidos medios eran pequeñas,

que las batallas de uno y otro no pasaban de vanas sofisterías, que sus sistemas contradictorios podian unirse por algunos distingos, que todos eran iguales en consecuencia, que en todos ellos sin excepcion se habia perdido la antigua fé, que todos adoraban el becerro de oro, que todos olvidaban mútuamente las iniquidades de sus enemigos con tal que sus enemigos les repartiesen las primicias del presupuesto, que todos se hallaban gangrenados por la misma inmoralidad, y descompuestos y desorganizados por la misma letal corrupcion. El hombre que representaba ese partido que fue verdadera agregacion de un dia y en otro dia disuelta, frio é impasible, con la sonrisa en los labios, la indiferencia en el pecho, vacía la mente, se ha dejado arrastrar sin esfuerzo, do quier le ha conducido la Providencia; ha pasado entre una revolucion y una reaccion; ha asestado golpes al principio de libertad y al principio de autoridad; ha armado y desarmado la milicia, encendido y apagado la revolucion, proclamado la soberanía nacional y el derecho divino; y sin saber él mismo lo que hacia, sin conciencia de su idea ni de su trabajo, os ha presentado, despues de cinco años de poder, los partidos medios disueltos; pequeño Atila de su pequeño imperio. Dejémoslo en paz. Muchas veces nos hemos dolido de su política sin pensar que su política no era suya, no; era el corrosivo que desorganizaba un sistema decadente. No conocemos los acontecimientos que pasan á nuestro

lado como no sentimos el rumbo del planeta en que vamos bogando por el espacio. Nosotros maldecimos á los que han desorganizado el sistema político en que hemos nacido. Los cristianos del siglo IV maldecian á los hombres misteriosos que aventaban á los cuatro puntos del horizonte las cenizas de Roma. Pero algunos de más penetrante vista los veian sin espanto, y les saludaban llamándoles esterminadores de la impura Babilonia, salvadores, por consiguiente, de la nueva idea.

Pues si todos estos partidos no tienen el nuevo ideal, ¿por ventura lo tendrá el partido progresista? Verdaderamente sentimos temor al abordar esta cuestion, y cierto respeto á la historia de los que son nuestros predecesores en el camino de la libertad. Pero debemos decir que jóvenes todos los que formamos la redaccion activa de este periódico, nunca, en ningun tiempo hemos sido progresistas, y por consiguiente deseamos que una línea clarísima nos separe por completo de ese partido. Bien sabemos que esto nos atraerá las maldiciones de los que se llaman nuestros padres. No importa. Desde luego nos desconocen. Respetemos la miopia que Dios ha puesto en cada generacion para obligarla á dejar á la generacion siguiente algo que hacer en la obra de la vida. Los hombres que abren el camino al progreso, no pueden saber dónde terminará este camino. Aun los mas grandes, ni miden las consecuencias de sus ideas, ni presienten lo porvenir. Los fi-

lósofos griegos no creian que pudiera acabar la esclavitud cuando la esclavitud no podia vivir desde que proclamaron la unidad del espíritu humano y la unidad de Dios. Los últimos estóicos maldecian á Roma cuando Roma realizaba sus principios morales en el derecho. Los milenarios proclamaban en la Edad media que en el siglo décimo se concluiria el mundo, cuando en el siglo décimo empezaban á cumplirse las promesas evangélicas. Los profetas de la revolucion escribian como si hubieran de ser eternas las monarquías absolutas. Voltaire saluda á los reyes como Dioses; Rousseau imaginaba imposible la destruccion de la forma social de su tiempo; Mirabeau, rendido de fatiga, caia en el sepulcro creyendo haber salvado la monarquía francesa pulverizada por la tempestad de su elocuencia. La realidad es el velo que nos encubre lo ideal. Los que ayer apagaron el ideal de la sociedad antigua, no conocen el nuevo ideal que ha surgido de sus cenizas. El partido progresista no es ya hoy un partido revolucionario, es un partido conservador. Mirad los profundos abismos que lo separan de nosotros. El partido progresista proclama, como base de su doctrina, la soberanía nacional, y el partido democrático proclama, como base de su doctrina, los derechos naturales, eternos, inalienables, congénitos á nuestro sér, derechos que la libertad anima, y que la igualdad asegura á todos los ciudadanos. El partido progresista rechaza la libertad de pensar, mantiene la censura,

sujeta la prensa al depósito, admite los delitos de imprenta; y el partido democrático defiende la absoluta libertad de pensar, suprime el depósito, emancipa la prensa, y cree que no hay delitos de pensamiento, que no hay delitos de imprenta, que las ideas sólo se persiguen con las ideas, y el error sólo se mata con la verdad. El partido progresista limita el derecho de asociacion, y el partido democrático cree que este derecho no puede ser limitado, porque en sí mismo es una ley de nuestra naturaleza. El partido progresista restringe el sufragio, mantiene el censo corruptor que pone precio á las más altas facultades del ciudadano, mientras el partido democrático admite y proclama el sufragio universal. El partido progresista es un partido ecléctico, nosotros un partido radical; es un partido medio, nosotros un partido extremo; es un partido doctrinario, y nosotros somos el verdadero, el único partido liberal que hay en nuestra patria, porque nosotros creemos que la libertad es una é indivisible como la personalidad humana. El viejo partido progresista, cada dia más decrépito, en vez de progresar, en vez de andar hácia adelante, retrocede, reniega de la grande obra de los varones de Cádiz, desconoce la naturaleza de la libertad, proclama una política en las elecciones de diputados á Córtes y otra política en las elecciones de diputados provinciales, vuelve las espaldas al pueblo y la cara á los hombres funestísimos que destruyeron las Córtes Constituyentes, y ametralla-

ron la Milicia, y se rindieron á los piés del verdugo de nuestras libertades. Y estos males del partido progresista provienen de que ha convertido la vista atrás y no mira la poderosa corriente de nuevas ideas que hoy arrastra los ánimos. Los jefes del partido progresista han perdido la libertad siempre por acercarse á los principios reaccionarios que les habian dado muerte y olvidarse del pueblo que les habia dado vida. El pueblo ha sido siempre su aliado, y él ha sido siempre ingrato con el pueblo. El pueblo le dió el poder en 1836 y él con la Constitucion del 37 arrojó al pueblo de los comicios.

El pueblo le dió el poder en 1840 y él, aliándose á los reaccionarios, inmoló al pueblo en 1843. El pueblo le volvió á dar el poder en 1854, y él, cómplice involuntario, por torpeza de las maquinaciones de O'Donnell, trajo sobre el pueblo la noche de 1856. Siempre ha llamado al pueblo soberano en el dia del combate, y siempre ha reducido ese soberano á esclavo en el dia de la victoria. El pueblo ha podido dar por la libertad su sangre, pero no ha podido dar por la libertad su voto. Por eso nosotros diremos constantemente al pueblo, que en vez de trabajar por privilegios agenos, trabaje por sus propios derechos. A ese pueblo que ha peleado en 1840, en 1854, en 1856, siempre, llámese como se quiera, no le haremos responsable de faltas que no son suyas, pero sí le diremos que abra su alma al ideal de la democracia. El partido progresista á estas horas

no conoce él mismo sus doctrinas. El ha dicho pública y solemnemente que los derechos individuales son una abstraccion ¡santo cielo! Una abstraccion, cuando el siglo décimo-sexto consumió su vida peleando por la libertad religiosa y el siglo décimosétimo por la libertad científica, y el siglo décimooctavo por la libertad política, y nuestro siglo por todas las libertades, que forman esos derechos individuales, expléndida corona de nuestra alma, punto luminoso que han mirado, al espirar, todos los mártires de la inmortal cruzada del progreso!

Mas si nosotros declaramos la guerra al partido progresista, queremos la paz entre los demócratas. Este es nuestro lema, con él hemos anunciado nuestra publicacion, á él consagraremos nuestras fuerzas, por él perderemos, si es necesario, nuestra vida. Todos los partidos se han formado en el poder, absolutamente todos. En las Córtes de Cádiz nació el partido progresista con el poder en la mano. A la sombra de la autoridad real, y en el regazo de la Iglesia se organizó el partido absolutista. No existia el partido moderado, hasta que le dió vida la apostasía de algunos ilustres progresistas llamados al gobierno por la reina Cristina para adormecer la revolucion. La union liberal se ha formado verdaderamente después que ha regido al país cinco años. Los progresistas se indignaban cuando en la víspera misma de sus grandes traiciones les decian que eran de union liberal. El único partido que se ha forma-

do en la oposicion, es el partido democrático. Sus diputados sólo pueden recordar dias de lucha; sus escritores, persecucion y censuras; sus huestes, aflicciones; sus indivíduos todos, desprecio, calumnias; la condensacion de ese ódio que las preocupaciones oponen á todas las nuevas ideas. Nada más natural, el viejo espíritu de reaccion ha maldecido siempre al nuevo espíritu del progreso. Pero en tan triste estado, circuidos de tantos enemigos, teniendo en frente tantos poderes, despreciados por unos, calumniados por otros, perseguidos de todos, nuestro consuelo está en la idea que nos anima, y nuestra esperanza en la union que nos fortifica. Considérese bien cuántos enemigos despertamos. Los neo-católicos nos maldicen, porque trabajamos por la libertad de pensar; los absolutistas nos creen hijos espúreos de la patria, porque renovamos las antiguas tradiciones; los moderados nos ponen fuera de la ley, porque tratamos de curar las llagas cancerosas que ellos han abierto en la conciencia del país; la union liberal nos detesta porque en el escepticismo por ella engendrado hemos vertido la luz de una nueva fé; el partido progresista nos cree soñadores peligrosos, porque hemos roto su estrecho símbolo; y rodeados de este mar de ódios, nuestra salvacion está en que unidos desafiemos la tempestad, y mirando el norte de nuestras ideas, nos dirijamos á la tierra prometida, que se esconde entre los celajes de ese oriente en el cual pone siempre

la humanidad sus ojos, y que se llama porvenir.

Muchos, muy graves son los males que padece nuestra sociedad. El gobierno en manos de hombres sin fé, los partidos disueltos, las oposiciones liberales mudas, los comicios corrompidos, el pueblo alejado de todo derecho, la imprenta entregada á ignominiosa censura, la conciencia esclava, esclavo el trabajo, esclava la industria, las grandes vocaciones individuales sin medios de manifestarse, las audaces apostasías premiadas con el poder, la constancia y la moralidad con la persecucion ó con el desprecio, muerta la antigua ciencia, la nueva aun no nacida porque le falta libertad, limitada la literatura á mero divertimiento, á copia de la realidad angustiosa, á lamentar la muerte de un mundo que Dios maldice; en tan suprema crísis, en descomposicion tan suprema, los caracteres se rebajan, y se desgarra la sociedad entera en la incertidumbre y en la duda. ¿No hay por ventura esperanza? ¿Esta generacion se hallará condenada á arrastrar eternamente la cadena de tantos males? ¿Será más infeliz que fueron las últimas generaciones del antiguo mundo, los últimos hombres que cerraron el libro de la antigua historia? No. Hay un sistema social que arrancando de la raiz de nuestro espíritu, consagra la personalidad humana; reduce el Estado á ser el órgano del derecho; saca el gobierno del seno mismo de la sociedad; abre al pueblo las puertas de los comicios; santifica la conciencia con la libertad, el

juicio con el jurado; rompe las ligaduras del pensamiento y deja á su arbitrio los horizontes de lo infinito; emancipa la industria; aumenta la vitalidad del trabajo con la asociacion voluntaria; da á todos los hombres medios de manifestar libremente su espíritu, de seguir libremente su vocacion; restaura la perdida moralidad pública con instituciones poderosas y justas; y desde las primeras á las últimas esferas de la vida, lleva la santa redencion de la idea que han elaborado tres siglos de grandes revoluciones. Esta idea es la democracia. La llamarán sus enemigos utopia. No. Está formulada en la conciencia; y está realizada en el espacio. Las ideas sociales que los hombres suelen creer mas etéreas, tienen un gran sentido de la realidad de la vida. Casi al mismo tiempo que la idea en la conciencia, aparece el hecho en el espacio; prueba de que Dios está presente siempre en la sociedad, como está presente siempre en la naturaleza y en el espíritu. La monarquía absoluta nacia con Fernando V y con Luis XI, casi al mismo tiempo que trazaba su ideal Maquiavelo; el sueño de la tolerancia religiosa de Tomás Moro, se llamó en el siglo XVI Holanda, y en el siglo XVII paz de Westphalia; el hombre de la naturaleza evocado por Rousseau, el pacto social por este profeta de la revolucion ideado, surgian en el puritano de América, en la república anglo-sajona, cuando aun estaba fresca la tinta en que se habia escrito aquella grande utopia. La de-

mocracia hoy ha sido proclamada hasta por sus mismos enemigos. ¿Qué virtud hay en esa palabra que toca todos los corazones? Ha dicho Guizot: Es necesario reconocer los derechos de la democracia. Ha dicho Montalembert: La democracia es la ley de nuestro tiempo. Ha dicho Lacordaire: La democracia es nuestra verdad social. Ha dicho Donoso Cortés: ¿Por qué? Porque todos los enemigos de la democracia han sido deslumbrados por el resplandor de esta grande idea, que es el sol de nuestro siglo.

Hemos dicho que la democracia es una nueva idea, y al decir esto, hemos hecho la mayor apología de su incontrastable fuerza. Nada más etéreo que las ideas; nada más poderoso. No se ven, no se tocan y todo lo subyugan. Armad contra las ideas los ejércitos del mundo, y los ejércitos del mundo serán desarmados. Las ideas van como la semilla de ciertos árboles, en el aire. Las ideas traspasan los muros de los calabozos. Las ideas se levantan de las hogueras que han consumido la sangre de los mártires. Las ideas son como el molde en que se forman los hechos. Los hombres más poderosos del mundo no pueden detenerlas. Quizá la historia no guarde en sus anales tres hombres tan inteligentes, tan grandes, tan poderosos, tan fuertes, tan afortunados como Juliano, Cárlos V, Napoleon. El primero quiso restaurar el imperio romano; y murió en la desesperacion. El segundo quiso restaurar los poderes fundamentales de la Edad media; y murió

desengañado en un claustro. El tercero quiso restaurar la monarquía absoluta; y espiró amarrado á una isla en la soledad del Océano. Estos hombres tenian en sus manos todas las fuerzas del mundo. ¿Quién subyugó esas fuerzas? Una idea. ¿De quién huian tan poderosos, tan invencibles guerreros en Phrygia, en Inspruch, en Waterlóo? Huian de sí mismos, de su conciencia, de la idea más grande que ellos, más fuerte que ellos y más invencible que sus ejércitos. Pues bien, la idea, que no podrá ser contrastada por ninguna fuerza, vencida por ningun guerrero, nublada por ninguna sombra, extinguida en ninguna hoguera, es la idea del derecho moderno, la idea del derecho natural, lema sagrado escrito en la bandera de la democracia.

Todo sistema tiene una idea política, una idea administrativa, una idea económica, una idea social. Nuestra idea política es la idea del derecho. El fundamento de esta idea es la libertad. La fecunda libertad anima desde las esferas del pensamiento hasta las esferas de la economía política. Mirad los pueblos que no tienen libertad política. El silencio reina sobre ellos, la inmoralidad los pudre; los inferiores son esclavos, los superiores cortesanos; un hombre, alzado en la cúspide de la sociedad, cree á los demás hombres tan sometidos á él como al pastor el ganado; su grande arte es el arte de adular, de bajar la frente, de hacer la córte; y, en vez de la agitacion saludable de las grandes controversias socia-

les, reina allí el silencio de la muerte; y, en vez de esas fecundas asociaciones de ciudadanos que derraman á torrentes ideas y vida por todas partes, batallan ejércitos de maestros de ceremonias, de chambelanes, de escuderos, de juglares, de eunucos, de bufones encargados de fomentar el cieno de la prostitucion universal, eterna base de todo despotismo. En cambio, los pueblos libres son pueblos virtuosos, pueblos en que cada ciudadano siente en su corazon la santa dignidad, en su frente la corona del derecho, y como su conciencia le dice que depende de él su propia suerte, la suerte de sus hijos, la suerte de su patria, vive bajo el peso de tan grande responsabilidad con los ojos puestos en su conciencia, como rey que es en los comicios, legislador en las asambleas, juez en el jurado, en una palabra, hombre en toda la plenitud del espíritu y de la vida.

Y lo que decimos de la libertad política, decimos de la libertad científica. La ciencia en los pueblos donde es el pensamiento esclavo, se reduce á interpretaciones, á comentarios de una idea definida por la autoridad superior de un déspota, y agotada fácilmente por la actividad infinita del espíritu. Pero, ¡cuántos frutos dá cuando el calor de la libertad la anima! La verdadera filosofía no amanece en el mundo sino cuando amanece la democracia griega. El pensamiento religioso de nuestra edad se plantea como una protesta contra el despotismo del imperio romano, el cual no puede vivir en paz si no arroja

á los nazarenos y á los estóicos de su seno. Bajo el árbol de los libres municipios de la Edad media, como ha observado un grande escritor, nace la filosofía católica; el maestro de las sentencias en Novara; el doctor angélico en Aquino; el doctor seráfico, en Bagnorea; el gran fundador de la metafísica del Renacimiento, en Nola; los nuevos filósofos platónicos, en Florencia. Holanda, libre como las olas y los vientos del Océano, es la verdadera cuna del cartesianismo. La filosofía de Inglaterra no aparece sino después de dos revoluciones: la revolucion religiosa y la revolucion política. El cerebro de Europa es Alemania, porque en Alemania el pensamiento es libre. Así ha dado la filosofía crítica moderna, la filosofía naturalista moderna, la filosofía idealista moderna, la filosofía armónica. ¿Por qué la nacion que reveló al mundo moderno su Aristóteles, la nacion que rejuveneció el escolasticismo, la nacion que protestó al par que la Inglaterra contra la coyunda científica de los siglos medios, la nacion que presintió el movimiento de la tierra y la independencia del espíritu humano antes que las demás nociones europeas, no tiene propia filosofía? Porque el pensamiento ha huido de ella al siniestro resplandor de las llamaradas de la inquisicion. Sólamente las naciones libres pueden escudriñar la naturaleza. El descubrimiento de la brújula, el descubrimiento del telescopio, las pruebas de la rotacion del planeta por las oscilaciones del péndulo, las

leyes de la grevedad y de la armonía universal de las esferas, el para-rayos, que ha desarmado los cielos, la máquina de vapor que ha unido los pueblos, el telégrafo eléctrico que ha dado alas de fuego á la palabra humana, todo lo que ha hecho al hombre verdaderamente dueño de la naturaleza, ha nacido en el seno de las democracias ó de naciones que tenian de democráticas la vívida libertad del pensamiento.

Y lo que decimos de la libertad científica, decimos de la libertad económica. Los gobiernos tiránicos son gobiernos caros, como los pueblos tiranizados son pueblos pobres. La democracia hizo de la Italia antigua un jardin; el despotismo un desierto. Las aguas que bajo la mano de los Cincinatos fecundaban los campos, bajo la mano de los Nerones se convirtieron en las pútridas lagunas que todavía hoy envenenan á Roma. Donde quiera que en la antigüedad hubo un grande imperio, ha quedado yermo el suelo. España, la reina de Méjico y del Perú, al medio siglo de absolutismo, se moria de hambre. En cambio la riqueza sigue á los pueblos libres. Florencia arroja sobre el mundo la letra de cambio. Génova inventa el Banco. Holanda domina los mares y levanta por todas partes mágicas colonias. Unos cuantos emigrados huian presurosos en débil esquife del antiguo mundo. Su estrella era la fé, su esperanza el Nuevo-Mundo. Zarpaban de costas civilizadas y arribaban á costas inhospitalarias, cu-

biertas de selvas, combatidas eternamente por la tempestad. Pues ellos abrieron los bosques vírgenes, domaron á los salvajes, agujerearon las montañas, sometieron los rios bajo la quilla de sus naves, extendieron sus fronteras desde el Atlántico hasta el Pacífico, y crearon un pueblo sin tradiciones, sin aristocracia, poderoso y rico, verdadera maravilla del mundo. ¿Cuál fué su arma de combate? Fué la libertad. Comparad la riqueza de los Estados-Unidos con la riqueza de Turquía ó de Rusia. Las verdades económicas podrán ser grandes vulgaridades; pero esas vulgaridades dominan al mundo, porque respiran el aliento de la libertad.

Y lo mismo decimos de la libertad administrativa. Ninguna tan necesaria como en España. Nuestro pais no tiene sus límites movibles cual las arenas de un rio. El Pirineo y los dos mares son los límites señalados por la naturaleza. Dentro de ellos cabe la unidad más fuerte sobre la variedad más rica y más ámplia.

Mirad pasar el astur, el cántabro, el lusitano, el vasco, el galaico, el griego de las costas de Cataluña y de Valencia, el árabe andaluz y murciano, el celtíbero aragonés, y en su carácter, en su historia, en sus costumbres, hay una variedad inmensa que está pidiendo á voces una libertad amplísima en el propio gobierno, en la propia vida. Cada una de estas provincias ha obrado un milagro. Astúrias sola venció á los romanos; Galicia sola á los norman-

dos; Navarra sola á Carlo-Magno; Aragon, Cataluña y Valencia sojuzgaron Italia y Grecia; Portugal, el Oriente; Castilla y Andalucía, América. Ved cuánto pueden por sí solas nuestras provincias. Pues bien, decidles que se necesita un grande esfuerzo, y vereis como todas llegan al sacrificio en aras de la unidad de la patria. Unidas pelearon en los campos de Calatañazor, unidas en las cumbres de las Navas, unidas á las puertas de Tarifa, unidas en la vega de Granada, unidas en las aguas de Lepanto, unidas, cuando ausentes sus reyes, dueñas de sí mismas, electrizadas por la revolucion, necesitó el mundo que se levantaran á romper las huestes, hasta entonces invencibles, del capitan de nuestro siglo. Si la unidad está profundamente arraigada, si no puede peligrar, si no se ha roto nunca, ni aun bajo las plantas de extrañas legiones, ¿por qué no fundar la descentralizacion administrativa y política, de contínuo reclamada por todos nuestros partidos, de contínuo prometida por todos nuestros gobiernos? La provincia, dueña de su administracion, de su presupuesto, de sus diputaciones; el municipio independiente, darian la solucion del problema que en vano tratan de resolver todos los partidos, la solucion del problema de la libertad electoral. La centralizacion ha llegado á su mayor descrédito. El ministro de la Gobernacion pesa como un yugo sobre el gobernador, el gobernador sobre el alcalde, el alcalde sobre los electores; las diputa-

ciones, hechura de los pueblos, desaparecen ante los consejos hechuras de los gobiernos; los jueces y fiscales, los administradores y estanqueros, los guardamontes, los portazgueros, los peones, los dependientes de los ministerios de Gracia y Justicia, de Gobernacion, de Fomento, de Hacienda, son otros tantos muñidores de elecciones, que ofrecen escuelas, caminos, perdon de multas, olvido de sucios expedientes á los electores ministeriales; y amenaza con causas, prisiones, multas, persecuciones á los electores independientes; de suerte que cada eleccion es una calamidad, cada comicio un mercado, cada elector un esclavo, cada ministro un sultan, cada candidato un fomentador de la pública inmoralidad, cada acta un padron de escándalo y de ignominias, y la red bajo la cual todo esto sucede, es la centralizacion administrativa, que en vez de servir de escudo á los pueblos se convierte en arma de guerra esgrimida por los gobiernos para falsear la voluntad del cuerpo electoral, y traer diputados dispuestos á abandonar al mismo poder que los ha nombrado, si lo creen débil, y entregar palabra y voto al partido que les prometa mayores bienes y más duradera influencia; porque la corrupcion que cae de los gobiernos sobre los comicios, sube en vapores pestilentes de los comicios á los Congresos, y de los Congresos á los gobiernos, y con sus letales miasmas á todos los ahoga. El remedio á llagas tan profundas, está en el nombramiento de las autori-

dades y municipales por todos los ciudadanos, en la responsabilidad estrecha de estas autoridades ante los mismos que los nombran, en la autonomía política y administrativa de los municipios de las provincias, en la descentralizacion, único medio de que la voluntad del país se manifieste, y el gobierno central sea órgano de todos los ciudadanos. La libertad política, la libertad científica, la libertad económica, la libertad administrativa, son en el fondo una sola libertad, como el sentimiento, la inteligencia y la voluntad, son en el fondo un sólo espíritu.

¿Estas libertades no han de tener consecuencias sociales? ¿Su accion se reducirá meramente á la vida política? ¿Han de ser tan infecundos que no traigan el mejoramiento material de la clase popular como el gobierno parlamentario trajo el mejoramiento de la clase media? Nosotros creemos con creencia firmísima é incontrastable que la libertad democrática lleva en su seno la emancipacion social de los pueblos El gran problema está planteado. Es en vano cerrar los ojos para no verlo claramente. La dialéctica de los hechos tan superior á la voluntad de los indivíduos lo ha traido á la escena de nuestra vida, y la muda esfinge devorará á la democracia si no sabe descifrar sus enigmas. La República romana habia resuelto todas las cuestiones de derecho, habia resuelto todas las cuestiones políticas, y murió por no haber resuelto las cuestiones sociales. No

quiso oir la voz de los Gracos que pedia justicia y tuvo que oir la voz de Catilina que pedia venganza. Ahogó á Catilina, pero no ahogó su idea, que emigrando al seno del imperio engendró aquella dictadura de cinco siglos, á cuyos golpes murió Roma y la aristocracia romana. El feudalismo trajo consigo la propiedad alodial. Los municipios se levantaron no sólo sobre sus libertades sino tambien sobre los bienes de propios. Fernando V é Isabel la Católica para matar el feudalismo realizaron una verdadera revolucion social. Las clases medias han abolido contra la aristocracia la prestacion y el señorío, contra la teocracia, la amortizacion y el diezmo, y no hay que engañarnos, nuestros tiempos son los tiempos de la emancipacion del pueblo. Así como desde el siglo quinto al siglo décimo se extiende la edad de la teocracia, y desde el siglo décimo al décimo-cuarto la edad del feudalismo, y del décimo-cuarto á la revolucion la edad de los reyes absolutos, y de la revolucion á nuestros dias la edad del tercer estado, del estado llano; ahora comienza verdaderamente la edad feliz del cuarto estado, del pueblo. Y así como toda la historia que acaba hoy puede calificarse con una sola palabra que diga historia de la guerra; la historia que hoy principia podrá calificarse mañana con una sola palabra que diga historia del trabajo. ¿Y no hemos de traer modificaciones saludables á esta ley del trabajo? El pária, el sudra, el ilota, el esclavo, el siervo, en una

palabra, el mártir eterno que lleva sobre sus hombros el peso de la sociedad, va á romper los últimos eslabones de su cadena. La libertad de pensar removerá hasta los más hondos senos del espíritu para encontrar una idea que apague su eterna sed tantas veces burlada con la hiel de los sofismas. El grande movimiento político, económico, industrial que se siente por todas partes, lo emancipará del trabajo servil por medio de la máquina, lo unirá á todos sus hermanos de la tierra por medio de la libertad de comercio, abrirá las fuentes de la prosperidad á sus piés por medio de la libertad del crédito, centuplicará sus fuerzas, sus recursos, sus ahorros, por medio de la libertad de asociacion. A esto se unirá como un alivio la abolicion de las quintas que le quitan brazos, la abolicion de la enseñanza privilegiada que le quita luz, la abolicion de funestos arbitrios, resíduo de la Edad media, que le quitan pan. El principio de asociacion sobre todo es fecundísimo en bienes para el pueblo. La asociacion añade fuerzas al obrero, le salva en las crísis económicas, le socorre en sus enfermedades, le arma contra los intereses contrarios, y lo sostiene en la vejez cuando se agotan sus fuerzas, y sus propios ahorros no bastarian á alimentar los últimos instantes de su vida. Así como la asociacion ha producido las letras de cambio, los billetes de Banco, las acciones de la Deuda pública, los ferro-carriles fecundando la propiedad, producirá,

indudablemente mañana, cuando tenga toda su latitud, inmensos beneficios al trabajo. Las fuerzas sociales contribuirán á este fin sin necesidad de herir el derecho individual. La propiedad y el trabajo son dos términos correlativos, é indispensables en toda sociedad. No los hagais contradictorios cuando mútuamente se necesitan, negando al trabajo los derechos políticos que dais á la propiedad.

El trabajador debe confiar en que la libertad mejorará su condicion social. Y sobre todo no debe volver los ojos al Estado para pedirle un pedazo de pan que el Estado no podria darle sino empapado en hiel, y á cambio de lo más necesario á la vida, de la libertad, del derecho. Despues de la última crísis de la revolucion francesa, difundióse en los aires la idea de que todos los derechos políticos podrian cambiarse por un pedazo de pan. Díjosele al pueblo que le importaba poco vivir en la genmonía del esclavo con tal de tener lleno el vientre. El derecho para el pueblo debia estar reducido á una buena digestion. Un hombre funesto, coronado con los resplandores de gloria que centelleaba desde su sepulcro aquel génio inmortal de las batallas, cuyo acero cargado de electricidad llenó de tempestades el aire y de sangre el suelo de Europa, un hombre funesto, decíamos, se presentó, y halagó al obrero y le prometió á cambio de su libertad pan, y fundó una dictadura que se decia encaminada al bien del pueblo, como si hubiera bien sin dignidad, vida sin

honra. Y el pueblo de París vió levantarse magníficas viviendas para que él las habitara, caer toda la antigua ciudad para que él tuviera trabajo, iluminarse las orillas del Sena con iluminaciones fantásticas para que él se divirtiera y regocijara, humillarse á sus piés en las conferencias diplomáticas Inglaterra, en las contiendas guerreras, Rusia, para que él se creyera dueño de la gloria, rey de la tierra. Pero ¿cuánto ha durado la fantasmagoría? Esa ciudad de París tan hermoseada y enriquecida, llena de jardines que embalsaman los aires, de fuentes que la arrullan, de estátuas que la enorgullecen, de inmensas plazas donde envian como á la antigua Roma sus representantes todas las gentes, sus embajadores todos los pueblos, se ha sentido herida y avergonzada como la esclava que el gran señor aherroja con grillos de oro al serrallo, y poniendo en las manos de sus hijos, de sus adulados obreros en las últimas elecciones la bandera de la democracia, ha dicho al césar con el gran poeta de la revolucion; detesto tus orgías que me envilecen y quiero tu pan negro, ¡oh, libertad!

Nosotros, al venir á la vida diaria de la prensa, á la vida activa de la política, venimos á trabajar por el pueblo. Hijos suyos, sentimos sus dolores en el corazon, y sus aspiraciones en la mente. Nuestra vida es su vida; su historia nuestra historia. Como él, no tenemos una genealogía de opresores, sino una genealogía de oprimidos. Como él, aspira-

mos á que se rompan esos privilegios que nuestros padres han arrastrado por toda la tierra. Para redimir al pueblo, unos mártires han bebido la cicuta, otros han espirado en ignominiosos patíbulos, otros han calcinado sus huesos en las hogueras, y evaporado en nubes de humo su sangre por los aires. Pero la redencion ha venido, la redencion es la idea que abrirá al pueblo las puertas triunfales de su derecho, que emancipará su conciencia; que le dará libre la imprenta, esa grande lima de todas las cadenas; que consagrará como inviolable santuario su hogar; que dilatará sus fuerzas prodigiosamente en la asociacion; que fundará para sus hijos escuelas donde oiga la voz de la libertad, voz creadora del espíritu; que le coronará juez en el jurado para que su conciencia se ilumine; que hará de la sociedad el foco de su vida; que manumitirá su iglesia de la tutela del Estado; que llevará á las colonias salvadas del naufragio de sus glorias, los principios de igualdad y de justicia; que romperá las últimas ligaduras de la industria, del comercio; que destruirá los cadalsos y desarmará á todos los verdugos; que emancipará el trabajo; que despertará todas las nacionalidades muertas; que unirá todos los pueblos en el seno de la humanidad, y sumergirá más aun la humanidad en ese mar de vida que se llama Dios. Para este fin, el pueblo tiene ya el decálogo de sus derechos grabado, no en mármoles, no en bronces, sino en el seno de su alma, in-

mortal cielo por donde han pasado todas las ideas. El pueblo sabe que tiene derecho á dilatar su voluntad en los comicios, su pensamiento en las escuelas libres, su conciencia en el jurado, su trabajo en la asociacion, su vida toda en la sociedad, y cuando los pueblos saben sus derechos, la realidad, que como blanda cera obedèce al espíritu, dá cuerpo á las ideas. Dejadles pues abierto el camino de la discusion y no temais perturbaciones infecundas, porque estas ideas son la justicia, y la justicia el áncora de paz en las sociedades. La predicacion de las ideas les quita toda violencia que les dá una persecucion injusta.

Venimos á ejercer el ministerio de la predicacion pacífica y legal que creemos saludable en nuestra España. Al escribir este santo nombre, el corazon se siente movido de aquella grande pasion del patriotismo que ha inspirado tantos y tan gloriosos sacrificios. La patria nos da desde la sangre que corre por nuestras venas y la vida que anima nuestro ser, hasta la palabra, en que se engarzan nuestras ideas, y el arte en que se ilumina nuestra fantasía. En esta tierra, empapada con tanta sangre de nuestros padres, con tantas lágrimas de nuestras madres, yacen todos los séres que son sagrados en la memoria, y viven todos los séres que son caros al corazon. En medio de nuestras desgracias, más afortunados que los hijos de Polonia y de Venecia, aun tenemos patria. Y es nuestra patria

una de esas gloriosas nacionalidades, tan grande en las artes de la guerra, como en las artes de la paz, cuyas hazañas han fatigado á la historia, cuyo imperio ha fatigado á la tierra. El mundo antiguo sería hoy esclavo del fatalismo musulman, sino lo hubiera salvado el valor de España; el nuevo mundo yaceria ignorado en los abismos del Océano, si no lo hubiera descubierto el arrojo de España. Esta nacion cumplirá aun grandiosos destinos en el mundo. Todas las nacionalidades tienen una idea viva, y un carácter propio. Polonia y Hungría han sido las naciones caballerescas del Norte, las que han salvado á Europa de temibles irrupciones, las dos cruzadas que han servido la causa de la civilizacion en grandes momentos, inolvidables para el mundo. Alemania ha elaborado todos los elementos de libertad, desde el sentimiento individual que traian sus tribus, hasta la libertad de la razon humana que han proclamado sus filósofos y sus mártires. Inglaterra es el país que ha enseñado la práctica de la libertad, y las relaciones económicas; es la gran nacion del positivismo, cuyo único criterio es la experiencia, cuyo único númen es la historia. Francia ha sido el tribuno de los pueblos, el verbo de todas las ideas, la nacion que se ha sacrificado mil veces por detener ó acelerar el movimiento de la humanidad, la cual no se ha apoderado de una idea hasta que Francia la ha infundido en su conciencia. Italia ha sido á un tiempo la señora y la es-

clava de todos los pueblos, la nacion á quien todos los poderosos han creido dominar por la fuerza, y que los ha dominado á todos por su inspiracion.

Pues bien, este país que habitamos, es el glorioso país de la fé y del heroismo; fé muchas veces en lo imposible, pero fé siempre viva y pura. Por eso ha sido el país de los milagros, el país de la cruzada de siete siglos, el país del descubrimiento y la conquista de América, el país de Lepanto, el país de la guerra de la Independencia, el país único donde la igualdad está hoy en los sentimientos y en las costumbres, el país en que mañana vivirá con más realidad la democracia. Y este país tiene fuera de sí, grandes, inmensas relaciones de vida que llenar. El Africa está pidiendo á nuestras manos el bautismo de la civilizacion. La América está pidiendo á nuestra voz y á nuestra palabra que representemos sus derechos en los consejos de Europa. América nos ódia cuando aparecemos á sus ojos como restauradores de un gobierno imposible, como negando el hecho providencial de su independencia; pero nos bendice cuando aparecemos á sus ojos como hermanos, como hijos de una misma raza, como nobles continuadores, por la libertad y la fraternidad, de la antigua civilizacion española. No, no olvidan los americanos que nuestro fué el milagro de su aparicion en la historia, que nuestros padres son sus padres, que nuestra habla es su habla, que su vida

misma es la dilatacion de nuestro espíritu en el Nuevo Mundo.

Contra lo que ellos protestan, y protestan con razon, es contra el espíritu ciego de nuestros gobiernos, que mientras no han querido pactar ni un tratado de comercio, ni un tratado literario con aquellas repúblicas, y no han querido tener ni siquiera un correo directo que nos comunicára con aquellos pedazos de nuestra patria, han favorecido en todas partes el pretorianismo que los azota, y la teocracia que los esclaviza. La primera vez que un español ha dado muestras de abrigar sentimientos liberales en su pecho, ha recibido copiosas bendiciones de todos los americanos. Dígalo nuestra última espedicion á Méjico. Nosotros, que tantas muestras de aprecio debemos á los americanos y que por espacio de nueve años hemos peleado desde Europa, en su prensa, por la causa de sus libertades, podemos asegurar á los españoles residentes en América, que defenderemos sus derechos, y á los americanos, que proclamaremos su union fraternal con la generosa España. Y al mismo tiempo trabajaremos con todas nuestras fuerzas, sin descanso, para que nuestro régimen colonial se abra al aliento poderoso del siglo. Cuando descubrimos aquellas feraces regiones que forman parte integrante de la patria, les dimos nuestro mismo gobierno, y leyes aun mas próvidas que las leyes de la metrópoli. ¿Por qué los adelantamientos del siglo no han de llegar á nuestras colonias?

¿Por qué no hemos de darles un gobierno propio, una administracion liberal, y voz y voto en nuestras Asambleas; derechos preciosos que los unirían fuertemente á la madre patria? Nosotros, en este sentido trabajaremos con noble empeño, con el pensamiento puesto en aquellas hermosas Antillas, tan leales á España, tan dignas de la libertad por su civilizacion, y por la nobleza de su carácter. Y no dejaremos este punto, sin recordar que igual empeño pondremos en acelerar la union anhelada de España y Portugal. Juntos vivimos bajo el yugo romano, juntos en el seno de la monarquía visigoda; á la sombra de unas mismas enseñas, peleamos durante la Edad media; guiados por una misma fé, dimos á Europa el mundo de lo pasado, Asia y el mundo de lo porvenir, América; en las costas de Africa hemos contado victorias y derrotas, por una misma causa; el absolutismo austriaco nos marcó á todos con su sello; en el presente siglo hemos peleado á un tiempo por la patria y por la libertad; y nuestras almas deben ser una, como es una nuestra historia, una nuestra vida, uno el cielo que nos cobija, y uno el Océano que convertimos, merced al arrojo de nuestros navegantes, en lago encantado de hazañas, de leyendas y poesía.

En verdad que la tarea es árdua, las fuerzas pocas, la inteligencia débil, escaso el tiempo; mas el terreno donde vamos á sembrar está preparado y es fructífero. Está preparado por la predicacion constante de los grandes oradores de la democracia; pre-

parado por los nobilísimos esfuerzos que tantos esclarecidos varones hicieron en las Córtes Constituyentes; preparado por la prensa democrática, á la cual hemos pertenecido todos, aunque en su gloriosa propaganda nos quepa la menor parte; preparado por aquellos primeros diputados y aquellos primeros escritores de 1849, á quienes nunca podrá olvidar la patria y que encontraron en premio de sus nobles sacrificios la persecucion, la cárcel, pero que nos abrieron un camino regado ya con pura sangre de mártires. Sobre todo, tenemos á nuestro alrededor un partido numerosísimo, fuerte, exento de ambiciones personales, pronto á sacrificarse por los principios sacratísimos que forman nuestra doctrina. En las grandes ciudades, en las aldeas, en los campos, en todas partes, hemos encontrado demócratas, que pensaban lo mismo, y sentian lo mismo, animados todos por un sólo espíritu. Por eso nosotros queremos conservar la union que es la fuerza maravillosa de nuestro partido, union en esta teoría de los derechos individuales, verdadero cincel que perfecciona la personalidad humana. La antigua sociedad ha muerto y no resucitará; el partido absolutista está decrépito, el moderado corrompido y disuelto, la union liberal consumida por el escepticismo, el partido progresista sin un ideal que lo anime y sin huestes que lo sigan, los gobiernos reaccionarios cada dia más débiles, la opinion liberal más fuerte, el pensamiento científico de nuestro si-

glo más vivo en la conciencia, y las excomuniones neo-católicas más desacreditadas y perdidas como las pesadillas de pesaroso ensueño que se disipan al resplandor de nuevo dia. Esta es sazon para predicar el nuevo dogma. Lo predicaremos con arreglo á nuestra conciencia, siguiendo móviles universales y humanos, que puedan elevarse á leyes de nuestra vida, á norma eterna de nuestra conducta. Antes que cometer una baja accion, antes que manchar este papel que deseamos ver brillar con la luz de las ideas, antes que calumniar ni á los mismos que nos calumnian, arrojaremos la pluma como si nos quemára las manos. Para sufrir las injusticias de unos, las burlas de otros, las calumnias de los enemigos de la libertad, tenemos un poderoso escudo, nuestra fé, tenemos un gran consuelo, nuestra esperanza. Jóvenes somos aun, venidos á la vida en tiempos más serenos que nuestros padres, y nada hemos padecido por la causa de la libertad. Nuestro único padecimiento es ver el ideal de la libertad tan puro en la mente del siglo, y la realidad política tan bastarda é impura en manos de nuestros gobiernos. La corrupcion, sobre todo, ha llegado al último extremo. Es necesario, pues, salir de esta política en descomposicion que envenena el alma. Para salir pronto tengamos fé en una idea, pues el que tiene fé en una idea, vence siempre. La duda tendrá sacerdotes, pero no tendrá mártires. El desengaño podrá matar, pero no podrá crear. Para cruzar los mares de la

vida, ha dicho un gran filósofo, es necesario embarcarse en la nave de la fé. No nos importen cuando bogamos en esa nave, ni las tempestades que se desencadenen sobre nuestras cabezas, ni los escollos que se oculten bajo nuestros piés. Nuestros padres se sacrificaron en la guerra de la Independencia porque tuviéramos patria, y en la guerra civil porque tuviéramos libertad. ¿Qué no debemos hacer nosotros para continuar su obra? Si queda interrumpida ¡cuán grande será nuestra falta! Una generacion viciosa y enfermiza pasará pronto, será una perturbacion en la vida, de esas que la historia condena al más terrible de sus castigos, al silencio. Comprendamos lo que pide su tiempo á las nuevas generaciones, les pide emancipadas nacionalidades siervas, manumitidos los esclavos, cumplido el derecho, resuelto el problema social por la libertad, aminorado el egoismo por la asociacion de los corazones en la caridad, extinta por las escuelas esa mendicidad del alma que se llama ignorancia, emancipado el pensamiento, redimido el trabajo, reemplazado el derecho internacional que ha consentido en la crucifixion de Italia y Polonia, en el derecho natural que ha de asentar los pueblos con la justicia; y si no tenemos fuerzas para tanta obra, seremos una de esas generaciones ú olvidadas, ó maldecidas, cuando, al brillar el ideal del siglo á nuestros ojos, brilla para que nos atrevamos á ser la generacion destinada á realizarlo sobre la tierra. Pero ya que otra cosa no podamos, tengamos

fé, sembremos las nuevas ideas y creamos que ningun esfuerzo se pierde, que ninguna buena voluntad se engaña; y Dios que preside toda la historia y anima toda la vida, asistirá, á los que pelean por la libertad, y por la justicia.

1.° de Diciembre de 1863.

JUAREZ Y LINCOLN.

—

El mayor mal que deploramos, en el estado presente de nuestra sociedad, es la decadencia moral y el rebajamiento de los caractéres, venido á tales términos, que parece perdida toda energía, imposible todo esfuerzo, inútil todo sacrificio. Las costumbres públicas han llegado á tal extremo de corrupcion, que los hombres leales escasean, y va por do quier en auge y con premio, la traicion, siempre abomida. Esto proviene, primero, de que no hemos perdido por completo las prácticas absolutistas; y segundo, de que hemos aceptado las abominables prácticas de los partidos medios; dañosas, por lo que corrompen las inteligencias; dañosísimas, por lo que postran los caractéres. Infundid en un pueblo, consumido por tres siglos de absolutismo, el vírus doctrinario, y os admirareis de que la corrupcion no haya devorado hasta su conciencia. En las córtes de los monarcas absolutos, el hombre es autómata; envilecido, no se atreve á medirse con sus señores, á quienes cree dioses; y así como sus rodillas están

siempre dispuestas á torpes genuflexiones, su alma, de tal suerte pierde la idea del derecho y el sentimiento de la dignidad, que convierte en virtud la vileza de la ciega obediencia, y adora propia servidumbre. Si á esta enervacion moral unís el infame comercio que de la idea del derecho hace la escuela doctrinaria; la esclavitud del pensamiento bajo la censura; la extincion de la conciencia; todo poder medido por el arancel de la fortuna; todo derecho vinculado en el oro; tendreis la explicacion de esta enfermedad moral que nos aqueja, y cuya extirpacion es necesaria, si no queremos llegar á uno de esos períodos de decadencia, que traen, ó la imbecilidad de los pueblos, como en Bizancio, ó la irrupcion de los bárbaros como, en Roma.

Las democracias engendran siempre los grandes caracteres. Por eso, aun los escritores de siglos absolutistas, han llamado virtudes democráticas á las mayores virtudes cívicas. El ciudadano libre es un rey, su arma es su derecho, su cetro las leyes. El bien ó el mal penden de sus decisiones, y sabe que no es una máquina que obra ciegamente, sino una conciencia que piensa, y una voluntad que cincela su propia vida y la vida de la sociedad; que guarda su propio derecho y el derecho de sus hijos. Así cada ciudadano libre es un héroe. El trabajo que tanto degrada á los esclavos, lo exalta. La comunicacion con el poder, que tanto envilece á los cortesanos, lo eleva. Ama su libertad y sabe que, sólo

por la virtud, la libertad es fecunda. En el reinado del despotismo todos los hombres se empequeñecen para que un sólo hombre se levante. En el reinado de las democracias, cuanto más grandes hombres hay, más brilla la sociedad. Por eso á la democracia pertenece Arístides, la virtud social; Graco, el sacrificio; Brescia, el presentimiento de la redencion; Savonarola, la fé; Colon, el génio; Washingthon, la moral en accion; y Franklin, que lima las garras de la vieja y corrompida diplomacia con su ingenuidad republicana.

La democracia, además del primer carácter moral de nuestro tiempo, de la primer virtud cívica que hoy brilla en Europa, además de Garibaldi, puede presentar dos hombres que están firmes sobre la tierra á sus piés abierta en hondas simas, y con los ojos puestos en el ideal que brilla sobre las nubes de pavorosas tempestades. De estos dos hombres el uno preside una República grande, y el otro una República en decadencia; el uno está al frente de la primera nacion del mundo, y el otro al frente de la última; el uno desafía á la misma Europa, y el otro por Europa es perseguido y hostilizado; el uno tiene á su disposicion tesoros, y el otro es pobre; el uno cuenta ejércitos innumerables, y el otro está sólo; y los dos demuestran igualmente la fuerza de conviccion, la energía de carácter que presta siempre esta grande idea de libertad, lo mismo para impedir la soberbia en el poder que la desesperacion en

la desgracia. Lincoln se llama el uno, Juarez el otro. Presidiendo Lincoln á esta positiva raza sajona que, desde su aparicion en la historia, si trae la libertad por instrumento, trae tambien la propia utilidad por fin, encerrada primero en su barca, despues en su choza, más tarde en sus tribus, siempre en su egoista y altiva individualidad, más idónea para el cálculo que para la inspiracion; presidiendo á esta raza Lincoln á manera de un héroe á la griega, con la decision de los Gracos y el arrojo de Leonidas, ha quebrantado las cadenas del esclavo; ha inaugurado una política épica de grandes aventuras y de sublimes sacrificios; y por el pobre negro, traido como una bestia de los desiertos del Africa, encerrado en su ergástula, sin conciencia ni personalidad, tenido en ménos que los caballos y los perros, por el pobre negro no ha dudado un punto en arrojar la República con sus derechos, con su prosperidad sin ejemplo, con su grandeza, en la hoguera de una guerra. La aristocrática sangre sajona corre á torrentes en aras del negro. Si Roma y Grecia, si las antiguas ciudades se levantaran, creerian que el hombre se habia vuelto loco al ver una república sacrificarse por los esclavos, cuando ellas mataban en una noche diez y siete mil para divertir cortos momentos de ócio.

Y, si el heroismo de Lincoln es grande, no es ménos el heroismo de Juarez. El puede repetir la sentencia de Lucano: *Victrix causa diis placuit, sed*

victa Catoni. El heroismo en la prosperidad es bello, pero en la adversidad es sublime. Los hombres que se levantan cuando se desploma un mundo sobre su cabeza, son los hombres mayores de la historia. Vencido, abandonado de América, maldecido por una teocracia que quiere á toda costa conservar sus perecederos bienes; entregado al extranjero por una turba de traidores; extendida la espada del primer imperio de Europa sobre su frente; puesta la bayoneta de los zuavos en su pecho; acompañado de generales imbéciles ó serviles; representante de una raza decaida; jefe de un pueblo sin esperanza: Juarez no se rinde al destino, y, severo é inflexible, se levanta, en medio de las ruinas, como personificacion sagrada de la República y de la patria. Un republicano de la antigüedad, un hombre de Plutarco, tampoco hubiera comprendido esta grandeza. Despues de la batalla á que se libraba la suerte de las leyes, en aquella triste noche de Filipos, Bruto, el último romano, Bruto, que habia llevado su amor á la libertad hasta el olvido de todo sentimiento, cuando los soldados de los triunviros le cercan, de rodillas á los piés de un esclavo le pide la muerte; y, al sentir el acero en su corazon, y espirar, como el cielo sonriera sereno, y los astros brillaran tranquilos, cual si nada triste sucediese en la tierra, exclamó: «Virtud, nombre vano, engañosa palabra ¡ay! esclavo del destino y he creido en tí;» grito de desesperacion, que es el grito último con

que se despide para siempre del mundo la República romana. Pero Juarez, hombre de nuestro siglo, creyente en la eficacia de la libertad y en la virtud de la ley del progreso, mantiene en sus manos los últimos girones de la bandera de la República, porque sabe, en medio de sus desgracias, que los tiranos pasan, los tiranos perecen, y la libertad no puede pasar mientras quede el hombre, y la libertad no puede morir mientras Dios presida el movimiento de la historia.

Es imposible que haya habido un hombre más firme en sus convicciones, ni más dispuesto á desafiar la adversidad. En Méjico reinaba una política militar teocrática, á cuya sombra crecian los males del régimen colonial, sin ninguna de sus ventajas. Promulgóse una Constitucion democrática, que emancipaba la conciencia para renovar el espíritu, y consagraba la desamortizacion para renovar hasta el suelo de la República. Contra ella se conjuró el feudalismo militar y el feudalismo teocrático; el pretoriano y el fraile. La presidencia del poder ejecutivo pertenecia á un general, y la del Tribunal Supremo de Justicia á Juarez. El general abandonó el poder, y recogió Juarez, por un artículo constitucional, su funesta herencia. ¡Un ciudadano al frente de un ejército; un abogado al frente de un pueblo, dividido por horribles luchas, y castigado por vandálicas facciones! Pero, desarmado, sin ningun arte militar, por la energía de su carácter, por la fuer-

za con que supo tremolar la bandera de la República, reunió en torno suyo á los buenos republicanos. Donde plantó esa bandera allí estuvo la pátria. En medio de la guerra, en medio de la peste, alzó, con mano firme y segura, la Constitucion. Para esto tuvo la energía de su voluntad, y la voz de su conciencia, y la severidad de su magistratura, y el rigor inflexible de la ley; y más que la fuerza material, la fuerza de su derecho. Así de Vera-Cruz fué á Méjico y resucitó la República. Se necesitó una traicion sin ejemplo, irrupciones infames, batallas formidables, sitios como el de Puebla y desgracias como las de Méjico, para desalojarlo de la capital de la República. ¡Cuánta grandeza hay en medio de esta decadencia! Ser grande con un pueblo grande, como lo fué Washington, es fácil. Lo difícil es ser grande, siendo todo pequeño; perseverante, en medio de la inconsecuencia; firme, cuando el cielo y la tierra se conjuran contra un hombre. Miradlo perseguido, acosado, sin recursos de América, con las fuerzas de Francia en su contra; desafíandolo todo con la frente erguida, iluminada por los resplandores de la conciencia, mientras el remordimiento cubre de negras sombras la frente de sus vencedores. Estamos seguros de que si el príncipe Maximiliano vá á Méjico, mil veces el recuerdo de Juarez turbará sus sueños, y comprenderá que, miéntras haya un hombre tan firme, no puede morir la democracia en América. Esos caracteres son

un ideal de moralidad vivo y luminoso, que la historia recogeen sus páginas, y que obran siempre en la vida de los pueblos. Si Washington ennobleció la cuna de una República, Juarez ha santificado el sepulcro de otra República. Del sepulcro así ennoblecido se levantará firme y eterna.

¿Y qué decir de Lincoln el bueno, de Lincoln el prudente? Mirad cómo alza las manos al cielo, pidiendo á Dios que ilumine á sus enemigos ántes de arrojar en la sima á la República. Mirad su amor á la idea de la emancipacion, la rigidez de su conducta para aplicar los principios de justicia, el valor con que llama á la guerra, la decision con que rompe las cadenas y la perseverancia con que, entre las amenazas de Europa, el furor de los filibusteros, la rabia de los comerciantes de carne humana, la indecision de sus mismos partidarios, sostiene la República y tiende su próvida mano al abismo, donde yace el negro. ¡Cuántos milagros no hace su voluntad! Habla y enloquece por el sacrificio á una raza positivista; manda, y un ejército de quince mil hombres sube á seiscientos mil, y una escuadra, que parece surgir del seno de los mares, asombra al mundo. Los trabajadores dejan sus talleres, los comerciantes sus fábricas, y gritando, «adelante,» van á morir en las orillas del Mississipí por la libertad del esclavo, por la redencion del negro, con el valor de los mayores guerreros, con la paciencia de los primeros mártires. En medio de

la guerra, de tal suerte tiene arraigado el sentimiento de libertad que no se le ocurre á Lincoln la idea de una dictadura. Donde hay caracteres tan sublimes, como el del presidente de la República, la sociedad no puede engendrar césares, la tierra no tiene las fuerzas malditas que producen los tiranos. El desierto moral solo produce esos áspides. Los puritanos fundaron la colonia; los grandes hombres del siglo pasado, la República; pero Lincoln la ha santificado. Merced á los primeros, la libertad de la conciencia humana tuvo un templo; merced á los segundos, la democracia ha tenido una tierra fecunda, donde realizar su ideal y producir sus maravillas; pero, merced al tercero, ni una nube empañará las estrellas de la República. El negro no oirá el chasquido del látigo, ni la negra engendrará sus hijos para el mercado, primero, y para la afrenta de la servidumbre, despues. Cinco millones de bestias de carga se convertirán en cinco millones de hombres libres. Las últimas cadenas del eterno pária que ha cruzado ¡pobre Abel! la tierra, con la conciencia muerta y el alma extinta, se romperán para siempre entre las manos de un hombre que ha sabido ser fuerte.

Bendigámosle como él bendice á Dios, sobre cuyos altares ha colgado las cadenas rotas. Esa idea de lo infinito, esa confianza en Dios fué la virtud de Washington y es la virtud de Lincoln. A medida que los lazos materiales se rompen, los lazos

morales se estrechan; á medida que los tiranos se acaban, la idea de Dios se alza más explendente como el sol de los dias serenos de la conciencia humana. ¡Grandes hombres! en medio de la pequeñez de nuestra política; de las pasiones mezquinas de nuestros partidos; de la sofistería doctrinaria que toma tantos disfraces, vuestro ejemplo es inminente en la sociedad; el mundo os cuenta entre sus héroes, y si os tocara morir antes de llegar al término de vuestra obra, no tembleis, no os desespereis, porque toda idea es inmortal, y crece y florece y da sus frutos al calor vivificante de las almas de los mártires. Siempre os quedará la gloria de haber mostrado al mundo la energía moral, que dan al carácter las salvadoras leyes y las santas instituciones de la democracia.

15 Abril 1864.

GARIBALDI.

—

Cuando cayó herido en Aspromonte el héroe de la independencia italiana, creian los reaccionarios de Europa que su estrella se habia eclipsado para siempre, y perdídose aquel prestigio que le daba su brillante historia, y su fama de invencible. Italia, como todos los paises del Mediodía, es igualmente fácil al entusiasmo y al olvido, á la idolatría y á la ingratitud. Nacion poeta, así abre las alas de su alma para lanzarse á la esperanza, como las pliega para hundirse en los abismos de la desesperacion. Habia visto caer herido, en un desfiladero, oscuramente, al que de niño jugaba con las tempestades; al que, mil veces, venció las olas alteradas desde su pequeño esquife; al héroe de las pampas americanas á cuya vista huian espantados los gauchos de Rosas; al gigante marino del Plata cuyas glorias escritas están con sangre en los muros de Montevideo, y en los inexplorados bosques vírgenes, donde fué á buscar mil veces los satélites de la tiranía; al que osó resucitar sobre las ruinas de Roma la Re-

pública, y detener el primer ejército del mundo, y volar en socorro de Venecia, y buscar la libertad en la vida sublime del Océano cuando le faltaba en la tierra ingrata de la patria, y volver al primer sonido del clarin guerrero, y vencer á los austriacos en los Alpes, y atravesar el Mediterráneo desde Génova á Marsala con el vuelo de la Gaviota, y caer sobre Palermo, sobre Nápoles, venciendo con sólo mostrar en una mano la bandera tricolor y en la otra la espada de cien combates; héroe sublime, audaz como Arnaldo de Brescia, clásico como Rezi, poeta en su vida y en su accion como el Dante; místico como Savonarola; tribuno como Masaniello; desinteresado y sublime como los héroes romanos de Plutarco; hombre de leyenda, de poema; inteligencia de intuiciones poderosas; alma en la cual cada dolor de Italia encuentra un eco, y cada aspiracion una esperanza, y cada necesidad un sacrificio; porque ese hombre que veis, que ois, y que parece inverosímil en nuestro siglo, como el Cid, como Guillermo Tell, como Juana de Arco, como Washington, es el verbo de una idea, es el símbolo de una gran nacionalidad, es el redentor de un pueblo. La actitud de Inglaterra es un saludo y una escitacion á Italia para que confie en su héroe. Vosotros los hombres positivos, los que sólo sabeis medir, pesar, contar; los que os reis de la patria, del entusiasmo por las ideas; los que llamais locura al heroismo, y locos á los redentores; mirad la nacion

más positiva del mundo, la moderna Cartago, el pueblo de la industria, la aristocracia del dinero, los políticos del hecho, correr desalados en pos del plebeyo, del piloto, del soldado, que no vá á ofrecerles negocios, sino á pedirles sacrificios; que no ostenta una corona de rey, sino una corona de mártir; que tiene por toda propiedad cuatro escollos en mitad del mar; pero que lleva en la mente el ideal de la libertad, y en su corazon el amor sublime de la patria.

En verdad, la redencion de Italia parece un sueño, un sueño de poeta. Si el poeta de Florencia se levantara del sepulcro donde cada siglo ha depositado una corona, apenas creeria que los blancos y los negros se habian reconciliado, que los güelfos y gibelinos habian desaparecido, que políticamente están desarmados el emperador y el papa, amenazado el uno en Venecia, recluido el otro en el Vaticano y huyendo Roma de su cetro, y que todos los municipios han depositado la corona de sus recuerdos, en aras de aquella independencia que parecia un sueño al pueblo condenado como el conde Hugolino, á roer eternamente hambriento, en triste calabozo, el cráneo de sus hijos. Italia, Italia, la primera y la última de las naciones; la que á todas da ideas y recibe de todas injurias; la que enseñó á hablar á los pueblos y no encuentra en ellos palabra de consuelo; la que les dictó las nociones del derecho y sólo recibe injusticias; la que cincela sus

estátuas, pinta sus cuadros, inspira sus versos, y sólo se ve premiada con cadenas; porque los tiranos le han arrancado los ojos; la que canta, triste y ciega, como solian hacer con el ruiseñor los griegos, para que fueran más dulces sus gorgeos, más melancólicas sus endechas.

Todas las glorias de Italia han sido desgracias. Conquistó el antiguo mundo, pero tambien lo sembró de huesos de sus hijos. Se despobló para fundar la Europa, como España para fundar la América. Creó el imperio, pero lo creó para sus esclavos. El imperio fué la apoteosis de todas las razas, y el tormento y la esclavitud de Italia. Por conservar los recuerdos de la civilizacion, en el seno del mundo germánico, no tuvo tiempo de fundar un feudalismo fuerte que la hubiera salvado de bárbaras irrupciones. Por sostener el centro del catolicismo, única fuerza moral de la Edad media, llamó con su teocracia cosmopolita al festin de su vida á todas las naciones, que la vendieron y la esclavizaron. El pueblo extranjero que habia visto un reflejo de su cielo, no queria salir de aquel paraiso. El rey conquistador que habia recibido un rayo de gloria en su diadema, no queria dejar aquella tierra de los ensueños y de los encantos. La más positiva y la más fuerte de las naciones en el mundo antiguo, se tornó la más débil, y la más soñadora, y la más idealista, y la más mística en el mundo moderno. La miseria de Italia, fué curada por la miseria de

los bárbaros; la unidad del imperio, contrastada por el fraccionamiento y el caos de la anarquía. Sobre las ruinas antiguas, se levantaron dos Italias. La Italia arriana y la Italia católica; la Italia militar y la Italia teocrática; la Italia de los sacerdotes, y la Italia de los soldados; la Italia de la unidad, y la Italia de la federacion: que habian de luchar en quince siglos de asesinatos, de revoluciones, de catástrofes, hasta caer ambas desangradas sobre el suelo exháusto de la patria. La unidad estaba sostenida por los extranjeros, por los más aborrecidos, por los longobardos; el fraccionamiento por los más italianos, por los más sagrados, por los papas. El emperador es el jefe de la unidad; pero unidad sin independencia. El papa de los siglos medios, era jefe de la federacion, de la libertad; pero federacion y libertad sin patria. Italia es sacrificada por los papas ¡mísera Ifigenia! en holocausto á la unidad del mundo. Pavía y Roma son las dos cabezas de esta Italia infeliz, como Roma y Bizancio habian sido las dos cabezas del antiguo mundo en los últimos instantes de su agonía. Italia protesta contra los bizantinos, mas para desplomarse á los pies de los francos. Por Pavía, el Norte de Europa, tendrá aherrojada Italia; por Nápoles, la tendrá aherrojada el Mediodía; y en Roma el Norte y el Mediodía se juntarán para esclavizarla. Por el pacto de Carlo Magno, Italia tiene dos dueños, el uno desarmado, y el otro ausente; y los dos, queriendo protejerla, la

entregan á discordias sin término, á guerras sin fin. Italia se libertará de los francos para darse á los alemanes; rechazará á Bizancio para caer ante Viena. Cuando el emperador es maldecido en el Norte, es bendecido en el Mediodía; cuando le sigue Nápoles, Milan le abandona; cuando lo llama Venecia, Roma lo excomulga. En cada ciudad, se reproduce la lucha, entre el pontificado y el imperio, en el conde y el obispo. El primero quiere convertir el castillo en altar; el segundo el altar en castillo, y los dos levantan la patria al patíbulo. A la aristocracia feudal, se opone una democracia teocrática. El obispo predomina, las comunidades suceden al patriciado, los cónsules á los condes. Pero, entonces, si el pontificado toma un carácter teológico y el imperio un carácter legal; si el papa, merced á Pascual II, recoge su anillo y el emperador su cetro, las comunidades convierten Italia en un circo donde se devoran unas á otras como fieras. Génova y Venecia; Rávena y Bolonia; Pisa y Florencia, Milan y Pavía; Roma y Benevento; Brescia y Bérgamos; Verona y Mántua, todas las ciudades combaten, y bajo los piés de sus legiones, se convierte la tierra sagrada en un monton de cenizas que disipa el viento de la tempestad.

En el siglo décimo-segundo, el papa y el emperador se unen un momento contra estas ciudades en armas; pero nada alcanzan para sosegar aquella guerra mercantil, social, encarnizada, tan terrible

como pudiera serlo el choque de los planetas en el espacio. Si Federico Barbarroja logra detener un momento esta lucha en el Norte, es volviendo, al concluirse el siglo, á llamar las ciudades militares á la guerra, con las ciudades romanas. Entonces los municipios se levantan contra los castillos; los plebeyos contra los nobles; la democracia de las comunidades, contra la aristocracia de las montañas. Comprenden los pueblos que sus cónsules no les bastan para la guerra, y crean los dictadores, los podestás; la libertad desaparece y no aparece la patria. En el siglo décimo-tercio, el imperio está desarmado con Federico II; el pontificado vencedor con Inocencio III; las ciudades parecen apaciguadas por un momento; y Aragon recoje el guante de Coradino, y Pedro III y Cárlos de Anjou ensangrientan el estrecho de Mesina; y el almogávar sucede al aleman, y los güelfos y los gibelinos luchan donde lucharon los emperadores y los papas, donde lucharon los obispos y los condes, donde lucharon los condes y los podestás; y Francia por las montañas lombardas, y España por las costas de Nápoles, entran á sostener un duelo de cuatro siglos en que se levantarán ó caerán alternativamente, pero teniendo siempre bajo sus plantas á Italia. Durante todo el siglo décimo-cuarto, los príncipes italianos son los condotieros de todos los poderosos; sus armas están á merced, no del más justo, sino del más fuerte, y se clavan en las entrañas de Italia.

De aquí la desconfianza secular en las propias fuerzas, la confianza siempre en el extranjero. Este mal se trasmite de generación en generacion. El Dante confia en Enrique IV, aleman; Mateo Villani, en los Anjous, franceses; Savonarola, en Cárlos VIII, francés; Maquiavelo, en el infame hijo del valeciano Borgia. Toda Italia padece, durante seis siglos, la ilusion de Campanella. Está el gran pensador veinte y ocho años preso en oscuro calabozo, y sueña con la monarquía universal, con el primado de Italia; pero entregando la direccion de esta obra á Felipe II, su carcelero, su verdugo. Así la Italia, que ha engendrado al que descubrió el Nuevo Mundo; al que exploró con el telescopio los cielos; al que divinizó la forma humana, redimiéndola del ascetismo de la Edad media; al primer génio político de todos los siglos; al que fundó la metafísica moderna; á los hombres mayores de nuestra historia: tiene la desgracia de que esas grandes almas, estrellas fijas en los horizontes de la humanidad, pasen por su desgraciado suelo como los fuegos fátuos por un cementerio. Y decae Italia, durante las discordias religiosas; y decae por la reaccion religiosa; y decae cuando quiere seguir á España por todos los campos de batalla del mundo; y decae cuando quiere imitar las clásicas proporciones del reinado de Luis XIV; y decae durante la reaccion europea contra Luis XIV; y decae por la revolucion francesa; y decae á los piés de Napoleon

que, ora exalta al papa, ora lo aprisiona, ora promete la libertad á Italia, ora entrega, maniatada y yerta, Venecia al austriaco; decae Italia siempre hasta perder la propia conciencia, hasta apagar la idea de su propio derecho. Así la hemos visto yerta. El Piamonte, encerrado en los desfiladeros de los Alpes, amenazado y temblando; Milan, esclava del Imperio; Venecia, sepultada; Florencia, en manos de un príncipe aleman, que se entretenia en dorar sus cadenas; Parma, muda bajo el yugo de los descendientes de Isabel de Farnesio; Módena, en poder de un fanático que convertia su cetro en látigo; Bolonia, atormentada por los austriacos; Roma, poseida por los franceses; Nápoles, entregada al despotismo cruel é inmoral de sus reyes plebeyos, y de sus lazzaronis inmundos; sus mejores glorias, extintas; sus mejores hijos, expulsados; sus esperanzas, muertas; su principal arte, la elegía de la desesperacion; su principal poema, el poema de los sepulcros, la invocacion á la muerte.

No habia esperanza. ¿Quién podria salvarla? ¿Quién podria resucitarla? Sus hijos. Las entrañas de Italia nunca son estériles. Tuvo un gran apóstol, un gran pensador, Mazzini; tuvo un gran político, un gran organizador, Cavour. Pero el apóstol no bastaba; apóstol fué el Dante, apóstol Petrarca, apóstol Savonarola, apóstol Campanella, y nada hicieron por Italia. Pero el político no bastaba; políticos ha engendrado de sobra Italia, desde Ma-

quiavelo hasta Alberoni, desde Alberoni hasta Gioberti. Era necesaria la conjuncion de tres astros. Y esta conjuncion ha sido asombrosa. Mazzini fué la idea, el génio, la inspiracion; Cavour la diplomacia, la política práctica; y Garibaldi la accion, el génio que transforma la realidad y la eleva para imprimir en ella la idea; el hombre que enciende la tierra fria en el fuego del espíritu, el redentor de Italia; el que no ha cometido, como Cavour, ninguna bajeza para salvarla; el que ha llevado el pensamiento de Mazzini desde las riberas del Mediterráneo á la cima de los Alpes, desde la cima de los Alpes al estrecho de Mesina, desde el estrecho de Mesina á Nápoles, y que la llevará mañana al Capitolio, al centro sagrado y eterno de Europa, desde el cual iluminará el mundo, y encenderá de nuevo el alma en el yerto cuerpo de los esclavos. Para esto no hay hombre alguno en el mundo como Garibaldi. Parece que Dios le ha señalado ese destino, lo ha evocado para este sublime ministerio.

Habituado á todas las vicisitudes de la fortuna, guerrero y piloto, soldado y general, rey un dia y pescador al dia siguiente; familiarizado con todas las temeridades de la vida aventurera, desde rendir una escuadra en un lanchon, hasta vencer un ejército con un puñado de voluntarios, desde sostener una república en América con la fuerza de su brazo y destronar una dinastía en Europa con los milagros de su voluntad; seguro de no ser domado por la fa-

talidad, sino de domarla; elocuente, fascinador, piadoso; un niño por la serenidad de sus ojos, por la bondad de su sonrisa; un leon por su fiereza en los combates; para los enemigos de la revolucion, un demonio; para sus compañeros un ángel; imperioso en el campo de batalla, hasta el punto que no es posible oirle sin obedecerle, y humilde en su hogar hasta el punto de servir á sus servidores; con todas las costumbres del soldado y del marino, y con toda la austeridad de un asceta; atrevido, audaz; primer ciudadano de Italia por su amor á la patria, primer ciudadano del mundo por su amor á la revolucion.

Así en estos momentos, recibe el mayor premio que pudiera obtener un héroe, el entusiasmo de un gran pueblo. En verdad el espectáculo ha sido maravilloso..Inglaterra ha corrido á ver al hombre extraordinario que es capaz de tantos sacrificios. El alma del gran pueblo y el alma del gran hombre se han penetrado y se han confundido: Inglaterra con su monarquía, con sus lores, con sus grandes comerciantes, el país más aristocrático de Europa, el más positivo, ha bajado la frente ante el hombre más idealista, más demócrata; el que personifica la guerra á la aristocracia, la guerra al privilegio; el que ha castigado, con su sable, á las viejas dinastías italianas; el que lleva en su mente la idea de la federacion universal, y en su corazon el amor á la República. Y es porque Inglaterra, con todas sus desigualdades, con todas sus injusticias sociales,

comprende los grandes caractéres. Y los comprende porque tiene el principio de todo valor, el alma de toda energía, la libertad. Encerrada en sus derechos, firme con el escudo de libertades, cuya consecucion vanamente intentamos hace tiempo, saluda la revolucion europea, porque sabe que es uno el espíritu, una la vida de Europa. Indudablemente esas procesiones, esos meetings, esos saludos de universal regocijo y alborozo, esa ciudad engalanada, ¡ella tan aristocrática! con los colores de Italia; esa monarquía orgullosa y esa aristocracia sin rival, que se postran ante el hijo del pueblo, cuyo principal título es llevar en el filo de su espada el rayo de la revolucion, todo ese espectáculo, incomprensible por lo grande y maravilloso, es la escitacion que el primer pueblo de Europa dirige al primer hombre de Italia para que se atreva á escribir la última página del gran poema: Roma y Venecia; porque el dia en que Roma y Venecia sean libres, habrá concluido el poder del absolutismo teocrático y el poder del absolutismo imperial, y sonará en el reloj de los tiempos la hora sagrada de la reconciliacion de todos los pueblos en el seno de la libertad universal.

20 de Abril de 1864.

LA GUERRA

DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA.

—

Las naciones que olvidan los dias de sus sacrificios y los nombres de sus mártires, no merecen el inapreciable bien de su independencia. Tener patria es la primera necesidad de los pueblos, porque la tierra es el primer espacio donde se desarrolla la vida. Los pueblos necesitan un rincon donde mecer la cuna de sus hijos, donde construir el hogar de su familia, donde depositar los huesos de sus padres. El espíritu se une fuertemente á la tierra que ha recogido sus lágrimas, que ha presenciado sus amores, que forma parte de su misma naturaleza; pórque, entre el espíritu y la tierra de que es hijo, hay una armonía misteriosa, como entre el cuerpo y el alma. Pero no es posible reducir la patria á la estrecha tierra de nuestra cuna. Y poco á poco, los horizontes de la vida se dilatan; la comunidad de orígen y de destino une muchas familias; los rios, las montañas las costas, forman hogares mayores que el hogar del indivíduo; la sangre vertida en defensa de una mis-

ma causa, las afinidades de raza, los recuerdos históricos, el lenguaje, las artes, vienen á ser los grados de vida de ese espíritu superior, que se llama nacion, y que tiene una realidad tan concreta como la realidad del indivíduo, y es una de las determinaciones, de las maneras de ser de la humanidad que llena toda la tierra.

¿Quién no reconocerá esta hermosa nacionalidad que se llama España? Extendida entre las cimas del Pirineo y el Océano; guardada por dos mares; la estrella de los fenicios, los campos Elíseos de los romanos, el eden de los árabes; cada pueblo ha dejado en su suelo un monumento; cada raza en su espíritu un rasgo; y toda su vida es una luz inextinguible en la humana historia. España fué el Dorado de la antigüedad. Cuando aparece en la escena de la civilizacion, el oro y la plata de sus ricas minas cambian las relaciones mercantiles del mundo. En sus costas meridionales, encontraron los griegos la adelfa y el mirto de sus rientes dioses, y en las crestas de sus montañas del Norte, encontraron los celtas las encinas y las piedras para levantar los templos á sus sangrientas divinidades. Dos siglos consumió la Roma aristocrática en domeñar á España; dos siglos, en que la hicimos temblar cien veces con Viriato, con Numancia, con Sertorio, con los vascos y los astures. Cuando vino el imperio, España fué más grande por sus ideas, que Roma por sus armas. El primero entre los emperadores, Trajano,

fué español; el primero entre los poetas, Lucano, español; el primero entre los filósofos, Séneca, español; el primero entre los didácticos, Columela, español; el primero entre los retóricos, Quintiliano, español; el primero entre los satíricos, Marcial, español; de suerte que, dominada España por la fuerza, fué dominadora por la inteligencia. En la historia moderna, si suprimierais su vida, suprimiriais la civilizacion. Ella unió, antes que ningun pueblo, el espíritu social de los latinos con el espíritu individualista de los germanos, en sus códigos y en su iglesia; ella venció en Covadonga y en Calatañazor á los árabes vencedores del mundo, y desvaneció, entre el ruido de las breñas de Roncesvalles, el sueño reaccionario del nuevo imperio romano de Carlo-Magno; ella contuvo á los almoravides y á los almohades cuando se levantaban en alas de la guerra, como las arenas del desierto en alas del simoun para apagar la civilizacion cristiana; ella heredó el destino del imperio en los campos de Italia, cuando se rompió el cetro cesáreo en las manos del último mártir de la casa de Suavia, y en el Bósforo sostuvo y fortificó en sus últimos dias el vacilante imperio bizantino; de sus costas lusitanas salieron las naves que juntaron la India, la cuna de la humanidad, á Europa, y de sus costas andaluzas las naves que, lanzándose al inexplorado Atlántico, descubrieron la tierra de lo porvenir, América; sin Lepanto, el Mediterráneo sería un lago de los serrallos

del Turco; y sin Bailen, el Dos de Mayo y Zaragoza, Europa entera el pedestal de Napoleon, la herencia de sus descendientes, ó, como la antigua Roma, la gran prostituta de los nuevos Césares.

El recuerdo más popular, la epopeya más viva de nuestras glorias, sin duda alguna, es la guerra de la Independencia. A ella está unido el nacimiento del nuevo arte que se inspira en la libertad; unido el nacimiento del nuevo derecho, que se encierra en el Código inmortal de 1812; unido el nacimiento del nuevo pueblo, que, despues de tres siglos de servidumbre, cuando el mundo lo creia envilecido, por esclavo, tiene la primera de las virtudes, la virtud de los héroes, y alcanza la primera de las glorias, la gloria de los mártires. Así como se necesita subir á la Iliada, para encontrar un poema como nuestro Romancero, y á Atenas para encontrar un teatro como nuestro teatro, se necesita subir á las Termópilas, á Salamina, á Platea, para encontrar fechas, lugares, que sean, en la memoria humana, tan sagrados como Zaragoza, como Gerona, como el Dos de Mayo, como Bailén, y Talavera, y Vitoria. En estos campos, fresca aun la sangre, humeante el incendio, las armas rotas y diseminadas, insepultos los huesos, vivas las señales del sacrificio, el primer poeta del siglo, el génio de la negacion, que arrastraba por Europa su mente desolada como un desierto, su corazon henchido de dolor como un mar tempestuoso, encontró el ardor que le llevara á pelear y á morir

por Grecia, la patria de su espíritu, coronando así una vida de dudas y de vicios, con la sagrada llama de la fé.

Nuestra guerra de la Independencia fué tan grande, que en ella, por vez primera, se encontró Napoleon frente á frente de un principio superior á su principio, y en lucha con un pueblo. Por eso aquí, en España, debia apagarse en su frente la mentida aureola de la idea revolucionaria. Mientras batalló con los antiguos reyes de derecho divino, siempre fué vencedor. La idea que movia sus legiones, muy superior á la idea de las legiones contrarias, era un soplo letal para los reyes de la vieja Europa. El derecho divino caia al filo de aquella espada que, al propio tiempo, despedia las chispas de las ideas revolucionarias. Los reyes absolutos huian como los fantasmas de un sueño. Pero cuando la invencible espada que los ahuyentara, se encontró en el pecho de un pueblo, hubo de embotarse. Y cuenta que aquel hombre parecia el génio de las batallas, y de la guerra. Ni César, ni Alejandro aventajaron á Napoleon como guerrero. Alejandro fué el génio guerrero de los dias de la juventud del mundo. César fué el génio guerrero de los dias de la madurez del mundo. Napoleon fué el génio guerrero en toda la plenitud de su vida; la conjuncion de la juventud, de la idea revolucionaria, que le inspiraba algo de la elocuencia de Alejandro, con la madurez de nuestra civilizacion, que le inspiraba algo de la gran tác-

tica de César. Lo que no tuvo nunca, fué conciencia tan clara de su idea como Alejandro, ni génio político tan universal y humano como César. De él puede decirse, mejor que de ninguno otro hombre, que fué el instrumento de la providencia, la espada de una idea, el azote de la Europa antigua; y cuando esta Europa desapareció, cumplido su destino, estrellóse contra una roca, arrojado allí por el gran artífice de la historia, como un cincel desgastado é inútil. Despues de todo, los pueblos no existian, y en su lugar, llenaba el mundo el «yo» de los reyes. Yo contra yo; egoismo contra egoismo; personalidad contra personalidad: debia vencer la personalidad revolucionaria, debia vencer Napoleon. Nacido, como los antiguos dioses guerreros, en el seno de una gran tempestad; criado al rumor de las gloriosas batallas republicanas; venido á la vida pública, cuando la voz de los oradores se apagaba entre el rumor de las armas, y el ódio de la Europa absolutista obligaba á Francia á armarse hasta los dientes; inventor de una táctica que tenia algo del movimiento y de la impetuosidad revolucionaria, y cuyo secreto consistia en la prontitud con que, en un punto, concentraba mayores fuerzas que su enemigo, aunque las suyas fuesen escasas; hijo del pueblo, y conocedor de las prendas y de las cualidades que á los pueblos deslumbran; el primero de los soldados, y en su virtud, el más idóneo para arrastrar en pos de sí los ejércitos como esclavos; dotado su pen-

samiento de la aritmética militar, y su ojo de la rara mirada táctica; conjunto admirable del génio de su raza; Mario ante la convencion; Carlo-Magno en el trono; Annibal en los Alpes; César en Italia; Germánico en Alemania; Alejandro en Egipto; dos mundos se rindieron á sus plantas, dos ideas combatieron sobre su frente; el sufragio universal lo aclamó, y lo ungió el papa; la tradicion le dió su prestigio, y el siglo su fuerza; la clase media sus cálculos, y el pueblo sus pasiones; la monarquía su autoridad, y la democracia su igualdad; y por eso, en el crepúsculo de los nuevos tiempos, en la penumbra de dos siglos, aparece como si en él hubiera dos hombres; firma el concordato y prende al pontífice; forja cadenas y difunde libertades; expulsa dinastías y corona reyes; ahoga la revolucion bajo sus plantas, y la esparce de sus manos; acalla á los ideólogos y propaga todas las ideas; y con la virtud de su palabra concisa como la voz de mando; y con la celeridad de su pensamiento luminoso como un relámpago; y hasta con su aptitud heróica, que es por sí sola ya el imperio sobre sus legiones, concentra en su génio el génio de un gran pueblo; en su mano la fuerza de un gran ejército; y parece que lo llena todo, que va á ser el único hombre libre de Europa; que en su alma está fija la idea del siglo, cuya luz le precede como la estrella de sus viajes, y de sus manos suspensa la suerte del mundo, cuyo espíritu le obedece como el caos obedeció á la palabra de Dios.

¿Se van á reproducir los tiempos bárbaros de Ciro, de Gerges, de Cambises? ¿Un hombre sólo va á personificar toda la humanidad? ¿Un hombre sólo vá á ser, despues de la revolucion, el árbitro de Europa? ¿Esta en él la historia y el progreso, la monarquía y la democracia, lo pasado y lo porvenir? ¿El espíritu humano, ese inmenso mar, lamerá el límite que le traze el sable de un guerrero? Lo cierto es, que ninguno de los viejos poderes de Europa, ninguno pudo no sólo vencerlo ni siquiera contrastarlo. El emperador de Austria fué vencido en Austerlitz; el rey de Prusia, en Jena; el czar de Rusia, obligado á una alianza en Titsit; la aristocracia veneciana, hundida como los restos de nave desarbolada y náufraga en las costas del Adriático; la aristocracia inglesa, burlada en los mares; el papa, preso; el rey de Nápoles, destronado; Italia, rehecha; el mapa europeo convertido en un tablero de ajedrez, sobre el cual andaban, como las piezas del juego, las coronas, movidas por la mano de Napoleon; los sargentos convertidos en reyes, y los reyes en cortesanos del plebeyo César; los viejos poderes, las viejas aristocracias, son contra él impotentes. ¿Quién podrá contrastar tanto poder? Un pueblo. ¿Dónde está ese pueblo? En España. Tres siglos de absolutismo, no han podido debilitar nuestro carácter. Cada poeta es un Tirteo, cada orador un Bruto, cada aldea una nueva Numancia, cada desfiladero, una Termópila, cada soldado, un Viria-

to; los campos, son campamentos; las casas, fortalezas, los españoles, soldados; el hierro se convierte en armas, los árboles, en chuzos; de las breñas, bajan los guerrilleros como águilas; las mujeres sienten génio guerrero en sus almas; las madres amamantan á sus pequeñuelos en el ódio al extranjero; la tierra se mueve por sí sola con grande estremecimiento para arrojar de su seno al conquistador; y España entera, más feliz que la esclava Alemania y la aristocrática Polonia, no será vencida; porque en España hay lo único que ha quedado en pié sobre nuestras ruinas, lo único que se ha podido preservar del cáncer del absolutismo, un pueblo, y en las venas de un pueblo es inagotable la sangre. ¡Qué epopeya la guerra de la Independencia! ¡Si pudiéramos olvidarla, que perdamos antes mil veces la memoria! ¿Y cómo sería posible cuando á ella unimos los nombres de nuestros primeros poetas, y los acentos de nuestros más hermosos cánticos; cuando de ella surgió nuestra libertad, y el código inmortal de 1812; cuando por ella sabe Europa que nuestra nacionalidad no puede morir? Será imposible que olvidemos el Dos de Mayo, los muros de Zaragoza y de Gerona, los campos sagrados donde brotó de nuevo la patria; las maravillas de la guerra de la Independencia. ¡Cuántas veces, en las largas veladas de invierno, al amor de la lumbre, hemos recogido el relato de la guerra, de labios de nuestros ahuelos, y nos ha parecido oir en las ráfagas del viento la voz de los

mártires, que nos escitaban á imitar su ejemplo, si alguna vez peligrára la independencia de nuestra patria! Sobre aquellos mares de sangre, sobre aquellos montones de huesos, sobre el ara de tan grandes sacrificios está fundada nuestra nacionalidad.

Los pueblos todos de Europa, vejados, oprimidos, asombrados; despues de haber visto entrar en sus capitales los soldados franceses, vieron el ejemplo de España; y, en nuestra guerra, aprendieron la manera de herir al coloso. No se le podia desarmar ni con los antiguos generales, ni con la antigua táctica; era necesario invocar una nueva idea como la habia invocado España, la libertad; lanzar, en su camino un enemigo formidable, los pueblos. Y en efecto, al grito de libertad, Alemania opuso un nuevo derecho; Rusia una patria á las legiones francesas; y todos los déspotas, cegados por el brillo de la idea del siglo, invocaron la libertad. El coloso cayó en el suelo. La piedra que le habia herido en la frente, lanzada fué por este David de los pueblos, que se llama España. Por eso los poetas alemanes invocaban el nombre de España para enardecer á sus guerreros; y Grecia para pelear con los turcos; y la nueva Italia para alejar á sus déspotas: y desde los trópicos al polo, do quier haya un pueblo que pelee por la patria, invocará siempre el recuerdo del Dos de Mayo, y evocará el númen de Zaragoza y de Gerona. La guerra de la Independencia española será la norma eterna de todas las guerras de la in-

dependencia. De nosotros han aprendido á pelear y vencer los pueblos. El mismo gigante que vencimos presentaba nuestros padres como ejemplares de heroísmo, dignos de imitacion á sus soldados, cuando las tropas aliadas se encaminaban á París. Y luego, vencido, desarmado, recluido en la isla, amarrado á su roca, cuando, cruzados los brazos, inclinada la cabeza sobre el pecho, evocaba sus dias de gloria, y creia oir el eco de cien tambores y el ruido de sus cañones; y ver pasando, ante sus abrasados ojos, las legiones de héroes que habia sepultado en todos los campos de batalla del mundo; y que le reconvenian por haber sacrificado una generacion sin igual, para conseguir, al término de su jornada de muertes y de incendios, la desmembracion de su imperio, y la propia servidumbre en manos de sus eternos enemigos; en aquellos momentos solemnes, el recuerdo de la guerra de España se levantaba en su memoria, y ceñia la espinosa corona del remordimiento á su perturbada conciencia. ¡Héroes del Dos de Mayo, de Zaragoza, de Gerona, de Bailen, de Talavera, por vosotros tenemos patria! ¡Ah! ¡Patria! ¡Patria, aunque sólo tuvieras en tus anales, que han fatigado á la gloria, la guerra de la Independencia, serias llamada siempre la redentora de las naciones!

2 de Mayo de 1864.

LA ABOLICION DE LA ESCLAVITUD.

—

Una grande idea agita hoy á América; la abolicion de la esclavitud. Esta idea tiene una gran trascendencia en el mundo; pero mayor todavía en España. Por cualquier lado que se mire, el problema de la esclavitud debe absorber completamente nuestro ánimo.

Esta cuestion es una cuestion religiosa, porque donde hay esclavos, la igualdad evangélica es mentira; una cuestion humanitaria, porque donde hay esclavos, la dignidad humana es mentira; una cuestion social, porque donde hay esclavos, donde hay séres puestos fuera de la sociedad, la sociedad es mentira; una cuestion moral, porque donde hay esclavos, donde se compran y se venden los hombres como ganado, donde las madres se ven desposeidas de sus hijos por la fuerza, donde ni el pudor se respeta, la moral es mentira, la familia es mentira; una cuestion de alta, de profunda beneficencia, por-

que donde hay esclavos, donde millares de séres humanos gimen en la miseria y en la degradacion, sin más esperanza que arrastrar eternamente la cadena de pesados eslabones en el pié y la cadena de infames ignominias en la conciencia, donde esto sucede, todo lo grande, y bueno, y justo es mentira, y lo único que hay de cierto, lo único que hay de verdad, es la amenaza perdurable de una de esas catástrofes que se ciernen sobre todas las Babilonias de la tierra, y que vienen á estirpar con el hierro y el fuego las huellas de todas las iniquidades, el cáncer de todas las tiranías.

Pero si tiene todos estos aspectos que nadie podrá negar, con sólo poner la mano en el corazon, los ojos en la conciencia; si tiene todos estos aspectos, tambien tiene otro no ménos grande en verdad, y acaso en la hora que corre más interesante; el aspecto de una cuestion de alto y verdadero patriotismo, de profundo patriotismo. Es necesario decir una palabra en todos tonos, repetirla á todas horas, aclamarla con altísimos clamores, importunar á los gobiernos, importunar á los legisladores, cubrir con ella las columnas de la prensa, llenar los aires que respiramos, grabarla en las conciencias, difundirla en los templos, estereotiparla sobre todo al pié de la cruz que fué el patíbulo del esclavo y la cuna de su libertad; y esta palabra es la abolicion de la esclavitud, porque con ella no sólamente serviremos en un grande holocausto la causa de la hu-

manidad, sino que salvaremos de una gran catástrofe la dignidad de nuestra patria. ¿Quién no vé lo que sucede en los Estados-Unidos? Aquella sociedad es la primera sociedad del mundo, porque es tambien la primera fundada en el derecho de la libertad. Los puritanos abandonaron el viejo suelo de Europa, dejáronse en las opuestas orillas los monumentos históricos, guardadores de las ideas de otros siglos; la aristocracia, la monarquía semi-feudal, hincharon sus velas, que los arrastraban no tanto con el viento del cielo como con el viento de la libertad; surcaron los mares, conducidos más que en sus naves en las alas de sus ideas; y llegados allí, vieron al esfuerzo de su brazo caer los bosques inexplorados, poblarse los desiertos vírgenes, someterse los rios impetuosos; y al conjuro de su espíritu libre nacer una sociedad que ha opuesto á las córtes europeas sus comicios, á los Césares sus Washingtons, á las fugaces conquistas de la guerra las conquistas de la industria, á la oligarquía de los privilegiados, el derecho; y á esta guerra, á esta intolerancia, á estas vallas que por todas partes encuentra aquí la actividad humana, á estos celos y recelos de nacionalidades viriles, la reconciliacion de todas las razas, de todos los hombres, sea cualesquiera su religion, su orígen, ó su sangre, en la justicia, que es es la revelacion más expléndida de Dios sobre la tierra.

Pero ¡ah! que la gran república tenia la mancha

de Nínive, la mancha de Babilonia; la sombra que afeó los bajos relieves del Partenon y que manchó los campos sagrados de Salamina y de Platea; la sombra impura entre cuyos pliegues murió el alto Capitolio; la sombra cuyos últimos contornos se proyectan hasta en las agujas de las catedrales góticas; la nefanda, la maldita sombra bajo la cual no puede haber paz, ni justicia, ni caridad, ni amor, ni familia, porque no puede haber libertad; la sombra que desasosegaba á la república jóven en medio de sus dichas, como al jóven Hamlet la aparicion de su padre asesinado, porque aquella sombra era la muerte de su idea, la negacion de su espíritu, el mentís de sus resoluciones, el torcedor de su conciencia, la nube de sus estrellas; la sombra de la esclavitud que la conciencia humana maldice, y que no podia soportar sin morir, una sociedad basada sobre la libertad de la conciencia humana.

El mal trajo sus consecuencias naturales, sus consecuencias indeclinables. Una mujer escribió, un mártir murió. La escritora puso el sentimiento en el corazon de los que padecen y de los que oran; el mártir puso la fuerza del sacrificio en los que trabajan, en los que pelean, y peleando mueren. Y entre el libro de la mujer y el patíbulo del mártir; habrá una relacion misteriosa, porque ninguna causa perece cuando tiene un evangelio y un mártir, una idea y una gota de sangre vertida por esa idea; un libro y un holocausto. Las orillas del gran Mississi-

pí; las altas montañas de Virginia, sembradas de bosques; las praderas feraces donde crece el algodon y se cimbrea la caña de azúcar; los mares abiertos al más prodigioso comercio del mundo; todos aquellos espacios tan ricos se vieron de pronto turbados por una guerra gigantesca, como acaso no recuerda otra la historia; guerra más santa que la de Egipto contra Cambises, y la de Grecia contra Ciro, y la de España contra Napoleon; guerra en que han batallado un millon de hombres, en que han muerto millares de mártires, en que se han consumido tesoros fabulosos, en que se han desplegado fuerzas increibles; guerra cuyo término se palpa, término en el cual se verá entre el humo del incendio, y los rios de sangre, y las ruinas amontonadas, Richmond rendida y abrasada con todas sus preseas, como Sardanápalo; pero la esclavitud concluida, desarraigada de la tierra, y el esclavo convertido en hombre; y realizada de esta suerte, con sangre, sí, con esa sangre que es el sudor vertido por los grandes trabajos sociales, realizada, decíamos, la obra social del Evangelio.

Pues bien; no olvidemos que desde el punto no lejano en que esta guerra se termine, América exigirá de nosotros con grande é irresistible exigencia, la conclusion de la esclavitud. Y fuerza es confesarlo, despues de haber arriesgado su nacionalidad, difundido sus tesoros y su sangre, agotado todos los recursos de la guerra, tendrá razon sobrada para

pedirnos que destruyamos la esclavitud en Cuba. ¿Y cómo la vamos á defender? ¿En nombre de qué principio? ¿Invocaremos el Evangelio que la condena? ¿El interés de una colonia cuando se ha sacrificado por la libertad de los negros el interés de una nacion? ¿El derecho, cuando no hay derecho, no puede haberlo, para poseer el alma inmortal de un hombre? Si apeláramos á la fuerza, aparte de que es imposible una lucha en los mares con la nacion que en este mismo siglo ha vencido á la más poderosa de las naciones marítimas del mundo, aparte de que esto es imposible, no tendríamos refuerzos, no tendriamos auxilio, porque Francia no puede prestárnoslo cuando ella misma ha abolido la esclavitud; porque Inglaterra es el caballero andante de la libertad de los negros; porque nos tocaria el aislamiento que toca en suerte á todos los pueblos empeñados en sostener una iniquidad; y caeríamos desarmados bajo el peso de nuestros errores y del anatema terrible de la conciencia humana, que se indigna contra toda injusticia y que nos desterraría por fin hasta del derecho de gentes, hasta de las consideraciones debidas á todos los pueblos civilizados.

Y luego no conseguiriamos nada, absolutamente nada, porque la verdad es que la rebelion se propagaria á los esclavos. Recorriendo la historia se descubre que han sido terribles siempre, espantosas siempre las rebeliones de esclavos, y terribles y es-

pantosas sobre todo para sus explotadores. Si se esceptúa en la inmóvil China, en todas partes se ven rebeliones de esclavos. Una rebelion de esclavos fué la salida de los israelitas de Egipto; una grande conspiracion de ilotas el feudo todo de la historia de Esparta; guerras crueles que prepararon la caida de Roma, las guerras de los esclavos; venganza de esclavos la caida misma de la ciudad eterna que aterró el mundo; venganza de los esclavos celto-romanos la rota del Guadalete; venganza de los siervos del terruño la ruina del feudalismo al espirar la Edad media; y venganza terrible, sañuda, como si en un dia se condensara la expiacion de muchos siglos, los incendios, las matanzas sucedidas en América, que enseñan con sus horrores que la esclavitud mata desde la fecundidad de la conciencia humana hasta la fecundidad de la tierra.

Los que amamos á los Estados-Unidos, muchas veces nos entristeciamos al considerar los males que les amenazaban. Pero fuerza es decirlo, nos entristecia más, nos apenaba más que con la esclavitud pudieran vivir en paz. Habia motivo para dudar de la virtud y de la eficacia de las instituciones democráticas, cuando se las veia habitar bajo el mismo techo que la infame esclavitud. Cuando comenzó la guerra, demostramos al mundo que la democracia no podia vivir en paz sin estirpar tamaña injusticia.

¿Quién no se entristece, quién no se ape-

na ahora, profunda, amargamente, al recordar á Cuba?

Nosotros nos la figuramos en la imaginacion aquel mar de las Antillas, bendecido por Colon; aquellas islas que parecen edenes, donde debe habitar la virtud y la inocencia; el suelo cubierto de flores que se entrelazan para formar como un lecho de placeres; los árboles cimbreando en las alturas, sus palmas cargadas de frutos; las aves abriendo sus alas de mil colores en la inmensidad, y enviando á las alturas las armonías de su inmenso coro; los horizontes expléndidos, como si guardaran y recogieran el reflejo de la primer luz; miriadas de luciérnagas en la tierra, semejando estrellas llovidas sobre el campo, y miriadas de estrellas en el cielo, semejando luciérnagas prendidas á una flor; y en medio de tanta hermosura, de tantas maravillas, hombres sin conciencia, sin libertad, sin vida, esclavos, últimos restos de la cadena de las castas, que manchan y afean tanta hermosura, que corrompen y degradan tanta vida.

Richmond cae. ¡La Babilonia de la esclavitud sucumbe! Es necesario, pues, que nosotros pensemos en abolirla. Cuando el tiempo lo permita, propondremos los medios que podian y debian emplearse para abolir la esclavitud. Un sentimiento profundo del derecho, una invencible aversion á toda tiranía, nos ha llevado siempre á mirar atentamente esta pavorosa cuestion. ¡Oh! No nos llamemos nacion

civilizada, no nos llamemos nacion cristiana miéntras exista un espacio de España donde todavía haya hombres reducidos á la condicion de bestias. Curemos con nuestras propias manos esta úlcera que mancha nuestra frente, si no queremos que la cauterice el rayo del cielo.

8 de Junio de 1865.

LA TOMA DE RICHMOND.

La democracia debe registrar el dia de hoy como uno de los grandes dias de su vida, por la noticia que nos trasmite el telégrafo de la rendicion de Richmond. El Norte ha vencido al Sur; la república púnica, la república infame de los mercaderes y de los esclavos se ha hundido, y sobre sus ruinas se levanta la república democrática, la república de los libres. Aunque para nosotros, hombres de ardiente fé, el triunfo no podia ser dudoso, porque sabemos que la libertad está en el espíritu, y Dios en el cielo porque sabemos que la Providencia y el progreso son las leyes eternas de la sociedad y de la vida; el triunfo sobre Richmond nos regocija como una victoria de toda la democracia, como una señal más de la fuerza del derecho. El Sur, rico, poderoso con el auxilio moral de Inglaterra; con el auxilio material de Francia que levantaba un imperio en Méjico para llevar la reaccion al Nuevo-Mundo; con inmensas fuerzas militares; con experimentados generales;

con el fanatismo que inspira el privilegio y el desenfrenado amor á la propiedad de sus esclavos, en la cual vinculaba toda su vida, como la antigua Esparta en sus ilotas; el Sur ha sido roto por el brazo de un magistrado que representaba la igualdad humana, hundido por una idea cuya principal fuerza es su justicia.

En cambio el Norte derrotado en Manasar, mal defendido por sus primeros generales, sin hábitos militares, constreñido á gastar un millon de dollars diariamente, empeñado en ruinosos empréstitos, con un ejército inmenso que no habrian podido sobrellevar las naciones más poderosas del mundo; desde el capitolio de Washington divisiba las huestes de sus enemigos, disciplinadas por una poderosa oligarquía, dispuestas á remachar las cadenas del esclavo, cubriendo su infame causa, en cuyo fondo sólo habia el inmundo tráfico de hombres, cubriéndola con las mágicas palabras de libertad y de independencia, para conservar sus riquezas, única ambicion del Sur, de ese infame Cain de los pueblos.

La victoria del Sur hubiera sido la derrota moral de la democracia en el mundo. Hubiera la democracia demostrado su incapacidad política para sostener los lazos que deben mantener unidas á las nacionalidades, y su incapacidad social para resolver el problema de la esclavitud. Hubiera demostrado que la libertad de pensamiento, de accion, de creencia, de trabajo, la autonomía del individuo consagrada en

toda su extension y fuerza, era incompatible con una grande sociedad, con una poderosa nacion. Hubiera manchado con negras nubes las estrellas de la república, en las cuales vislumbran los pueblos el ideal de su libertad, la luz que ilumina su camino. «Los Estados-Unidos, como ha dicho uno de sus más ilustres historiadores, constituyen el conjunto de un gran sistema político que abraza á todas las naciones civilizadas. En una época en que el poder de la opinion crece tanto, los Estados-Unidos tienen el primer lugar en la práctica y en la defensa del derecho de igualdad entre los hombres.» ¿Qué hubiera sido del mundo, qué de la civilizacion, si esta democracia que todos los pensadores de Europa saludan atónitos, si esta república, demostracion viva de que la sociedad puede vivir sin los antiguos privilegios históricos, si esta igualdad hubiera sucumbido delante de algunos plantadores que subordinan toda justicia y toda libertad á sus trahillas de negros, más desgraciados que las bestias, últimos restos de las infames castas, sobre las cuales se han levantado todos los poderes opresores?

Para nosotros no habia duda: en pos del triunfo del Sur, venian todas las instituciones compañeras inseparables del privilegio; venia una aristocracia mercantil; una iglesia, aunque protestante, privilegiada; una imprenta muda, al menos limitada á duras condiciones para que no expresase el gran dolor que corroe las entrañas cancerosas de aquella socie-

dad; tal vez una monarquía, como seguro de todos estos privilegios, mentís anacronismo incomprensible que hubiera trasplantado las instituciones, decadentes ya, sobre las ruinas de la vieja Europa al mundo de lo porvenir, al mundo de la libertad, á la jóven América.

No era posible que se desarrollaran todas las instituciones honra del género humano; que el sufragio universal ejerciera su accion soberana; que el pensamiento hablara en alta voz y con libertad entera; que el jurado reflejara la conciencia; que todas las ideas democráticas vivieran, y bajo su explendor, que ilumina hasta los últimos abismos sociales, se ocultara un mercado como el mercado de Nueva Orleans, donde se venden por dos mil piastras los hombres. Esta infamia debia concluir. Si no bastaba para concluirla ni la luz de la libertad, debia venir, vendria sin duda la electricidad de la libertad, las grandes tempestades que purifican la atmósfera social de todas las grandes injusticias.

Vino la guerra. Y un hombre humilde, antiguo leñador que habia respirado el aliento de la naturaleza en aquellos bosques vírgenes, donde la igualdad natural brilla sin artificio, y donde Dios se revela en toda su fuerza creadora; un hombre sencillo, modesto, ageno á las artes de la guerra; sin un gran genio, pero con un gran corazon, se puso al frente del primero entre todos los pueblos de la tierra; y extendió su mano desarmada sobre la cabeza

del esclavo. Subid con la memoria á las más altas revoluciones de la historia; imaginaos los latinos llamando á las puertas del Poemerium romano; los plebeyos á la puerta del Senado; los bárbaros á la puerta del imperio; los cristianos á la puerta de los templos clásicos; los pueblos modernos á las puertas de los palacios de los reyes absolutos, y no tendreis idea de lo que significa, de lo que vale una revolucion como la intentada por Lincoln, que de un lado toca á la propiedad, y de otro lado levanta á hombres tenidos por ménos que las fieras, más despreciados que los párias en Oriente, y los ilotas en Grecia, y los esclavos en Roma, y los siervos en el feudalismo; á esos hombres de otro color, y de otra raza abyecta, á la igualdad fundamental con la más noble y la más orgullosa de todas las razas del mundo.

Obra inmensa, obra que parecia reservada para muchas generaciones y que ha concluido un sólo hombre. No es hoy dia de pensar en las consecuencias que puede traer á América y á Europa este gran triunfo de la democracia; es dia de sentir, dia de orar; es dia de consagrar nuestra victoria y de alabar á Dios. Entre las ruinas de Richmond, esa Babilonia, sucumben los Sardanápalos de la esclavitud. El fuego de la revolucion los devora en sus últimas orgías. De hoy más no será posible que el plantador cruce con su látigo el rostro de un hombre, su igual; no será posible que la pobre negra vea

al hijo de sus entrañas conducido de su regazo á un mercado; no será posible que almas humanas se conviertan en ruedas de una máquina de café ó de azúcar; no será posible que las iniquidades y las infamias heredadas como una enfermedad constitucional de las sociedades antiguas se perpetúen; y la democracia, entregando al mundo tres millones de esclavos convertidos en hombres, habrá demostrado que en su seno está la justicia; en su seno el porvenir de la humanidad; en su seno el espíritu que vivifica á las sociedades modernas, el principio de libertad y de igualdad que ha de convertir en una sola familia á todos los hombres.

16 de Abril de 1865.

PLUTARCO DE LOS DEMÓCRATAS.

I.

Hay hombres-ideas, hombres de cuya frente desciende un rayo de luz sobre la conciencia de la humanidad. Suprimidlos, y habeis suprimido toda la historia; borradlos, y habeis borrado los dias mejores de la vida universal. Nosotros, demócratas, debemos detenernos un momento á considerar cada uno de estos hombres para que sus ideas nos animen, y su ejemplo nos fortifique, y su luz brille sobre nuestra alma, y sepamos padecer como ellos, y como ellos morir para la vida de un dia á fin de despertar para la vida de la humanidad. Cuando nos encerramos en nuestra individualidad, cuando medimos el estrecho horizonte de nuestra vida, cuando vemos cómo se quebrantan los esfuerzos individuales contra los escollos de la realidad, cuando á cada instante tropezamos con un obstáculo ó descubrimos una miseria, solemos vacilar, y á veces hasta renegar del mundo en que vivimos y hasta

desconfiar de Dios visible en toda la historia. Pero cuando vemos esos hombres que, merced al recuerdo viven moralmente entre nosotros, y nos asisten con su espíritu, y nos trasfiguran con sus ideas, nos sentimos fuertes moralmente, y con ánimo para rematar la obra que nos ha tocado en suerte, la obra sublime de la redencion del proletariado, de la elevacion de la clases inferiores, de la salud universal.

II.

El primer pueblo donde aparece la democracia es el pueblo griego. Grecia es la patria del arte; Grecia es tambien la patria de la ciencia; Grecia tambien el templo de la libertad; Grecia uno de esos paraisos donde la humanidad recobra la luz que la tradicion cree perdiera en el primitivo paraiso. Allí, bajo aquel cielo hermosísimo; entre las radas que forman los senos del celeste mar; en aquel intercolumnio gigantesco del archipiélago, el hombre aparece como la estátua cincelada por Dios. El escultor ha nacido en Grecia, y el escultor ha tallado no sólo sus estátuas, sino tambien una nueva humanidad. Esta sublime estátua necesitaba el fuego del cielo para animarse. El hombre material era en Grecia perfecto; el hombre moral debia completarlo y engrandecerlo. ¿Cómo era esto posible? El hombre necesitaba reveladores que

le tocaran en la frente, y le dijeran que se encerraba allí la conciencia. Estos reveladores vinieron; se llamaban: Solon, la ley; Esquilo, la inspiracion; Sócrates, la idea; Demóstenes, la palabra. El primero dió su fórmula á la democracia ateniense; fué el Moisés de los pueblos. Nació Solon en Salamina. (559 antes de J. C.) Descendiente de Codro, último rey ateniense, entregóse, sin embargo al comercio, y pudo estudiar las leyes de los diversos países, y comparar sus costumbres. Perdida Salamina, los atenienses, descorazonados por mil sangrientas empresas para recobrarla inútilmente, habian decretado pena de muerte contra todo ciudadano que intentase volver á la ciudad; Solon subió á la tribuna, leyó unos versos escitando el entusiasmo de sus compatriotas, y tomó á Salamina. Eupatrida ó noble por su nacimiento, fué por su corazon hijo del pueblo. El fundó la democracia en estas dos bases eternas: en la propiedad y en la libertad. Despues de dar sabias leyes á su pueblo, visitó el Asia Menor, y cuando llegó á comprender que no era necesario á su pueblo, se encerró en misteriosa oscuridad, muriendo para los hombres, viviendo siempre en el agradecimiento de la humanidad. Si Solon representa el espíritu legal de la democracia griega, representa Esquilo su espíritu poético. Poeta y soldado ha combatido contra los tiranos de la tierra en los campos de Meathon, y contra los tiranos del cielo en el Prometeo encadenado. El es indudablemente

el primero que cincela en la conciencia humana esas grandes figuras sobre las cuales centellea el fuego del cielo, la eterna inspiracion que ilumina á la humanidad. Cuando veais pasar ante vuestros ojos el Cáucaso eminente, el cielo plomizo, el mar inmenso, el gigante encadenado, retorciéndose bajo sus hierros, con el águila que le devora el hígado, y las ninfas oceánicas que le enjugan los ojos, decid que es uno de los predecesores de la redencion, uno de los mártires de la libertad. El mundo así fortificado por la inspiracion y por la ley, necesitaba tener conciencia de sí mismo para ser más grande. Y la tuvo, y apareció Sócrates. Nació 470 años antes de Jesucristo este mártir de la humanidad. Atenas, su patria, habia llegado á no entenderse, entregada á los sofistas. Estos con su trabajo de dialéctica, trituraron todos los conocimientos, y dieron fuerza al espíritu humano para comprenderse como el número y medida de todas las ciencias y elevarse al cielo y mirar frente á frente á Dios iluminando el espíritu. Sócrates levantó la ley moral sobre la ley positiva, la conciencia humana sobre la religion del Estado. Esta grande idea que la humanidad registrará siempre agradecida como el albor de una nueva vida, le valió beber la cicuta. Murió el hombre de un dia con el veneno; pero el veneno engendró tambien el hombre de todos tiempos, el hombre-humanidad, el Sócrates de la moral, el eterno Sócrates de la historia. Grecia debia morir, porque

tal es la ley de la renovacion humana. Su testamento fué su palabra. Demóstenes viene á escribir el testamento de Grecia en sus admirables discursos. Hijo de aquella república, voz de su democracia, soldado en los tristes campos de Queronea, enemigo de Filipo que temia su palabra cuando no temia los ejércitos, enemigo digno de Alejandro, sostuvo con las fuerzas de su elocuencia una república vacilante, un pueblo moribundo, y cuando no pudo más, cuando pueblo y República se arruinaron, se enterró entre sus ruinas. Mientras el corazon lata, mientras la inteligencia piense, mientras haya en la conciencia humana una aspiracion grande y generosa, Solon, Esquilo, Sócrates, Demóstenes serán eternamente, en toda la sucesion de los siglos, como planetas que alumbrarán el cielo de la historia.

III

Grecia es el arte y la ciencia; Roma la política y el derecho. Grecia es la juventud; Roma la edad madura de las sociedades antiguas. En esta ciudad debia tener tambien la democracia sus representantes. Los dos Gracos lo fueron igualmente ilustres, igualmente grandes. Todos los romanos habian conquistado la tierra sagrada y sólamente la poseian los nobles. Los ciudadanos de Italia pedian el derecho de ciudad, y el patriciado romano lo negaba. Tiberio y

Cayo Graco, á pesar de pertenecer á las familias más aristocráticas de Roma, se pusieron á servicio de la democracia, pidiendo que las tierras públicas, las tierras que eran propiedad del Estado, fueran poseidas no por los que más tenian, sino por los que tenian ménos, por los ciudadanos pobres que las habian conquistado con su pura sangre. El Senado romano, representante de la aristocracia, trató de perder aquellos dos jóvenes, representantes de una nueva idea, y los perdió. Escitó contra ellos las pasiones mismas del pueblo á quien levantó contra ellos, muchedumbres ciegas y numerosas, cuando en sus brazos guardaban la fuerza de la libertad, y en su palabra la idea y el alma del pueblo. Su martirio ahogó dos hombres; pero no ahogó, no pudo ahogar la idea que estos dos hombres representaban, porque las ideas tienen perennidad en la historia, porque las ideas son el alma de los hechos. Contemplemos un momento á Espartaco, el representante de la emancipacion de los esclavos. El esclavo debia matar á Roma para mostrar que todas las sociedades perecen por sus injusticias. Ciceron decia: *quod servis, tot hostes*; cuantos siervos, tantos enemigos. Y mientras la gente de orígen libre moria, la gente de orígen libre diezmada en las guerras sociales, en las guerras civiles, en el Imperio, la gente de orígen servil se aumentaba en tales términos, que hubo que prohibir que vistieran su traje para que Roma no pareciese una inmensa ergástula, rebosan-

do esclavos. La maldicion que un dia estos séres desgraciados arrojáran sobre Roma iba á cumplirse. Sus hijos, sus descendientes se agolpaban á las orillas del Rhin y del Danubio, para tomar de la señora de sus padres la más terrible y la más sangrienta de las venganzas. El esclavo habia sentido mil veces el peso de los grillos en sus piés, el peso de la argolla en su cuello, y la afrenta del estigma en su frente. Su dolor era inmenso, su desesperacion no tenia límites, porque ni siquiera terminaba más allá de la tumba. Este dolor inmenso del esclavo se hizo hombre, y se llamó Espartaco. Númida de raza, tracio de nacimiento, llevaba en sus venas la sangre de las gentes que Roma habia esclavizado con mayor crueldad. Venido á la Ciudad Eterna fué destinado al más bajo y terrible de los oficios, al de gladiador, y alimentado de manera que tuviese mucha sangre que verter sobre la arena del Circo. Acostumbrado á los desfiladeros de sus patrias montañas, al aire libre que agita sus selvas, á la vida del cazador, á errar en los espacios inmensos á su antojo, su cuerpo chocaba en las paredes de su ergástula como el leon enjaulado en los hierros de su jaula, y cada vez que veia el horizonte envidiaba el vuelo del ave y sentia levantarse en el corazon el amor de la libertad. ¡Oh! El esclavo con estos sentimientos demostraba que la esclavitud no es posible sino ahogando el alma que guarda la eterna conciencia de la libertad.

Muchas veces en su triste soledad, en sus largas horas de insomnio, aquel hombre que tenia algo de la fiereza de Annibal y de la altivez de Jugurtha en su carácter, pensaba que, dado su destino, tanto le iba en morir sobre la arena del circo entre gladiadores como en los campos de batalla entre soldados. Al fin la vida de esclavo era mil veces peor que la muerte, y la ergástula mil veces más negra que el sepulcro. Su corazon se levantó á una gran fortaleza; su oscurecida conciencia á la idea de su derecho, y sus brazos á esgrimir contra Roma la espada que Roma le habia confiado para esgrimirla contra los gladiadores, sus hermanos, en el circo. La luz de la libertad cruzó por su espíritu como una revelacion celeste, y á su llama se derritieron sus cadenas. Llamó á sus hermanos, les abrió su alma, puso en sus manos las espadas, y les guió al Vesubio, que no guardaba en sí tanto fuego como amor á la libertad guardaba el alma del esclavo. Al poco tiempo las ergástulas se vieron abandonadas y solitarias, y los campos de Italia llenos de siervos que habian convertido sus cadenas en espadas. Espartaco queria dejar á Italia y correr con aquel ejército á su patria para respirar en el aire de sus montañas la santa libertad, primera necesidad del espíritu. Pero los esclavos corrompidos por los vicios romanos, preferian despojar á sus señores de su lujo y de sus riquezas á ganar los montes y en ellos su nativa independencia. Roma que habia vencido á tantos reyes,

tembló, vaciló algunos momentos delante de sus esclavos. Más miedo tuvo de Espartaco que de Annibal; porque Espartaco era un eterno Annibal invencible y no podia morir mientras quedase en Roma un esclavo. Así la ciudad eterna, en aquellos tiempos, que eran los tiempos de Pompeyo, mandó sus primeros generales contra Espartaco. Este héroe, que desde el envilecimiento de la esclavitud se habia levantado á la idea de libertad, peleó, vió caer doce mil de los suyos á su alrededor, todos con la cara vuelta al enemigo; y exánime, sin sangre, agotadas sus fuerzas, hecho una herida inmensa desde el pié á la frente, cubierto de acerados dardos, fué á morir sobre un monton de cadáveres, mártir sublime de la libertad y de la justicia, más digno de ser dueño de la tierra que sus miserables señores. Craso, su vencedor, volvió en triunfo á Roma, volvió entre diez mil cruces sobre las cuales agonizaban diez mil esclavos, que al exhalar sus almas, laceradas por horribles dolores, las condensaban como inmensa, tempestuosa nube, sobre la cabeza de Roma. Y en efecto, cinco siglos más tarde, en aquella terrible noche eternamente triste en la historia, cuando los hambrientos soldados de Alarico revoloteaban como cuervos al fulgor de los incendios sobre los muros destrozados, sobre las rotas aras, sobre los mutilados dioses; la antigua Roma, en su agonía, al levantar la última mirada al cielo, debia ver, como la encarnacion viva de sus remordimien-

tos, aquella larga procesion de sangrientas cruces de las cuales descendian como ángeles esterminadores sus antiguos esclavos á aventar á los cuatro puntos del horizonte sus ensangrentadas cenizas.

IV.

Pasan los tiempos, viene la Edad media. La revolucion parecia muerta en aquellos cláustros, al pié de los altares, entre las estátuas que solamente exhalan de sus labios un terrible: *Dies iræ*. ¿Quién podria mover un espíritu penitente, de rodillas, que parecia absorto en la contemplacion de las cosas eternales, petrificado, con el oido fijo en tierra para escuchar si el mundo se desquiciaba al soplo de la celeste cólera, que llamaba á los hombres al eterno juicio? Y sin embargo, la revolucion vino, y vino personificándose en monjes que habian vivido la vida austera del cláustro, y que allí, en la soledad, habian sentido en su corazon desgarrado el amor á la libertad. El uno de ellos nacia cuando nacian los grandes tiempos de la Edad media, y el otro espiraba cuando estos tiempos espiraban; llamábase el uno Abelardo y el otro Savonarola. Habia nacido aquel cerca de Nantes, y este en Ferrara. Abelardo es célebre en el mundo por sus amores. La separacion eterna de dos corazones, separacion que Eloisa inmortalizó con la elocuencia más pura que ha

brotado del corazon humano, con la elocuencia del sentimiento; esta separacion ha convertido los amores de Abelardo en una leyenda que la humanidad no olvidará nunca. Pero nosotros demócratas, debemos saludarlo porque Abelardo representa en el mundo la libertad de pensar. El se atrevió á romper los límites artificiales trazados al pensamiento humano que no cabe ni en lo infinito. Por esto, cuando os sintais dueños de vuestra alma, cuando ciudadanos de un mundo más perfecto os envanezcais con la libertad de pensar, cuando vuestra pluma destile la sávia de las ideas sin temor á que la censura la quiebre, ó la inquisicion la consuma, acordaos de este hombre inmortal que, perseguido, acusado, sin una piedra donde reclinar su cabeza herida de espinas, errante de convento en convento, de retiro en retiro, era castigado por canónigos imbéciles, era perseguido por frailes fanáticos; gastando con sus ideas las mismas bases del cláustro que empapa con sus lágrimas; guerrero y monje, retórico y filósofo; maestro en sus conferencias públicas; poeta en sus cartas á Eloisa; tribuno de la más sagrada y más necesaria de las emancipaciones, de la emancipacion del espíritu; el primero que rompe la cárcel del pensamiento y muere tristemente herido en el alma por las cadenas rotas entre aquellas sus manos, que señalan, profeta de la humanidad, siglos de luz, siglos de ciencia. El monje que cierra este período es Savonarola. Se empeñó en moralizar

á Italia cuando Italia resucitaba las orgías del imperio romano. Se empeñó en sostener la democracia cuando los reyes absolutos habian decretado la muerte de toda libertad. Se empeñó en combatir la autoridad temporal de los papas, cuando mandaba en Roma y se habia ceñido su corona un jefe de bandidos, un Borgia, simoniaco, adúltero, envenenador, incestuoso, rodeado como Heliogábalo, de mancebos y prostitutas, entregado á cenas como las cenas de Lúculo, y á espectáculos como los últimos de los misterios de Eleusis; mezcla infame, como Tiberio, de grandes talentos y grandes vicios; águila, mico, cerdo, manchado de sangre y corrompido por una horrible concupiscencia. Se empeñó en sostener la moralidad ante un mundo corrompido; la fé ante una sociedad descreida; la democracia ante Luis XII y Fernando V; la pureza sacerdotal ante Alejandro VI. Lo quemaron; el fuego consumió sus carnes, calcinó sus huesos, evaporó en humo su sangre; pero de aquella hoguera se levantó pura como un eterno resplandor su alma, que será siempre una de las glorias de la democracia.

V.

Así que empiezan los tiempos del renacimiento, se constituyen las monarquías absolutas. Contra su imperioso influjo protestarán por necesidad las li-

bertades democráticas de la Edad media. Especialmente en Castilla, habian tomado estas libertades populares un grande incremento. Debíase á una causa generadora de todos los hechos capitales de nuestra historia en la Edad media; debíase á la reconquista. Merced á su influjo, los municipios nacieron, se asentaron las Córtes, y poco á poco fué creciendo aquel pueblo cuya frente se levantaba por encima del trono. Pero el absolutismo no podia, no queria tolerar este grande elemento, que de haber crecido y desarrolládose al abrigo de la paz, lograra el tránsito de las instituciones antiguas á las instituciones modernas que nos ha costado tanta sangre. Los reyes absolutos no podian consentirlo, y lucharon cuerpo á cuerpo con las instituciones democráticas, hasta lograr derrocarlas. Los representantes de la democracia española, son Brabo, Maldonado, Padilla, los tres mártires más populares que registra la historia de nuestra libertad. Conocidos son de todos con el nombre de los comuneros. Este nombre proviene del nombre de Comunidades que tomaban las ciudades confederadas, para defender sus derechos. La corona de Castilla habia venido á parar á las sienes de Cárlos V. Nieto del emperador de Alemania y de los reyes Católicos, heredero de Flandes y de los dominios que Aragon tenia en Italia, dueño del Nuevo Mundo, aquel jóven tenia el imperio más dilatado que han conocido los siglos. Muerto su abuelo, demente su madre, en la

regencia Cisnéros, vino Cárlos á tomar posesion de su corona. Educado en Gante, la ciudad de sus mocedades, apenas sabia la lengua de la gran nacion que iba á regir. Llegado aquí, como quedara vacante el imperio de Alemania, lo solicitó y lo obtuvo. Para dispendios y gastos necesitaba explotar á España. Pidió en Castilla una fuerte contribucion. Las Córtes de la Coruña la decretaron; pero los diputados fueron perseguidos, anatematizados, algunos de ellos ahorcados. Cárlos dejó una regencia en que habia extranjeros, y el extranjero era odiosísimo á los castellanos. Gravados de tributos, oprimidos con toda suerte de males, indignados los castellanos se alzaron en armas y desconocieron la autoridad de la regencia.

Empéñase una guerra tumultuaria y cruel. Los imperiales cometian toda suerte de atropellos. Medina fué quemada por su fidelidad á la noble causa de sus libertades históricas. La aristocracia, que en un principio miró con buenos ojos la rebelion, tornóse á las banderas reales así que vió su aspecto democrático. El mando del ejército de las Comunidades recayó en Juan de Padilla, toledano. Hombre de un gran corazon, de un nobilísimo carácter, fuerza es decirlo, no estaba auxiliado de una inteligencia igual á su corazon y á su carácter. Sólo así puede concebirse la fatalidad inmensa de que se malográra un movimiento que habia recibido tan grande impulso, y que habia gozado tan inmensa

popularidad. Padilla, el esforzado, el generoso el íntegro Padilla, sabia vencer, pero no sabia aprovecharse de la victoria. Así, poco á poco, los imperiales, más astutos, los nobles, más diligentes, fueron arrebatándole gentes y recursos hasta conducirlo al triste caso de Villalar. En la mañana del 23 de Abril de 1521, tomaba Padilla desde Torrelobaton el camino de Toro. Supiéronlo los imperiales y se lanzaron á su encuentro. Divisáronse unos á otros cerca de Villalar. La mañana era triste, el cielo sombrío, cargado de lluvia el aire, blanda, fangosa, encharcada la tierra como si el sol no quisiera unir su luz ni el cielo sus matices á la infausta tragedia. Las huestes populares iban á la desbandada, tratando de ganar el pueblo, cegadas por el aire y por la lluvia, que les eran completamente contrarios. En esta confusion los peones andaban y no adelantaban, los caballeros corrian al acaso, la artillería gruesa se atascaba en el lodo, siendo imposible manejarla. La lijera artillería de los próceres comenzó á disparar sobre los populares, y llegó á dispersarlos. Padilla intentó con un supremo esfuerzo rehacer á los suyos y no pudo. Cayeron prisioneros Brabo de Segovia, Maldonado de Salamanca, esforzados capitanes. De allí á pocos instantes, cayó tambien Padilla. Rodeáronlo sus enemigos y querian allí rematarlo. Unos le quitaron la lujosa ropilla de brocado que sobre el arnés llevaba; otros le escupieron mil injurias; uno le hirió alevemente cuan-

do ya estaba rendido y era prisionero. Tomáronles confesion y fueron condenados á muerte. Padilla escribió una carta á su ciudad de Toledo, y otra á su mujer, las dos alas de aquel gran corazon. En la carta á su mujer decia: «Vos, señora, como cuerda, llorad vuestra desdicha, y no mi muerte, que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada.» Llegada la hora salieron los tres prisioneros para el cadalso. Como el pregonero les llamara traidores, «Miéntes tú y quien te lo mandó decir,» exclamó Juan Brabo. Reconviniéndole dulcemente, le decia Padilla: «Ayer fué dia de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.» Guardaron profundo silencio los tres sentenciados, y su único pensamiento fueron los santos amores que dejaban en la tierra, y su única esperanza Dios. «Degüéllame á mí primero, dijo Juan Brabo al verdugo, porque no vea la muerte del mejor caballero que quedaba en Castilla.» Llegóse al cadalso Padilla y tropezó en el inerte cuerpo de su amigo. No pudo contener su corazon, ni sus labios, y le habló como si estuviera presente. «Ahí estais vos, buen caballero.» Quizás la cabeza de Brabo, separada del tronco, pudo oir aun las últimas palabras del amigo; quizá sus almas se juntaron y se confundieron para perderse en el cielo. Padilla se quitó del cuello una reliquia que llevaba, la puso en manos de un caballero presente para que la remitiese á su esposa, y se entregó á la cuchilla. Maldonado murió el último.

Los tres acabaron nobilísimamente representando con grande y verdadera fidelidad la noble causa de las libertades castellanas. Despues de ellos murió el obispo Acuña en Simancas y doña María Pacheco, que habia sostenido á Toledo en el destierro; mártires todos de las fueros pupulares, cuyas mártires almas fueron los últimos destellos de la democracia histórica de Castilla. Alguna vez hemos visitado el solar de la casa de Padilla, antes que lo convirtiera en paseo por un esceso de celo el ayuntamiento toledano. Las piedras amontonadas, las ortigas creciendo entre las junturas de las piedras, las ruinas, la soledad, el silencio decian á voces cuán terrible es la venganza de los tiranos.

No ménos lo publica el suplicio de Lanuza, mártir de las libertades aragonesas. No era ciertamente la libertad en Aragon tan democrática como en Castilla; pero era indudablemente más sistematizada, más enérgica, más rigorosa, más arraigada en las costúmbres, y más fuerte y sostenida por las leyes. Enlázase la caida de la libertad aragonesa con una triste escena de córte, que casi podria llamarse escena de serrallo. Reinaba en España el fatídico Felipe II. Este rey tenia de tal suerte constituido su consejo, que siempre luchaban en él dos tendencias contrarias, para que, en último resultado, predominase su propia voluntad. Uno de los secretarios del rey era Antonio Perez, mozo de altas prendas para brillar en la córte, pues á una audacia sin límites

reunia un refinado maquiavelismo. Este hombre fomentaba las pasiones del rey. Una de las mayores y más tristes que en el pecho del sombrío monarca anidaban, era la envidia á su hermano D. Juan de Austria. Este personaje, digno hijo de Cárlos V, que por juro de heredad tenia la sacra ambicion imperial, anhelaba poseer un reino propio en Africa, con el doble deseo de reinar y de contener á los piratas berberiscos. El Papa Pio V apoyaba esta pretension del vencedor de Lepanto, Pero Felipe II no podia sobrellevarla con paciencia. En sus recelos veia ya á D. Juan de Austria desembarcar, penetrar por la frontera mediterránea, sublevar los pueblos de Cataluña y de Valencia y Murcia en su favor, caer sobre Madrid y sentarse en el trono del infinito imperio de Cárlos V. Llegó en tal ocasion á Madrid Escobedo, familiar de D. Juan de Austria. Era este sumamente amigo de la princesa de Eboli, á la cual amaba rendidamente el rey, como podia amar monarca tan poco humano. Escobedo descubrió un secreto terrible, descubrió que la princesa de Eboli, la amante del rey tenia amores con Antonio Perez el valido del rey. Todo el que posee secretos tales en una córte tan terrible como la de Felipe II, está perdido. El rey y el valido deseaban deshacerse del emisario de D. Juan: el rey, porque no le hablara de las pretensiones de su hermano; el valido, porque no descubriese al rey el secreto de sus amores. Felipe II y Antonio Perez tramaron la

muerte, movidos ambos por la princesa de Eboli, que al rey lo aguijoneaba con una sublevacion de D. Juan de Austria promovida por Escobedo, y al valido con el descubrimiento de sus mútuos criminales amores, revelados por Escobedo. Decretaron, pues, la muerte de comun acuerdo, aunque por motivos distintos, el rey y su valido. Primero lo envenenaron. El veneno hizo daño á Escobedo, pero no le dió la muerte. Felipe II y Antonio Perez, autores del frustrado asesinato, consintieron que por recelos fuera ahorcada una esclava de Escobedo. ¡Qué horror! Por fin, el familiar de D. Juan fué asesinado la noche de Jueves Santo al ir á rezar las estaciones á la iglesia de la Vírgen de la Almudena. Antonio Perez pagó los asesinos por mandato del rey. Toda la córte lo supo, y Antonio Perez quedó impune. Mas de allí á poco, fué advertido el rey de que la muerte de Escobedo no ocultaba la doble ambicion de su hermano, sino el doble adulterio de su amante y de su favorito. El infierno entero se desencadenó en el alma de Felipe II. Juró vengarse y se vengó. La princesa de Eboli fué encerrada en ese estrecho torreon de Pinto, cercano hoy á la vía férrea, y de cuyas piedras parece que todavía se exhalan tristes lamentos. Antonio Perez, preso tambien, logró escaparse á Aragon. Cuando llegó á aquella tierra sagrada, la besó; besó la libertad, santa providencia, cuya virtud se conoce principalmente en la desgracia. Antonio Perez se puso bajo

el amparo de las leyes de Aragon. Estas protegian á la manera inglesa, escepcionalmente, la seguridad de los ciudadanos. Su privilegio de la manifestacion, era superior al *Habeas corpus*. Distinguia tambien al pueblo aragonés el culto supersticioso al derecho. No en vano apeló Antonio Perez el auxilio de Aragon; lo tuvo todo entero. Noble país, grande país que muere por demostrar la virtud sacrosanta de la libertad á un enemigo de la libertad. Felipe II quiso sacar á Antonio Perez de manos de Aragon. Esta contienda entre un rey tan grande y un pueblo tan libre; en que se agotan todos los recursos del derecho sin que el rey se atreva á recurrir á la fuerza hasta el postrer momento, es una de las pruebas más claras que la historia guarda de la fuerza de las instituciones libres. El pueblo se interesaba por el procesado como por su propio derecho, como por su propia libertad. Hasta la inquisicion le llevaron, y hasta de la inquisicion lo sacó el pueblo. Por fin Felipe II apeló á las armas, y entró gente castellana en Aragon, para conseguir en virtud de la fuerza lo que no habia podido conseguir en virtud de su autoridad.

La ley aragonesa no podia consentir aquella violencia. El justicia que personificaba la ley, protesta en nombre del derecho, primero, y apela despues á las armas. Era justicia el jóven Lanuza, última personificacion de aquel glorioso tribunado, que tantas veces habia visto temblar y caer en su pre-

sencia á los reyes más heróicos de la Edad media. Lanuza no es tanto una persona histórica como una personificacion. Si hubiera muerto en su lecho tranquilamente, acaso lo hubiéramos encontrado torpe, atolondrado, poco precavido; pero muerto en el cadalso, redimió todas sus faltas, lavó todas sus culpas y adquirió su alma ese brillo inmortal que tienen las almas de los mártires, las cuales serán siempre los más preciados diamantes de la corona de gloria que á sus sienes ciñe la humanidad. Prosigamos. Las tropas del rey llegaron hasta la capital, entraron en Zaragoza. El rey escribia una carta al general de su ejército concebida en estos términos: «En recibiendo esta, prendereis á D. Juan de Lanuza, justicia de Aragon, y tan presto sepa yo de su muerte como de su prision.» Juan de Velasco se encargó de prender al Justicia, de poner la aleve mano sobre el derecho de Aragon. Eran las once de la mañana. Juan de Lanuza debia bajar á misa desde su audiencia á la iglesia de San Juan Bautista. El capitan le esperaba mirando unas estampas. Así que le vió bajar intimóle la entrega. Lanuza contestó que el Justicia no podia ser preso sino por decreto de las Córtes y el rey juntamente. Quiso volverse á sus lugartenientes, mas los halló mudos de espanto. Rindióse á la fatalidad, y fué conducido á la casa donde moraba el capitan de las tropas del rey. En aquella misma noche se le notificó su sentencia de muerte. Sintióla no tanto porque le

quitaba la vida como porque se la quitaba llamándole traidor, y deploró más la afrenta arrojada sobre el alma que los dolores infligidos al cuerpo. Cuando supo que sólamente le quedaban doce horas de vida, se volvió á Dios. El confesor de su madre le auxiliaba en aquellos angustiosos momentos. A la mañana siguiente salió para el cadalso á eso de las diez. Iba en un coche escoltado por las tropas castellanas y de tres sacerdotes asistido. En la plaza del Mercado se alzaba el tablado cubierto de negro. Lanuza salió con resolucion y lo contempló sin miedo. Sobre aquellas tablas, sobre aquel funerario paño se levantaba el jóven rubio, hermoso, apuesto, de mirar sereno, vestido de luto; última sombra de la historia aragonesa, personificacion última de sus tradicionales libertades. Nosotros hemos tenido su cráneo en las manos, y al sostenerlo, nos parecia sostener la cúpula de aquella gloriosa historia que comenzó en los estrechos valles del Pirineo, y se dilató en el Mediterráneo hasta tocar Italia y el Oriente; historia gloriosa, henchida por la libertad y descabezada por la cuchilla de un déspota.

VI.

Los déspotas no debian gozar mucho tiempo de su presa. El espíritu humano que habian materialmente agostado, se erguía para recabar sus dere-

chos, para inspirarse en la libertad. Un hombre extraordinario iba á imprimirle el sello de una nueva idea. Este hombre se llamaba Rousseau. Nació en Ginebra. La democracia universal debia ir allí, á las montañas de Suiza, á encontrar su fórmula, á engrandecer su espíritu. Si leeis su vida, acaso tan sólo os ofrezca motivos de disgusto. Hijo poco dócil de un relojero, secretario de varios señores, lacayo, catecúmeno, amante de una pobre señora, á la cual luego olvidó, receloso de sus mejores amigos, siervo de una mujer altiva y grosera como Teresa, errante de hogar en hogar, sin hallarse en ninguna parte bien, juguete de todas las pasiones, víctima muchas veces de todos los vicios, mal padre y mal hijo, es, sin embargo, uno de los hombres que más permanente influencia han tenido en el espíritu humano, y que más han cambiado la sociedad. No mireis al hombre de un dia; no mireis los vicios que la tierra ha mezclado á su alma; mirad al hombre de todos los tiempos; mirad el fuego de la fé, ese fuego vivísimo en que las manchas de la tierra desaparecen. Los senos del alma que la sonrisa de Voltaire helaba matando las antiguas ideas, Rousseau los cubria con las ideas nuevas. El escribió el magnífico discurso contra la desigualdad. El fué á buscar en el Emilio el hombre de la naturaleza, destruido completamente por los artificios del despotismo. El predicó la fé en una idea al siglo décimo-octavo, por su naturaleza escéptico. El enseñó á las madres á

lactar á sus hijos. El escribió el contrato social que era la fórmula de la soberanía del pueblo, y la protesta contra el absolutismo. Quizá en su ódio á la sociedad creada por el despotismo, habia ido demasiado léjos al renegar de toda sociedad; pero ¿qué prótesta no nace con toda esa fuerza? Lo cierto es que él ha dirigido una revolucion. Lo cierto es que él ha trasformado una sociedad. Escritor elocuentísimo, de una fuerza extraordinaria, de un sentimiento profundo, de grande originalidad, de arrebatado entusiasmo, de una fluidez y de una elegancia sin ejemplo, dió su alma á un siglo, dió su palabra á una tribuna inmortal, dió su idea á una revolucion.

VII.

Cuando Rousseau ideaba el hombre de la naturaleza, ya habia nacido. Cuando él formulaba la teoría del derecho popular, ya el derecho popular se realizaba en el mundo. El hombre que buscaba en el fondo de su alma el derecho natural para elevarlo sobre la corona de los reyes, era Washington. El pueblo que practicaba su soberanía eran los Estados-Unidos. General, magistrado, diputado, presidente de una gran república, vencedor de la más poderosa de las naciones, fundó su gloria en el bien que habia hecho al mundo y no en ceñirse como Napo-

leon una diadema. Era héroe, no para sí, para sus conciudadanos. Fundaba no un trono, fundaba un pueblo. Nació en 1732 en el estado de Virginia. Tenia libre su espíritu como aquellos puritanos que buscaban en la soledad del Atlántico un asilo para su conciencia y un templo para su Dios. Tenia su alma á la altura de la nueva vida que iba á cobrar en el mundo, y de la nueva idea con que iba á sellar la frente de las naciones. Pocos, muy pocos hombres de su temple han existido en el mundo. Militar, oficial á los diez y nueve años, el ejército no fué pedestal de su engrandecimiento, sino arma para engrandecer á su pueblo. Cuando las colonias inglesas rompieron con su madre patria, él era diputado de Virginia y general en jefe por aclamacion de las tropas insurrectas. Componíanse estas de catorce mil hombres desbandados, aspeados, sin disciplina, sin organizacion, sin armamento. A fuerza de habilidad y de constancia, organizó su ejército. Desde 1774 en que comenzó la guerra, hasta 1783 en que se firmó la paz declarándose independientes las colonias, Washington se multiplicó para sostener esta nobilísima causa; la libertad y la independencia de un pueblo. Dos veces presidente, jamás soñó con la tiranía. Era un republicano de la antigüedad por su heroismo, y un republicano del cristianismo por su caridad. Con una mano venció á los tiranos, y con la otra á los demagogos. Cuando hubo acabado sus dos presidencias, se reti-

ró al campo como Cincinato. El dia de su muerte fué un dia de luto universal para la república. Muchos le han aventajado en genio; nadie en gloria. Es el hombre que más ha hecho con ménos medios. ¿Por qué? Porque ha sido el más fiel como ciudadano á la causa de la libertad, y el más fiel como hombre al culto de la virtud.

VIII.

Llegamos á los tiempos que tocan á nosotros, á los tiempos en que han sido mayores los sacrificios por la causa de la libertad, y las desgracias de sus apóstoles. Fernando VII subió al trono como una esperanza contra los desórdenes del anterior reinado. Pero estos desórdenes se aumentaron. El rey fué un instrumento en manos de Napoleon, que quiso apoderarse de la nobilísima tierra española, de esta amada patria que á costa de tantos sacrificios nos habian legado nuestros ínclitos predecesores. Los españoles, abandonados á sí mismos, rechazaron las huestes de Napoleon. Pues bien, todos aquellos héroes, todos los que se sacrificaron por la patria, fueron sacrificados á manos del rey. Contemos los principales nombres sin referir la vida que representan, porque el corazon se parte de dolor. Uno de los principales héroes fué el Empecinado. Hijo de las llanuras de Castilla, allí aterró en mil ocasiones

á los franceses. Su gloria fué tan grande que hasta sus enemigos le honraron, y quisieron compartir su amistad. En él resucitaba Viriato. Pero el rey que volvió á traer los franceses á España mató alevemente al que habia vencido á los franceses. Cuando sonó la hora de la reaccion, el Empecinado fué conducido á Roa, escupido, abofeteado, puesto en la cárcel, alanceado por sus enemigos como una fiera, calumniado al mismo tiempo que lo martirazaban, descuartizado vivo, y por último, infamemente asesinado por los crueles sicarios del despotismo. La misma suerte tuvo Riego. Habia peleado por la causa de la independencia. En las Cabezas de San Juan alzó el grito contra el feroz despotismo que en 1814 cometió aquel inícuo perjuro contra la más santa de las Constituciones. Riego, dueño de la revolucion, pudo desatarla contra el rey, y salvó mil veces al rey. En cambio el rey, así que se vió vencedor, entregó Riego al verdugo. En una estera fué arrastrado al cadalso. La plaza de la Cebada conserva todavía el recuerdo de este suplicio, gloriosísimo para el héroe, ignominioso únicamente para el déspota. Cuando le noticiaron que habia muerto, gritó Fernando: *viva Riego*. Otro de los mártires de la libertad fué Lacy. Al principio de su carrera, odió á Godoy, porque degradaba la dignidad de la patria. Más tarde entró con las tropas francesas en España. Habia abrazado la bandera de Napoleon, porque la creia bandera de guerra

contra el antiguo despotismo. Mas así que la vió convertirse en sudario del pueblo español corrió Lacy donde le llamaba su honor y su corazon. Fué uno de los más ardientes enemigos de los franceses, de los que mil veces les obligaron á morder el polvo. Pero al volver el rey, llamado por sus sacrificios, traido al trono y á la patria por su noble ardimiento, se opuso al perjurio infame de 1814. Era un héroe, y como héroe fué siempre fiel á la causa de la libertad. El rey lo fusiló. Nosotros hemos visto en el castillo de Bellver de Mallorca el lugar donde cayera este mártir. Parece imposible que bajo un cielo tan hermoso, al lado de un mar tan riente, en medio de campos tan llenos de vida, pudiera la crueldad cometer aquel homicidio. ¡Si hubiera sido el único! Pero no; en 1815 murió tambien Porlier. Su crímen fué el crímen de Lacy; su suerte, la suerte de Lacy. Murió asegurando á sus déspotas que la Constitucion le sobreviviria, y que su sangre sólamente serviria para fecundar el árbol de la libertad. ¿Pero á qué cansarnos? Por donde quiera se ven todavía en España señales de los martirios que ha costado la nobilísima causa de la libertad. Si vais á Málaga, vereis el monumento donde está grabado el nombre de Torrijos unido al de sus infortunados compañeros. Si paseais por el Triunfo de Granada, no os llamará la atencion la sombría alameda de árboles gigantes, la Sierra-Elevora que se descubre á lo lejos, el Albaicin, be-

sado por el Darro, la Alhambra sembrada de maravillas orientales; lo que os llamará la atencion, es una cruz que dice: «aquí fué agarrotada doña Mariana Pineda.» Una mujer pura, virtuosa, hermosísima, de cabellera rubia como la luz, de faz blanca como su alma, buena esposa, buena hija, buena madre, sin haber cometido más delito que amar la libertad, fué allí ajusticiada por los tiranos. Un pueblo inmenso la contemplaba, un sacerdote elocuentísimo la sostenia con sus palabras, el cielo airado tronaba, y su alma se desceñia del cuerpo para volar á Dios, y dejar el resplandor del martirio en nuestra historia. ¡Oh! Cubrámonos el rostro con ambas manos; lloremos lágrimas de vergüenza, pero comprendamos que todos estos mártires nos asisten, y en su fé tomemos fuerza para realizar nuestros derechos.

IX.

Debiamos escribir aquí la biografía de Lincoln y de Garibaldi para terminar nuestro pobre trabajo. Pero ¿quién no las conoce? ¿quién no los admira? El ilustre Viriato italiano, nacido en Niza, corre á América, allí defiende la libertad en las pampas inmensas, en los rios que semejan mares; toma escuadras, sostiene nueve años el sitio de una ciudad inmortal á las orillas del Plata; vuelve á Italia cuando

Pio IX dá la señal de la revolucion desde el Vaticano; defiende á Roma como Cincinato; vencido, se retira á Venecia; huye al seno de los mares cuando la libertad huye de Italia; reaparece con la guerra por la patria; vence á los austriacos en los Alpes; reune mil hombres en Génova; desafía las escuadras del absolutismo; desembarca, lucha, toma á Palermo, pasa el estrecho de Mesina, entra en Nápoles, y vé huir en su presencia una monarquía; y despues de tener una corona entre sus manos, la arroja, y huye á su isla á contemplar los mares, á meditar en Dios, contento con haber sido el redentor de su patria; héroe legendario, invocado hoy por todos los pueblos, bendecido mañana por todas las generaciones. ¿Y qué decir de Lincoln? Humilde leñador un dia, magistrado al siguiente, modelo de ciudadanos, vá á concluir la última de las iniquidades, vá á escribir el evangelio social de las naciones, vá á redimir al esclavo. La tempestad que desata, parece que vá á desquiciar los Estados-Unidos. Sin embargo, sereno, inmóvil en medio del desquiciamiento universal, llena de ideas la conciencia y de fé el corazon, colgará las cadenas del esclavo en el capitolio de Washington, y realizará la obra más grande que han visto los siglos, y deducirá las últimas consecuencias sociales del cristianismo escribiéndolas con sangre de mil héroes en el frontispicio del templo de la democracia moderna. ¡Salud á nuestros héroes! ¡Inmortalidad á nuestros mártires! La

idea que ha animado esa numerosa y luminosísima legion, es el alma de la humanidad, es la luz perenne de la historia.

— 1865. —

DOS MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA.

I.

El cielo llovia nieve sobre Varsovia, en triste noche. Parecia tejer un sudario para cubrir aquel cadáver. Todo lo que reina en el sepulcro, reinaba allí: frio, silencio, soledad. Por sus calles abandonadas pasaban de vez en cuando caballeros en pequeños caballos, los tártaros, como aves de rapiña que se lanzaran en aquella huesa. Y sin embargo, en medio de tanta desolacion, brillaba una esperanza de vida, una aspiracion de amor, una de esas flores que entre las junturas de los sepulcros brotan. Veíase en espacioso salon, una jóven que se probaba blanca corona de azahar. Era la corona de desposada que tenia apercibida para la noche siguiente, noche de sus bodas. Apenas contaba veinte años. Largos rizos rubios caian como rayos de luz sobre sus espaldas. Brillaban como un cielo sereno sus azules ojos teñidos de melancólica felicidad. Al través de su tez,

veíase circular la sangre. Era tan apuesta y tan alta y tan elegante, que bien podia parecer, por lo ancho de su frente, por lo esférico de su cabeza, por el profundo azul de sus ojos, por su nariz aguileña, sus pronunciados labios, su erguido cuello, y su majestuoso continente, la estátua que representaba el génio de su patria, que representaba á Polonia. Yo tengo para mí que esos pueblos esclavos desolados, suelen dar en el tormento hermosas hijas al mundo nacidas de las mas sublimes inspiraciones, de las inspiraciones del dolor. ¿No os acordais de aquellas hermosísimas hijas de Israel que tañian sus arpas, bajo los sauces de Babilonia, que confundian sus lágrimas con las aguas de extranjero rio, y que desarmaban con su hermosura á los perseguidores de su pueblo?

II.

La jóven dejó su corona de azahar, despues de haberse cerciorado al espejo de que le sentaba bien, y corrió á una ventana como para mirar si alguno que esperaba venia ya. En aquel instante vió pasar envuelto entre las ráfagas del viento, entre los remolinos de la nieve, un peloton de cosacos que juraban y maldecian de Polonia. Retiróse la joven horrorizada, y maquinalmente se asentó al piano. Dejó caer desesperada la cabeza sobre el pecho, y

recorrió con sus dedos las teclas. El instrumento produjo una melodía profundamente triste, una de esas melodías que son el lloro de toda una generacion, la elegía del alma de todo un pueblo. Inmediatamente apareció en la puerta un anciano encorvado y vacilante, que pronunció con horror estas palabras: «¿Qué haces? ¿No sabes que esa melodía, ese cántico de nuestros padres puede costarnos la vida?—Es verdad, abuelo, repuso la jóven, es verdad, no tenemos patria.—Yo creo que sí, dijo el anciano, yo creo que este pueblo, apedreado ayer como San Estéban, podrido hoy como Lázaro, aun tiene esperanza.—¿Dónde está?—En Dios, dijo el anciano. —¿Y cuándo nos oirá Dios?—Cuando le hayamos desarmado con el martirio.—¡Aun más mártires! exclamó la jóven con acento desgarrador.» Dos gruesas lágrimas, dos lágrimas se extendieron por su rostro como dos amargos rios de dolores. El anciano bajó la voz y dijo: «Aun tenemos esperanza, si pensamos sólo en guerras.—¿Qué amor es posible cuando abrazas un cadáver? ¿Para qué engendrar, cuando engendras un esclavo? Maldito el corazon que á su amor egoísta sacrifica el amor á la patria; maldito el seno que engendra hijos para que los devore el tirano. Te probabas tu velo de desposada. ¡Infeliz! Las hijas de Polonia han nacido en un sudario. Su cuna es un sepulcro. ¿Qué será su lecho nupcial?» Y desapareció el anciano.

III.

Despues de oir estas palabras, quedóse María como muda y pasmada. Sin embargo, á los pocos minutos, se recobró un tanto, y se dirigió á un cuadro de la Vírgen que en el testero del salon brillaba. Madre mia, dijo doblando las rodillas, madre mia, óyeme. El navegante, cuando las nubes borran las estrellas, cuando el viento levanta las olas, cuando el huracan ruge, te invoca y le oyes, y el cielo vuelve á lucir sus estrellas, y el mar se duerme como un niño, y el huracan se convierte en brisa, y las velas se rizan como las alas de un ave, y el barco llega al puerto. ¿Por qué, por qué no has de socorrer á un pueblo que se ahoga en un mar de sangre? Nuestras casas son panteones, nuestros lechos sepulcros; los altares de tus iglesias, pesebres de los caballos tártaros; tus hijos de su furor despojos. Este pueblo se hunde, se sumerge en un mar de hiel, y cuando le falta la voz, levanta á tí en demanda de auxilio sus manos cárdenas y ensangrentadas. Ya hemos sufrido la crucifixion. Ya hemos dormido largamente el sueño de la muerte al pié de nuestro Calvario. ¿No ha de llegar la hora de la resurreccion para este Cristo de los pueblos?

IV.

La oracion fué interrumpida por la presencia de un jóven, que á pesar de traer su gorra de pieles y su capoton cubierto de nieve, sudaba. María se levantó y corrió á su encuentro. Es imposible que pudiera haber en toda Polonia una pareja más hermosa. Los dos jóvenes, los dos rubios, los dos altos, los dos de azules ojos, de blanca tez, los dos parecidos, con la diferencia de que él tenía toda la fuerza, toda la austera hermosura del varon, y ella toda la gracia, toda la delicadeza, toda la hermosura de la que llama Goethe el ideal femenino. Juntáronse sus manos, sus ojos, su aliento, sus almas. Reinó por algunos instantes ese silencio infinito que ninguna frase humana podrá expresar, ese silencio religioso que ha sido siempre la sublime elocuencia del amor. Si aquel éxtasis se hubiera prolongado en toda la dilatacion de los tiempos, sería la bienaventuranza celeste. Esa electricidad de dos miradas que se juntan en un deseo; ese choque de dos almas que se confunden en una idea; esa armonía de dos corazones que laten unísonos; ese aroma de dos suspiros que se compenetran; esa union de dos vidas indisolublemente ligadas como el alma y el cuerpo, como el ojo y la retina, como el pecho y la respiracion, ¡ah! eso es el amor. ¿Por qué no decirlo? El amor

es siempre egoista, siempre; es el egoismo sublime de la juventud, la concentracion de la vida en sí misma, como para tomar fuerza, y dilatarse, y extenderse en nuevos séres. Como dijo el más sublime de los poetas modernos, el amor es el egoismo de dos. Para él no hay en sus instantes de arrobamiento ni patria, ni humanidad; no hay más que él mismo: toda la tierra es el espacio que el sér amado habita y toda la humanidad está en el sér amado compendiada. Y hé aquí por qué María lo olvidó todo en aquel momento, las palabras del anciano, la tristeza de su corazon, la patria desolada, los ahullidos de los cosacos, su oracion, sus lágrimas; no veia la tierra desde el cielo de su amor, compendiado en los azules ojos de su amante, donde se habia reconcentrado toda su alma.

V.

¡Cuán felices eran aquellos momentos! El jóven acariciaba la idea de su boda, como el logro de todos sus deseos, como el término de una ambicion que habia llenado toda su vida. Amó á aquella mujer desde niño, desde que los primeros sentimientos brotaban en su alma. Mil obstáculos insuperables, mil contrariedades le habian combatido. Su amor inmenso le llamaba á María, y el destino le apartaba de María. Por fin, despues de lu-

char y reluchar, despues de consumir años enteros en una desesperacion inmensa. se encontraba en la víspera de su boda. Contaba con impaciencia los minutos que faltaban para sellar con un juramento eterno, la alianza de dos corazones nacidos el uno para el otro, dignos de confundirse en una sola vida. La aspiracion de su sér, á los veinte y dos años, cuando toda la imaginacion es color, toda la inteligencia luz, todo el sentimiento pasion, todas las ambiciones amor, era ¡oh! era unirse con la mujer de sus ensueños. No mira el satélite al planeta, el planeta al sol. el ruiseñor su nido, el arroyo al cielo, ni el cielo á Dios, como aquel amante miraba á su amada. No sabria yo, pobre narrador de esta historia, no sabria decir cuánto le decia, repetir sus palabras entrecortadas. Aun no ha nacido pintor que haya retratado el fondo de unos ojos enamorados. Aun no ha nacido músico que haya transcrito la nota de un suspiro de amor. ¿Donde está el escritor capaz de repetir las palabras escapadas de un pecho enamorado? Más facil es repetir el rumor inmenso que levantan á las alturas las olas del Océano. El corazon henchido de amor es el universo. De amor, de esperanza, de felicidad estaba henchido el corazon del jóven Ladislao. Los dos, los dos habian olvidado el mundo. ¿Qué valia para ellos la patria, cuando el iman de su amor les alzaba al cielo?

VI.

Aquel arrobamiento es interrumpido, sin embargo, por el anciano, que entra y exclama: «Amar, amar cuando Polonia está en tierra cubierta de ceniza y de sangre; amar es un crímen. ¿No oís las hienas que machacan entre sus dientes los últimos restos del cadáver? Y sois felices! Mirad, mirad y se descubria el pecho; una, dos, tres, cuatro, cinco, seis cicatrices. Por ahí he vertido la sangre de mis venas, por ahí han saltado pedazos de mi corazon. He encanecido en Siberia. Me he encorvado bajo el peso de mis cadenas. Ya no tengo fuerzas para vivir, y aun tengo fuerzas para aborrecer. Polonia puede levantarse. Si hoy es el ludibrío del mundo, mañana será el ángel esterminador de los tiranos. Ladislao, vé á morir por Polonia. María, envíale á la muerte. Vuestro primer beso de amor será maldecido, porque podrá dar de sí el alma de un esclavo. Si mañana Varsovia no se levanta de nuevo á pelear, pasado mañana ireis atados codo con codo á Siberia. Que vuestro pecho sea todo ódio, que vuestros brazos sean lanzas, que vuestro aliento sea fuego; porque yo, anciano, yo que he caido cien veces en los campos de batalla, voy á morir por fin sobre el seno de la patria esclava.» Y el anciano quiso erguirse y echar á correr como un jóven; pero sus

piernas flaquearon, y cayó de rodillas ante el cuadro de la Vírgen. En tal sazon, oyóse una gritería confusa de «Viva Polonia,» y el ruido de una descarga cerrada.

VII.

El jóven Ladislao señaló al anciano, señaló al cielo, y estrechó fuertemente contra su corazon á María. «¿Te vas? preguntó la jóven.—Me voy, María, me llama la patria.—Es el ruido del viento, dijo María.—No, es el ruido del combate, le replicó Ladislao.—Por piedad ¿y nuestro amor?—¡Nuestro amor! ¿Pues qué, preguntó el jóven, nuestro amor no habia de durar sino lo que dure la vida?—¡Mañana! dijo María, ¡mañana!—El corazon me dice, exclamó Ladislao, el corazon me dice que mañana serás mia.» En esto se oyó una descarga más cerca. «¡Ladislao! exclamó María, por Dios...» La jóven no se atrevia á decirle que no partiera. Pero le añadia para engañarse á sí misma. «Ladislao, es el viento.—No, dijo el jóven, es el alma de la patria.—Adios, mañana, de todos modos, exclamó María, será nuestra boda.» El jóven se lanzó á la calle, y María, fué á caer al lado de su abuelo, ante la imágen de la vírgen.

VIII.

Un dia entero de combate. La sangre ha corrido durante largas horas. Los hijos de Polonia han pe-

leado de nuevo. Todos los hombres se han lanzado al campo, todas las mujeres á los altares. María reza y llora. Del fondo del abismo de su desesperacion, sólo se levanta una plegaria. Sucede una nueva noche. El ruido del combate ha cesado. El éxito no es dudoso. Polonia lucha sabiendo que cae. Un silencio inmenso reina sobre la ciudad. Aquella debia ser la noche de la boda de María. Su corona de azahar está allí, el velo está allí; pero su amante no está. María le aguarda, y no viene. María le llama, y no responde. La jóven desvaría. ¿Dónde ha sido el combate? Fuera de sí, loca, se ciñe la corona, se prende el velo y se apercibe á irse. «¿Dónde estará Ladislao? pregunta á su abuelo que yace espirante al pié de la Vírgen, espirante de dolor y de fatiga. —¡Felices los que mueren en el Señor!» Contesta el anciano. María lo comprende. La noche es oscura; la nieve cae. La jóven vestida de blanco, envuelta en el velo, sola, entre el torbellino del viento, parece la estátua de un sepulcro que anda, ó el alma de una vírgen que vuelve del cielo. Sus sienes laten, y late su corazon, como si se dirigiera á su tálamo nupcial. Va á las afueras de Varsovia, al lugar del combate. Registra con sus manos anhelosa los montones de los muertos. Las sombras son tan espesas que no puede distinguir los rostros. En esto oye un gemido que es el último gemido de una vida que se apaga. Es él, grita, es él. Un rayo de luna rompe las nubes. María reconoce el rostro de

Ladislao, lívido, teñido por las sombras de la muerte. Pone la mano sobre su corazon; no late. Pone el oido sobre su pecho; no respira. Has muerto, dice, sin lanzar un ¡ay! en esta noche debias recibir mi primer beso de amor. Y clavó sus labios ardientes sobre los frios labios del cadáver. Sorbió en su beso la muerte. Al dia siguiente llevaban en carros al cementerio los cadáveres de los insurrectos, y entre ellos, el cadáver de una jóven hermosísima envuelta en su velo de desposada. ¿Sabrian los sepultureros el secreto de aquella muerte? No lo sé. Ignoro, pues, si los dos cadáveres se juntaron en una misma huesa.

BREVE HISTORIA DE LA DEMOCRACIA ESPAÑOLA.

I.

El pueblo español es uno de los pueblos más democráticos de Europa. La esencia social es en España la democracia. Durante toda la Edad media la guerra con los árabes creó la necesidad de un pueblo libre que supiera manejar las armas; y este pueblo ha dejado muestras de su política en las Córtes y en los Municipios, de su valor en los campos de las Navas y el Salado, de su imaginacion en nuestro poema nacional, en el Romancero. Bien es verdad que el espíritu democrático tiene antecedentes ya en la historia española. El pueblo romano llevó á todos los pueblos la idea de la igualdad social y de la unidad humana. La esclavitud era sólamente una excepcion forzosa á estas dos ideas. En el fondo de la esclavitud romana se encontraba vivo el espíritu de la democracia. Vinieron los pueblos del Norte, y con ellos vino la idea de la personalidad aislada, intransigente, y por consecuencia, la distincion de dos razas, una sierva, otra libre; una plebeya,

otra noble. De aquí el orígen de las aristocracias. Pero el pueblo donde ménos raices echó la aristocracia fué indudablemente el pueblo español. Muy superiores los celto-romanos á los godos, con una cultura brillantísima, con una religion más civilizadora, con una Iglesia en cuyo seno se encerraban todas las pavesas del antiguo saber, dominaron por la inteligencia á los mismos que los habian dominado por la fuerza. La conversion de Recaredo al catolicismo, de aquel rey tan fácil en olvidar las creencias de sus padres, fué la victoria de los celto-romanos sobre los godos, de la democracia sobre la aristocracia. Se nota un bien extraño fenómeno en las relaciones entre los visigodos y los romanos en España; la tendencia de la raza libre, de la raza aristocrática á fundirse con la raza igualitaria, con la raza democrática; y la repugnancia de esta raza altiva á una fusion que le era odiosa, por contraria á la cultura de sus mayores, los romanos, heredada de tan antiguo, y conservada con tantos sacrificios. Las leyes de Chindasvinto y Recesvinto están escritas en los códigos; pero no trascienden á las costumbres. El romano que tiene grabada en su conciencia la idea municipal destruida por la organicacion bizantina del imperio visigodo, y la idea de igualdad destruida por los privilegios sociales de los aristócratas, juró ódio á sus dominadores, y cuando vienen otros dias, otras épocas, estas dos ideas, esencialmente democráticas, la idea municipal y la idea de igualdad,

renacen con nuevo vigor entre los horrores de la guerra, entre las instituciones de la Edad media.

II.

Allá en el Norte de España, en las montañas altísimas que contienen los furores del mar cantábrico, montañas eternamente verdes, cubiertas de selvas que son otros tantos escudos contra las extrañas irrupciones, guarda Dios una raza atlética, valerosa, incapaz de todo yugo, dispuesta siempre á la libertad, incompatible con la dominacion extranjera, sin distinciones sociales, sin privilegios religiosos ni políticos, con la tribu por única forma de gobierno, con la caza y la pesca por única ocupacion, con la guerra por único divertimiento; y que despues de no haber visto ni al fenicio ni al griego arribar por sus erizadas costas; despues de haber preferido el tormento y el suplicio á la dominacion romana; despues de luchar tres siglos con una porfía y una constancia sin ejemplo; antes que ceder á los godos cuando el pueblo árabe viene á marcar con el hierro de la esclavitud á la Península, desciende de sus montañas, y lleva á la historia la dignidad de su carácter, y á las leyes el espíritu de libertad, que se levanta de su alma como el viento tempestuoso se levanta de las llanuras del Océano. Las instituciones de Aragon y de Cataluña, siquier tengan el carác-

ter aristocrático propio de la Edad media, están impregnadas de ese génio de libertad traido por las razas del Norte desde las crestas de sus montañas al centro de la patria.

III.

Esta grande, esta enérgica accion de la raza del Norte sobre el espíritu y sobre la política toda de nuestra patria, toma en Castilla por necesidad, un carácter esencialmente democrátido. Desde el punto en que la reconquista toca la llanura, ya no puede ni acometer ni defenderse sino por el auxilio de todos, por la voluntad de todos, por el concurso de todos. Tenia, pues, necesidad de crear una patria para todos. Y como la patria no se crea, no se forma verdaderamente sino cuando concurren á ello todas las voluntades, y las voluntades no concurren sino cuando la libertad las aguijonea, inmediatamente fué necesario crear el municipio y proteger al municipio con leyes democráticas, todas las que eran posibles en el período de excepcion y de privilegio llamado Edad media. Los municipios son, pues, los progenitores de la democracia española. Y lo mismo, exactamente lo mismo, sucede en Francia. La democracia francesa proviene de aquellas comunidades que en el siglo undécimo pusieron sus barreras entre los reyes y los pueblos. Y

lo mismo sucede en Italia. La democracia italiana proviene de aquellas ciudades, verdaderas repúblicas, donde se despertaban, en medio de terribles luchas, todas las inspiraciones de las artes y todas las aspiraciones de la libertad. El derecho democrático encuentra en España muchos códigos donde mostrar su ilustre y apartado abolengo. Por no ascender á la influencia mayor ó menor de la Iglesia en los principios de igualdad, por no citar el nombre de Sancho García, el de los claros fueros, ni de Fernan Gonzalez que llamaba á los pueblos á seguirle con el reclamo de la libertad, bastará citar el fuero de Leon de 1020, que es ya una Constitucion democrática. El hombre de benefactoría podia ir libre con todos sus bienes y heredades á donde quisiere. Ningun vecino de Leon, clérigo ó lego, pagaba rauso, fonsadera, ni mañería. Los pleitos de todos los vecinos de Leon debian decidirse en la capital. Todos podian vender en su casa los frutos de su cosecha sin pena alguna. Ninguno podia ser obligado á amasar el pan del rey, como no fuera esclavo suyo. Ningun merino, ni sayon, ni dueño de solar, ni señor alguno, podia entrar en la casa de ningun vecino de Leon por *nenguna caloñia*, ni arrancar las puertas de su casa. Todos estos derechos, ó si se quiere, privilegios, constituyen aquellas garantías de los pueblos civilizados que nos parecen tan naturales hoy como el aire que respiramos; pero que en aquellos tiempos de hierro eran el verdadero co-

mienzo, la inauguracion verdadera de la libertad. Así es que el rey Alfonso V conmina con grandes advertencias, con terribles amenazas al que conculque ú olvide aquella Constitucion. «Si alguno de nuestra progénie, ó de otra cualquiera, intentase quebrantar á sabiendas esta nuestra Constitucion, cortada la mano, el pié, y el cuello, arrancados los ojos, sacadas y derramadas las entrañas, herido de lepra, juntamente con la espada de la excomunion, pague la pena de su delito en condenacion eterna con el diablo y sus ángeles.» Tales fueron los principios del derecho municipal, que por un lado refrenaba la audacia de los aristócratas, y por otro lado infundia el espíritu de libertad y de igualdad en el pueblo. Estos fueros municipales son la consagracion de los derechos que los reyes habian esparcido desde su caballo de guerra para llamar soldados á la sombra de sus banderas. La guerra, la guerra contínua, las necesidad del esfuerzo individual para salvar la patria, eran las fuentes vivas del espíritu democrático. «El conde D. Sancho fizo por ley y fuero que de todo home que quisiere partir con él á la guerra, á vengar la muerte de su padre, en pelea, que á todos facía libres, que non pechasen el feudo ó tributo que fasta allí pagaban, é que no fuesen de allí adelante á la guerra sin soldada.»

La libertad comenzaba á ser el alma del pueblo. Estos derechos populares, el gérmen de la democracia, fecundo gérmen con la sangre de nues-

tros padres empapado, y por sus cenizas abrigado.

IV.

Así durante la Edad media, se fueron desarrollando los elementos democráticos en toda España. Dos grandes señales de la vida de estos elementos se encuentran: primero, en la limitacion de la autoridad real por las Córtes; y segundo, en el establecimiento y desarrollo de los municipios y su lucha con las aristocracias dentro de esas mismas Córtes. Son instituciones democráticas, en Cataluña, el Conseller; en Aragon, la Universidad; en Castilla, el Municipio y las Córtes. Porque en Castilla, si bien asistian el brazo eclesiástico y el aristocrático la exencion de pechar, de pagar tributos, les quitaban facultades y derechos. Así, cuando, en el crepúsculo entre el siglo XII y el siglo XIII, Alfonso VIII llamaba á nobles y á plebeyos al pié de los muros de Cuenca para exigirles tributos con que impulsar la obra de la reconquista, y los nobles se negaban mientras le acorrian los plebeyos, las Córtes tomaron un gran carácter democrático. Y este carácter democrático creció con San Fernando, que reguló la entrada de los Procuradores en las Córtes; con las turbulencias del tiempo de Alonso X; con la minoridad de Fernando IV, en que la nobleza sólo

acertó á sembrar discordias, mientras el pueblo recogió del polvo el cetro roto de sus reyes; con don Juan I, que en el seno de la democracia castellana encontró consuelo á los rigores de su adversidad; con toda aquella lucha titánica de la monarquía, empeñada en desarmar y soterrar á la aristocracia, y para esto avivando todos los elementos populares. Si registrais las Cartas-pueblas, si leeis la historia de los municipios, sin duda alguna vereis aparecer en aquella organizacion municipal, vislumbres de organizacion republicana; en aquella manera de administrar justicia, vislumbres del Jurado; en aquellos soldados que el ayuntamiento mantenia, vislumbres de las milicias constituidas en las Constituciones modernas; en todo ello, los gérmenes de una gran democracia.

V.

Pero todo se interrumpió, se cortó con la venida á España de una política y de una raza extranjera. Al comenzar el siglo décimo-sexto nació un hombre que debia llenar toda la primer mitad de tan gran siglo con el ruido de sus armas y de su política. En el año de 1500, aquel niño fatal que habia de heredar el imperio mayor y más extenso conocido en la historia, se dormia en su cuna al arrullo de los cantares de su tia Margarita de Flandes. Ya

jóven, cuando aun no sabia ni siquiera balbucear la lengua castellana, rubio, pálido, ageno completamente al ardor y al entusiasmo de nuestra raza, vendrá á España y caerá con toda su fuerza sobre nuestras instituciones democráticas. En las célebres Córtes de 1520, empezadas en Santiago, concluidas en la Coruña, estalla la lucha entre el rey y el pueblo: Cárlos V quiere partirse para el extranjero á coronarse emperador de Alemania, llevándose gran parte de la riqueza nacional, quebrantada ya por un servicio extraordinario votado en las Córtes de Valladolid, nuevamente amenazada por el voto de otro servicio exigido en las Córtes de Santiago. El voto de los pueblos se resiste á conceder el servicio, pero la corrupcion de los poderosos llega hasta conseguir una victoria legal en las Córtes trasladadas á la Coruña. El pueblo no quiso tolerar el engaño. Toledo rompió la primera en abierta rebelion. En Segovia el pueblo ahorcó por los piés al corrompido procurador Tordesillas. En vano el clero, en el cual se encontraba un hermano de este desgraciado, pidió perdon á la muchedumbre, presentándole de rodillas la hostia consagrada, y reclamando al ménos los consuelos de la confesion para la víctima. Los traidores, gritaba el pueblo, no han menester más confesor que el verdugo. Zamora se sublevó tambien; buscó sus venales procuradores, y no fueron habidos. Las efigies de estos traidores arderán la plaza pública, sus nombres se

colocarán por mofa con ridículas inscripciones en la casa de ayuntamiento. La lucha fué horrible. Escindióse la nobleza, pues una parte se fué con el pueblo, otra con el emperador. Entre los de esta parcialidad se encuentra una alta señora de Cuenca, doña Isabel de Barrientos, que como su marido, empeñado en contener á los amotinados, fuera insultado, fingióse amiga de los populares, convidó á sus jefes á un banquete, los embriagó, y cuando estaban dormidos, los cosió á puñaladas. En Búrgos tambien asomó la revolucion, y tambien se cometieron terribles venganzas. A su vez los imperiales incendiaban á la populosa y rica Medina, cuyas ruinas todavía ennegrecidas pregonan los horrores del despotismo. Los procuradores se reunen á nombre de todas las ciudades en Avila y se forma una junta que dirija é impulse el movimiento. Padilla recibe la comandancia de las tropas sublevadas. Desde este punto, los mayores entre los aristócratas se ponen de parte de la monarquía como el Almirante, como el Condestable, como otros muchos de preclaras familias. D. Pedro Giron que habia sido nombrado generalísimo de las comunidades, fué un traidor. Entregada sólo á Padilla, inhabilmente defendida, la causa del pueblo sucumbió. Pero el caudillo toledano cayó en los campos de Villalar, abrazado al morado pendon de Castilla, y su nombre glorificado en las tablas de su patíbulo. es una de las glorias de la democracia española.

Desde este punto, comienza á extenderse sobre nosotros el absolutismo, ese mónstruo que degrada nuestra dignidad, que mata nuestro pensamiento, que nos aisla del mundo, que esteriliza nuestra industria y nuestro comercio, que nos desangra y nos despuebla, que hace odioso el nombre español á Europa por exponerlo constantemente á todos los progresos de la razon, á todas las conquistas del derecho, y que despues de pasar por los tiempos más abominables de nuestra historia, concluye su reinado, entregándonos, vendiéndonos vilmente al extranjero.

VI.

En efecto, la renuncia de Bayona es el acta de abdicacion del absolutismo. ¿Qué fuera de la patria, qué de nuestra dignidad, si la idea absolutista hubiera penetrado hasta la médula de los huesos del pueblo español? Creyéndose los españoles un hato de ganado, cedieran á la voluntad de sus dominadores. España sería hoy la Polonia del Mediodía. Napoleon se hubiera asentado sobre sus ruinas y dicho al mundo que habian muerto las nacionalidades creadas con tantos esfuerzos y tantos sacrificios despues de la caida del imperio romano. Pero bien pronto el antiguo espíritu democrático, que parecia apagado y extinguido, se reanimó con nue-

va fuerza. Las Córtes, las Córtes, dijeron todos los lábios; las Córtes, el recuerdo glorioso de la democracia castellana, las Córtes se levantaron como la imágen querida de la patria, como el fuego de la libertad que se reanimaba entre las ruinas. Ocupado el suelo por extranjeras gentes, cargado el aire con la muerte que sembraba la peste, los diputados del país, reunidos en Cádiz, se aprestaron á regenerarnos delante de aquel Océano, en verdad no tan grande ni tan profundo como el nuevo espíritu que iban á crear con su poderosa palabra. Cuantos amen la patria, cuantos sientan algun interés por la humanidad y sus progresos, deberán registrar estos dias de crísis social como los dias iniciales de una nueva época, como esos dias que son á manera de luminosos astros en las esferas del tiempo. No teníamos patria, y los guerreros que mandaban aquellas Córtes la crearon de nuevo amasándola con la sangre de sus venas. No teníamos hogar, abierto siempre á los sayones del despotismo, y las Córtes lo alzaron sobre el suelo de la patria regenerada, y lo consagraron con el sello de la ley. No teníamos pensamiento, las hogueras de la Inquisicion habian consumido hasta nuestra conciencia, y apagaron con su soplo esas hogueras, á cuyos fatídicos reflejos agonizára el espíritu español. No teníamos dignidad, un favorito podia disponer de nuestra suerte á su antojo, y sólo dar cuenta al rey, que á su vez sólo debia dar cuenta á Dios, y crearon el gobierno

responsable. No teníamos intervencion alguna en nuestra propia suerte, se nos habia vendido á la fortuna y á la gloria sin consultar nuestra voluntad, y escribieron el sufragio universal. No éramos un pueblo, sino una ergástula, y proclamaron la soberanía nacional. Se habia perdido en las antecámaras, en las intrigas toda idea de dignidad, y de un pueblo de cortesanos hicieron un pueblo de héroes. La propiedad, herida por el feudalismo y por el absolutismo, por el señorío y por la tasa, no existia, y crearon la propiedad. Y despues de haber prestado estos inmensos servicios á la civilizacion; despues de haber rechazado á un tiempo al extranjero y á su eterno cómplice el absolutismo, no aspiraron aquellos ilustres varones, que aun llevaban la marca de la antigua esclavitud en su frente, á ningun otro premio que al de merecer el agradecimiento de la patria. Desgraciados más tarde, perseguidos como fieras, expulsados de la nacion que habian creado con su valor y con su esfuerzo, errantes unos por extranjero suelo, ahorcados otros, atormentados todos en dos sucesivas reacciones que desplegaron todos los horrores, todas las crueldades de los tiempos de Tiberio, sus nombres estarán siempre impresos en todos los corazones españoles, porque son los nombres de los iniciadores de la democracia en nuestra patria.

VII.

La democracia está, pues, en nuestra historia, y está en la cuna de las instituciones modernas. Tras la reaccion de 1823, tras la guerra civil que le sucedió, alguna que otra vez aparecia como esperanza, como aspiracion. Habia, es verdad, un partido exaltado, pero este partido, más que la idea, tenia el sentimiento de la libertad, y más que la doctrina buscaba á porfía la accion. Algunos hombres, que podiamos llamar demócratas, cruzaban por nuestras Córtes, y movian á favor del pueblo la máquina milagrosa de la prensa. El conde de las Navas en los Estamentos; Gorosarri en las Córtes Constitutes del treinta y seis; Uzal en las Córtes del cuarenta al cuarenta y tres; Olavarría en *El Huracan*; muchos y muy exaltados liberales, presididos por Abdon Terradas, allá en Cataluña, sostuvieron con más ó ménos fortuna, con más ó ménos inteligencia, pero con grande y severo patriotismo, las nobles aspiraciones de la democracia en España, aspiraciones todavía inconscientes, todavía sin fórmula. En verdad puede decirse que la fórmula de la democracia española se escribió por el Sr. Orense con sin igual claridad en aquellas Córtes del año cuarenta y cuatro, en aquellas Córtes donde estuvo sólo, sosteniendo en sus hombros el peso de una

oposicion formidable. Él comenzó á decir, con extrañeza de los progresistas, cuyo representante le llaman; con asombro de los moderados, cuyo enemigo más temible era, que al dogma de la soberanía nacional debia añadirse el dogma de los derechos individuales; que la imprenta necesitaba una libertad completa, absoluta, la libertad del aire con el mar, pues más incoercible que el aire es el pensamiento; añadiendo á estas bases fundamentales de su doctrina la rebaja del ejército, la extincion de las quintas y de las matrículas de mar, de los pasaportes, de las contribuciones de consumos y puertas; la reduccion del estudio á sus verdaderas facciones del presupuesto, á sus verdaderos límites del gobierno, á sus verdaderas condiciones, y la extension de la libertad á toda la vida. El Sr. Orense decia: «las bases de una Constitucion-verdad son: Respeto inviolable al hogar doméstico, respeto á toda clase de propiedad, derecho de asociacion sin restricciones, libertad completa de imprenta sin depósito ni editor responsable. Sufragio universal.» Estas ideas no quedaron sin consecuencia, fueron la semilla de la cual brotó un nuevo partido, es decir, una colectividad destinada á dar á la democracia la clara conciencia de su derecho. En 1847 apareció *El Siglo* que decia: «Nuestro objeto es agrupar la juventud al rededor de una bandera que tiene por mote: Cristianismo, ciencia, progreso contínuo, democracia.» Estas ideas que eran una aspiracion, fueron formu-

ladas por la extrema izquierda del Congreso de 1848 en esta forma;

«El Estado debe reconocer y garantizar á todos los ciudadanos como condiciones primarias y fundamentales de la vida política y social: La seguridad individual. La inviolabilidad del domicilio. La propiedad. La libertad de conciencia. La de ejercer su profesion, oficio ó industria. La de manifestar, trasmitir y propagar un pensamiento, de palabra, por escrito ó en otra forma. La de reunion pacífica para cualquier objeto lícito, sea ó no político. La asociacion para todos los fines morales, científicos é industriales. El derecho de peticion individual ó colectivamente practicado. El derecho á la instruccion primaria gratuita. El derecho á una igual participacion de todas las ventajas y derechos políticos. El derecho á un repartimiento equitativo y proporcional de las contribuciones y del servicio militar. El de optar á todo empleo ó cargo público sin más condiciones ni título que el mérito y la capacidad, excluida toda preferencia de nacimiento, privilegios y distincion. El de ser juzgado y condenado por la conciencia pública, el jurado.»

VIII.

Escrito el programa democrático por los diputados de la extrema izquierda en el año 1848, puede

decirse que el partido democrático estaba formado. Aun habia en aquel programa alguna vacilacion, aun habia algunas concesiones no debidas; pero el fondo de la doctrina democrática en él se encontraba. Los que lo habian suscrito no pudieron eximirse de la condicion aneja á todos los reformadores, á todos los iniciadores; de la persecucion de la cárcel. Durante los seis años que se extienden desde la revolucion de Febrero en París hasta la revolucion de Julio en Madrid, las persecuciones más odiosas se ensañaron en nuestros amigos, propia pension de todos los reformadores. Todos los hombres más distinguidos del partido democrático fueron á dar en la cárcel, algunos en calabozos infectos, por donde pasaban todas las inmundicias, en una atmósfera apenas respirable, sin luz, sin la compañía siquiera de un libro. Pero no les importaba este ódio para perseverar en su amor á la nueva idea. Morian ó por ignorancia del público ó á manos del gobierno, los periódicos democráticos *El Pueblo*, *La Reforma*, *El Siglo*, *La Tribuna*, y se valian los demócratas como los primitivos cristianos, de cartas para comunicarse con sus correligionarios, para sostener y avivar la fé. En estos momentos y con este motivo prestaron distinguidos servicios nuestros correligionarios D. Nicolás María Rivero, D. José Ordáx Avecilla, D. Sixto Cámara, D. Eugenio García Ruiz, D. Manuel Becerra, D. Manuel Aguilar y D. José Casado Tello, y otros que iniciaron con

grande constancia y grave riesgo la propaganda democrática en España. Entretanto la revolucion de 1854 se preparaba. Las camarillas, las elecciones corrompidas, los Congresos abiertos y cerrados en un dia, la reforma absolutista amenazando constantemente nuestras escasas garantías constitucionales, el voto del Senado en menosprecio, el Tesoro en bancarrota, los proyectos de ferro-carriles convertidos en piedras de escándalos, la inmoralidad extendida como una lepra cancerosa sobre la administracion, las órdenes monásticas renaciendo al calor del espíritu reaccionario, los grandes escándalos y los grandes despilfarros, trajeron como consecuencia precisa, la revolucion que se encierra en toda tiranía como el trueno en el relámpago.

Naturalmente la democracia debia influir con influencia decisiva en los destinos de la revolucion de Julio. Desde el primer dia, todo lo que llenaba el aire de electricidad revolucionaria, todo lo que removia hasta en su fondo la conciencia, todo era esencialmente democrático. El hervidero de ideas que la revolucion trae siempre no podia naturalmente producir otra cosa que ese vapor incoercible, invisible, pero de fuerza inmensa que se llama espíritu del siglo, y el espíritu del siglo es la democracia. El Círculo de la Union, sociedad patriótica, no era uno de aquellos clubs que del veinte al veinte y tres se distinguian por su carácter demagógico y por sus vociferaciones, no; era reunion severa, comedi-

da, preocupada sólamente con una idea, con la idea de la reforma necesaria para salvar la patria, y abrir al derecho la conciencia del pueblo. En aquel Círculo comenzó á distinguirse la juventud democrática. Testimonio de esto D. Cristino Martos, uno de los más elocuentes oradores de nuestra patria. Pero el Círculo de la Union se cerró. Contribuyeron á esto los sucesos del veinte y ocho de Agosto. La democracia se oponia á que la reina Cristina saliese de España creyendo que debia responder á las acusaciones lanzadas por la revolucion sobre su frente. De aquí resultó un gran conflicto y del conflicto resultó el predominio del gobierno, y del predominio del gobierno la clausura del Círculo de la Union. Pero como quiera que las Córtes Constituyentes debian venir, la agitacion electoral debia reinar. Y reinando la agitacion electoral no era posible prohibir por completo las reuniones. En una de ellas celebrada el dia 22 de Setiembre, habló por vez primera en público el que estas líneas escribe. No registra el hecho por sí, lo registra porque puede decirse que de aquella reunion data la organizacion oficial del partido democrático. Ya tuvo un programa mucho más claro y mucho más concreto que el programa de la extrema izquierda. Ya tomó definitivamente entre el consejo de algunos el nombre comprensivo de partido democrático; ya contó con tres órganos en la prensa; ya se apercibió á luchar en los comicios para difundir sus ideas en el Con-

greso. Honra eterna á los que promovieron esta reunion, á los que la convocaron, á los que la presidieron, á los que dictaron aquel programa! En ninguno de estos hechos tuvo participacion el que estas líneas escribe. Habló como le inspiró su conciencia, y si fué á lo que dijo leal, no le toca á él decirlo. El partido democrático ya lo ha juzgado.

IX.

Con las Córtes Constituyentes se abrió un gran período para el partido democrático. Muchos y muy esforzados varones se reunieron allí á sostener el pensamiento de las grandes reformas políticas y sociales por que suspira nuestro siglo. Desde que en la sesion inaugural clamó con su robusta voz Eduardo Ruiz Pons: «viva la Soberanía del pueblo» puede decirse, puede asegurarse, que la democracia estaba ya fundada. Cuantas reformas pedia el pueblo otras tantas se sostenian con grande ardor en la extrema izquierda. El pensamiento de la revolucion centelleaba en aquella montaña que despedia ideas como un volcan lumbre. La soberanía de la nacion no ilusoria sino efectiva; los derechos individuales, completamente reconocidos y asegurados; el sufragio universal para que el pueblo entrara en la participacion de la vida política; el Jurado para que pudiese ejercitar su pensamiento y su con-

ciencia; una sola carrera, imágen viva de una sola patria; la desamortizacion de los inmensos bienes que en manos muertas yacian; el desestanco de tantas materias indispensables á la vida; la abolicion de las odiosas contribuciones de consumos; la abolicion de las puertas, ruina de nuestra agricultura, y de las matrículas, ruina de nuestra navegacion; todo lo que el pueblo podia desear, todo lo que el pueblo podia tener para afianzar sus libertades, todo fué sostenido en las Córtes Constituyentes con lucidez y constancia por aquellos diputados, cuyos nombres guardará siempre la gratitud de la democracia española. Sus pensamientos no fueron oidos por el Congreso apegado á las antiguas rutinas progresistas, pero fueron oidos por la nacion, que desde entonces comenzó á sentir que germinaba en su conciencia la idea democrática. Tampoco fueron escuchadas sus palabras en las cuestiones del momento que traian más ó ménos conturbados todos los espíritus. La union de Espartero y O'Donnell en un mismo ministerio, fué la base de la política que reinó dos años. Se necesitaba una ceguera sin ejemplo para no ver que todas las esperanzas de la reaccion se vinculaban en el general O'Donnell. El partido democrático estuvo por espacio de dos años sosteniendo en el Congreso la necesidad imperiosa de eliminar á O'Donnell de un gobierno en el cual era como una amenaza permanente á la libertad, como una rémora invencible al progreso. No los

oyeron, y le dejaron fortalecerse. Cuando intentaron desasirse de él, ya era tarde, ya los habia ahogado. Los periódicos democráticos, sin excepcion alguna, sostuvieron ásus diputados en esta empresa. El partido progresista estaba ciego. Un dia las bombas que estallaban dentro de la representacion nacional le anunciaron su terrible error. Ya era tarde Pero la honra y la conciencia del partido democrático se habian salvado.

X.

Desde 1856 comenzó un nuevo período para el partido democrático. El, sólamente él, sostuvo en la Bajada de Santo Domingo con la Milicia de su partido, capitaneada por D. Manuel Becerra, la situacion progresista moribunda, las Córtes Constituyentes en su agonía. En aquella gran catástrofe se dispersaron muchos elementos, pero aun quedó el núcleo formado en la redaccion de *La Discusion* con tan buen acuerdo, y que tantos y tan señalados servicios prestára á la causa democrática. Contra aquella redaccion se escribió la ley-Nocedal, y de la ley-Nocedal supo salvarse. Dos trabajos culminantes se realizaron entónces. Primero, separar el partido democrático clara, distintamente del partido progresista; segundo, escribir el programa democrático. A esta difusion de la idea democrática contribuyó con

grande inteligencia y con grande empeño la redaccion de *El Pueblo*, presidida por nuestro amigo don Eugenio García Ruiz. Volvió la union liberal y se convocaron unas Córtes. El partido democrático pugnó en algunos distritos por llevar representantes suyos á las Asambleas; y sólo alcanzó una victoria en Murviedro. Mas para alcanzar esta victoria fué necesario que pasase por el amargo trance de ver asesinado alevemente al demócrata Brú, uno de los que más habian contribuido á sostener nuestra organizacion y á propagar nuestra doctrina. La union liberal no cejó ni un punto en perseguir al partido democrático, con el pensamiento de anonadarlo. Todas las crueldades juntas desencadenó contra nosotros. Denunció el programa democrático despues de absuelto por los tribunales. Por la sublevacion de Loja, que se desvaneció en un momento, paseó el verdugo y el patíbulo de pueblo en pueblo, de region en region, dejando materialmente un reguero de sangre. En Sixto Cámara fué castigado el deseo natural de volver al suelo pátrio. Perseguido como una fiera, aquel jóven que se consagraba al culto de las ideas, murió en un dia canicular herido por los rayos del sol, que caian como flechas, como fuego del cielo. Moreno Ruiz, que le acompañó que recogió el último suspiro de su amigo, que no quiso abandonarlo en los últimos y supremos instantes de su vida, Moreno Ruiz fué castigado con un patíbulo. Y la union liberal cayó, y el partido

democrático continuó su carrera, fiel siempre á su idea, consagrado siempre á emancipar al pueblo. Pero al poco tiempo le sobrevino una nueva desgracia y registró en las páginas de su historia un nuevo martirio. Ruiz Pons habia escrito una hoja, preámbulo de varios decretos que prácticamente formulaban las doctrinas democráticas. Por aquella hoja fué arrastrado á una dura prision en Zaragoza. Los tribunales ordinarios le absolvieron, declinando la competencia sobre el tribunal de Imprenta. Y á su vez el tribunal de Imprenta le absolvió, declarando que el hecho era de la competencia de la jurisdiccion ordinaria. El tribunal Supremo llamó á sí el conocimiento del hecho, y Ruiz Pons fué condenado, y cuando se decia que estaba para él abierta la patria, murió lejos del hogar, lejos de la familia, y con él murió uno de los más perfectos caballeros de nuestro partido, uno de los más ardientes mantenedores de nuestra idea.

XI.

Y cada dia nos inspira mayor fé el destino del partido democrático, al cual hemos consagrado nuestra inteligencia y nuestra vida. Acusado de subvertir la sociedad, de ser enemigo de la propiedad y la familia, de querer violar las libertades individuales, y

mutilar la personalidad humana en servicio de una dictadura popular, ha mostrado en recientes debates, de esos perturbadores sólo en apariencia, en realidad fecundísima, que su doctrina es eminentemente práctica, encaminada á asegurar todas las libertades, y á fundarlas en la igualdad; consagracion perfecta de la personalidad del hombre, ideal realizado en esos Estados-Unidos, que así en las artes de la paz como en las artes de la guerra, así en la solucion de los problemas políticos, como en la solucion de los problemas sociales, cual el tremendo de la esclavitud, ha mostrado la superioridad de sus instituciones sobre todas las instituciones del viejo mundo. La democracia española ha sellado esta admirable evolucion última de su historia publicando el manifiesto de 15 de Marzo. Partido heredero de toda la gloriosa tradicion de la libertad; partido con las fórmulas más claras en la esfera científica como resultado de tres siglos de trabajos intelectuales titánicos, y con las fórmulas más aplicables en le esfera política, como lo prueban la prosperidad de los pueblos que, en parte ó en todo, admiten sus principios, tendrá dentro de sí las dificultades que tiene todo organismo, los males que asaltan á todo cuerpo; tendrá fuera de sí los enemigos que se concitan todas las reformas, y todos los reformadores, ley necesaria de la gravitacion social; pero tiene historia limpia, programa fijo, huestes entusiastas, una juventud brillantísi-

ma, que es la esperanza de la patria, y sobre todo, y más que todo, la fuerza inmensa de ese gran viento que impulsa hácia adelante, hácia la libertad á todos los pueblos, la fuerza del espíritu del siglo.

CARTAS A LOS REPUBLICANOS.

—

En el mes de Julio, escribia yo á mis amigos del Nuevo-Mundo la carta que copio y que doy á luz en España, despues de haber sido publicada en varios periódicos de América y Europa.

«El destierro es muy triste, pero da al ánimo tranquilidad y á la conciencia lucidez. Los hechos del momento y las pasiones de los partidos no alzan sus sombras entre la razon y la verdad. Se ve la patria en su conjunto; se descubre su espíritu, y se antepone á todo el amor por su grandeza. Sólo así me explico la claridad con que ví y la seguridad con que anuncié lo presente, cuyo curso demuestra que al cabo de todo, los hechos viven dentro de las ideas como los séres orgánicos viven dentro del aire.

La revolucion tiene dos períodos: el negativo y el afirmativo. En el período negativo todos hemos estado unánimemente acordes en la necesidad suprema de expulsar la dinastía. En el período afirmativo, en el período de reorganizacion, las diversas ideas han de

brotar como una consecuencia necesaria de la variedad y de la riqueza de vida en los partidos. Que nadie tema ver en peligro el nuestro porque haya sinceros y honrados disentimientos en la cuestion de forma de gobierno. Todos somos republicanos, absolutamente todos, sin excepcion.

Pero hay ilustres patriotas que han sido nuestros guias y maestros; oradores insignes que han compartido con nosotros el pan del destierro y cuya elevacion de carácter sólo se puede comparar con la elevacion de su elocuencia; jóvenes de gran talento y de preclaros servicios; antiguos republicanos de méritos sobresalientes en la prensa que se apartan de mi opinion, así en la oportunidad de proclamar inmediatamente la forma republicana, como en el carácter que debe revestir la república. Yo espero que estos honrados y patrióticos disentimientos, cuyos móviles nobilísimos todos conocemos, no han de romper ni quebrantar siquiera la unidad de nuestro partido consagrada en el manifiesto último que todos hemos firmado. Yo espero, pues, que como siempre, salvaremos esa cohesion que nos ha dado tan poderoso influjo sobre el país. Las mútuas excomuniones son ridículas y dan á escuelas que deben ser muy universales el carácter de estrechas sectas. Las purificaciones se quedan para los realistas. Si en el momento presente no hubiera grandes disidencias sometidas á la armonía superior de nuestras ideas, no seríamos el partido que por una

série de principios encadenados como puntos matemáticos, arranca de lo presente para perderse en lo porvenir. No somos, no, una escuela nueva ó una nueva secta; somos sobre todo, y ántes que todo, la nueva sociedad, y por eso tenemos la variedad de su vida y la riqueza de sus ideas.

Pero yo siempre creí que la forma republicana era la única forma en rigorosa armonía con nuestros principios. Yo creí siempre todas las monarquías malas; pero las monarquías democráticas, pésimas. Yo siempre creí que así como el organismo humano es esencialísimo al espíritu, la forma republicana es esencialísima á la democracia. Yo he visto la monarquía belga nacer muy liberal y quedarse estacionaria, sin sufragio universal, sin libertad completa de imprenta, miéntras la república suiza, que nació muy aristocrática, es hoy el modelo que más se acerca en la tierra á nuestro ideal democrático. Yo he dicho siempre en el seno de la confianza, al oido de mis amigos más íntimos, entre mis compañeros de redaccion, y luego á la faz de Europa y de América, que en cuantas ocasiones me encontrara de influir sobre mi pais, influiria por todos los medios á favor de la república. Impórtame muy poco que todo el pais vote por la monarquía. El pais es muy dueño de escoger la forma de gobierno que le convenga. Pero yo jamás dejaré de trabajar por todos los medios legítimos á favor de la única forma de gobierno que creo justa, á favor de la república.

Reconociendo las razones de patriotismo y de alta política alegadas por aquellos de mis amigos que se inclinan á la república unitaria, yo prefiero la república federal. La prefiero porque deseo que las provincias nombren sus gobernadores por sufragio universal. La prefiero porque reduce el Estado á sus funciones primordiales de garantizar todos los derechos, de concertar todas las autonomías, y de defender la nacionalidad. La prefiero porque tenemos de ella ejemplo en regiones como Navarra y las Provincias Vascongadas, gérmenes un dia de la patria, gérmenes aun de la libertad. La prefiero porque deseo acabar con ese enorme presupuesto central que sólo sirve para sostener una aristocracia burocrática, primera causa del menosprecio en que han caido la industria y el trabajo. La prefiero porque he visto que las repúblicas unitarias mueren todas por apoplegías de poder, miéntras las repúblicas federales, se salvan por la distribucion de la vida al cuerpo social. La prefiero porque gusto de las reformas prácticas y veo que sólo hay repúblicas federales en el mundo. Quiero la república de los girondinos, la república de los helvéticos, la república que ha engendrado los dos primeros magistrados del mundo moderno: Washingthon y Lincoln.

Sostengamos, pues, la república; pero sostengámosla en los comicios, por medio del sufragio universal. Ahora estamos gobernados por ciudadanos que no tienen ni cetro ni corona. Y seriamos indig-

nos de llamarnos republicanos si demostrásemos que sabiamos obedecer á los reyes y no sabiamos obedecer á los magistrados civiles. Tenemos mayor interés que el Gobierno provisional en la conservacion del órden. Tenemos mayor interés que los vencedores en salvar la revolucion. Si por nuestra causa se perdiera, seriamos malos españoles, malos republicanos, indignos de pertenecer á esta gran familia americana y europea que hoy nos llama sus hijos predilectos. El mayor peligro para la libertad está en nuestros excesos. La mayor esperanza para la reaccion está en que no sepamos ser ciudadanos y demostremos que sólo hemos nacido para esclavos.

Nada de gritar, nada de ruido; tened la austeridad republicana. Hablad en los meetings respetando el derecho de todos y muy especialmente de nuestros enemigos. Escribid en la prensa sin manchar jamás con injurias ni con calumnias la hoja de papel que es como el cielo del espíritu. Defended todas vuestras libertades, pero respetad la propiedad, la seguridad, la conciencia, el pensamiento, el partido político de todos los ciudadanos. Apoyad la autoridad; combatid el crimen. Y luego, demostrando así que no teneis el sentimiento republicano en los labios sino en el corazon, votad en los comicios por la república, decididos á respetar y acatar á la nacion en su decisivo y supremo fallo. La república os da muchos derechos, pero os exige muchos deberes. Cumplidlos y como enseñásteis en la guerra de la

Independencia á los demás pueblos á vencer á los conquistadores, les enseñareis hoy á ser ciudadanos. Y en el gran dia en que habreis vosotros mismos de decidir vuestra suerte, salvaos, y salvareis al mundo que os prepara los laureles de la gloria »

Esta vivísima fe inspiró la carta que el 15 de Julio escribí á los periódicos de América, dos meses ántes de los últimos sucesos, y que parece escrita despues como si fuese una historia. Lo que entonces pensé pienso ahora, y lo que entónces dije digo ahora.

15 de Octubre de 1868.

PARIS 15 DE JULIO DE 1868.

«El especial interés de esta semana se resume en los asuntos de España. Ya habreis notado cuán parco soy en mis cartas siempre respecto á España. Pero en estos momentos, cuando toda Europa fija su atencion en mi patria, y habla de su crísis tremenda, y se preocupa de sus futuros destinos, permitidme hablaros de esa nacion á la cual perteneceis vosotros, americanos, por la comunidad indisoluble del habla y de la raza. Más que del presente, voy á hablaros del porvenir de mi patria. Los hechos se suceden con una terrible monotonía. Amenazas constantes de revolucion abajo, contí-

nuas violencias arriba. Cada dia el gobierno más aislado y la oposicion más pujante. Las garantías constitucionales interrumpidas; pero nunca interrumpido el hilo de la conspiracion que todos los ciudadanos tienen hoy en sus manos, y que no puede romper el gobierno sino rompiendo al mismo tiempo la nacion. De vez en cuando una deportacion que anuncia nuevas condensaciones de los elementos revolucionarios.

Es tan fácil confundir el estado de nuestro ánimo con el estado del ánimo de los pueblos, que, á veces, en las horas de triste desaliento, frecuentísimas durante largo destierro, llegamos á creernos olvidados de todos, y reducidos á esperar la muerte en extranjero suelo. Figúrasenos que la patria, por cuya libertad suspiramos, acepta la servidumbre con resignacion, hasta con placer. Medimos por nuestra impaciencia individual la eterna paciencia de los pueblos; y por el radio de nuestra vida de un dia el largo radio de ese inmenso círculo de la vida social, que abraza todos los tiempos. Nos indignamos cuando el corazon de todos no late unísono con nuestro corazon, cuando el deseo de todos no vuela como nuestro deseo, cuando los pueblos no se levantan de su sepulcro al eco de nuestra voz: olvidando que las grandes colectividades se mueven muy difícilmente, y que en la historia ha sido siempre de los ménos, el lote de la fe, la virtud del heroismo, y el premio del martirio.

Sin embargo, si algun pueblo puede exceptuarse de esta regla general, si alguno hay en el mundo impaciente como los individuos, incansable en las conjuraciones, indócil á todo yugo, indómito en el seno de su esclavitud, es el pueblo español, en todos tiempos dispuesto á inventar nuevos recursos de combate al dia siguiente de sus derrotas, como eterno guerrillero. En los dos años que llevamos de destierro, no ha pasado dia sin que algun hecho viniera contínuamente á decirnos, que el país estaba vencido, pero no resignado. Ya la misteriosa hoja escrita con el calor de la juventud, con esa elocuencia política sin rival en el mundo, que se imprimia entre nubes de esbirros, y que llegaba húmeda á las manos de los tiranuelos para decirles que no habian logrado asesinar el pensamiento. Ya la actitud de los electores negándose á sancionar con su voto la apariencia de la legalidad que el gobierno queria dar á la insolente dictadura. Ya las persecuciones de familias, de pueblos enteros, por las cuales se renuevan arriba los crímenes de la expulsion de razas tan frecuentes en la manchada historia de nuestros reyes; pero por las cuales se demuestra tambien que aún queda abajo la inextinguible fé de las muchedumbres, nunca satisfechas de ofrecer su sangre por la libertad. Ya un levantamiento ahogado, es verdad, pero erupcion vivísima del fuego que hay siempre en ese volcan de grandes aspiraciones, llamado tierra de España.

En el momento en que escribimos, nuevos hechos vienen á demostrar grandes inquietudes, la inseguridad del gobierno, la seguridad de la revolucion. El duque de Montpensier ha sido invitado á dejar á España en el temor de que su nombre sirva de bandera al primer levantamiento. El oficio de rey va siendo de tal suerte horrible que no puede ejercerse sino á condicion de violar, ó ver violadas todas las leyes de la naturaleza, todos los sentimientos más vivos de la humanidad; á condicion de desterrar á una madre, de separarse violentamente de los hermanos, ó de oir en el seno mismo de la familia, en el retiro de los suntuosos palacios, horribles palabras pronunciadas por los labios que en los hogares del pobre, en las humildes cabañas curan con sus besos las heridas del alma. Y no sólamente la reina ha desterrado á su hermana la duquesa de Montpensier, lo cual prueba que teme como Lady Macbet á los fantasmas, sino que ha deportado á los mismos generales conservadores, á Dulce, á Serrano, cuyas espadas la salvaron milagrosamente en Julio de 56 y en Junio de 66 del destronamiento, de antiguo decretado por la conciencia pública, y decidido por la revolucion.

Ahora bien: ¿qué prueba todo esto? Prueba un estado de febril agitacion, de lucha entre el trono y el pueblo, de conspiraciones diarias; un estado de guerra, muestra segura de los profundos males sufridos por la socidad española. Yo no conozco si-

tuacion semejante sino en la Italia de ayer, y en la Polonia de hoy. Sólo en los pueblos conquistados, en los pueblos que han decidido morir ántes de someterse á un poder impuesto por la fatalidad, se cierran todas las manifestaciones á la opinion, se abren arbitrariamente las cárceles á los ciudadanos, se lanzan sobre el hogar esbirros estipendiados para convertir la delacion en un servicio público; y se ven á cada momento partir para los insalubres climas del Africa y del Asia en naves, que son como atahudes flotantes, á muchedumbres de deportados, heridos con tan horrible castigo, no por la sentencia de los tribunales, sino por cobardes sospechas y por la loca arbitrariedad del gobierno, trémulo ante sus propios remordimientos.

En medio de la civilizacion moderna, cada dia más atenta á procurar la seguridad de las familias y la independencia del pensamiento, no puede existir por mucho tiempo un régimen bárbaro, sin leyes para refrenar el poder, y sin derechos para asegurar la independencia de los ciudadanos; el absolutismo en su ferocidad, el absolutismo con todos sus horrores, y sin aquel carácter patriarcal que en los tiempos antiguos le daban la seguridad de su propio poder, de su perdurable existencia, y el asentimiento fervoroso de los pueblos. Y este absolutismo se ejerce, no para formar una nacionalidad ó sostenerla; no para disciplinar una raza y dirigirla á sus destinos históricos, sino para salvar una fa-

milia. ¿Y qué familia? Una familia extranjera venida de extranjero suelo, y extraña eternamente á nuestra sangre y á nuestro carácter; una familia que en la guerra de la Independencia fué prostituida, cortesana de nuestros conquistadores; una familia cuyo manto real está teñido con la sangre de todos los patriotas y cuyo trono descansa sobre los huesos de legiones de mártires; una familia que nos lanzó por sus discordias personales en siete años de guerra civil donde murió la mitad de España degollada por la otra mitad; una familia que, despues de la guerra civil, no ha tenido con sus cándidos y heróicos salvadores relacion alguna sino por medio del verdugo.

Fin único, objeto único de la política del gobierno: conservar el trono de los Borbones. Para que este trono se conserve es necesario que la sociedad se disuelva. Al pié de este trono, altar de vampiros chorreando sangre, se han demolido la imprenta, la tribuna, la cátedra, los eternos altares de la civilizacion. Para que ese trono se conserve, los oradores deben callar, los escritores callar, los catedráticos dejar huérfanas las escuelas, y la juventud hacer de sus pensamientos generosos otros tantos séres abortivos. Para que ese trono se conserve es necesario que diez y seis millones de hombres, pertenecientes á una de las razas más ilustres de la historia, sean diez y seis millones de esclavos: conciencia libre y trono de los Borbones; seguridad doméstica y trono

de los Borbones; derechos individuales y trono de los Borbones son términos incompatibles. Una reina antojadiza en la cima de la sociedad; un pueblo con el esbirro á las puertas, la cadena al brazo, la conciencia suprimida; héahí cuanto pueden ofrecer al mundo los ínclitos varones que sometieron la fortuna y sojuzgaron la tierra.

Esto no puede continuar así. La dinastía ha de caer y caerá. Si en una sola frase quisiéramos calificar nuestro tiempo, diriamos que es el tiempo de la sustitucion de los poderes de orígen divino, de orígen histórico, por los poderes de orígen humano, de orígen popular. Inglaterra abre la marcha en esta nueva edad de la historia. Ella que es tan flexible, que á manera de los antiguos romanos conserva sus símbolos hieráticos de jurisprudencia y los anima con un nuevo progresivo espíritu; ella que ha unido la aristocracia y la democracia por séries de incomprensibles ficciones; ella que bajo los arcos góticos de sus privilegios feudales ve impasible correr las nuevas ideas de emancipacion universal, y reune el pensamiento libre con la iglesia oficial, la admision del pueblo á la vida política por medio de los meetings con el gobierno oligárquico de unas cuatrocientas familias que conservan todos los caractéres de la perpetuidad y sirven el retroceso; esa misma Inglaterra no ha sabido, no ha podido unir su libertad con su vieja dinastía. Todo fué hollado: los derechos de un niño legítimamente habido, el res-

peto á la autoridad real, á la fuerza de la tradicion, á las leyes; y los últimos Estuardos, despues de haber corrido errantes por la tierra, intentando en vano recobrar su corona, fueron á morir á esa ciudad, por cuyos pontífices se habian sacrificado, sin que les quedara de su dignidad otra cosa que un sepulcro en San Pedro, el panteon de todas las grandezas caidas.

Lo mismo sucede en Francia. Todo es posible, todo, en este pais donde las ideas tienen tan grande oleaje, y las instituciones tan poca consistencia, todo es posible ménos una cosa: la restauracion de los Borbones, de esos representantes de la antigua autoridad. El campesino francés, muy atrasado en materias políticas, tiene una conviccion, á saber: que nunca más volverán los Borbones. Cuando ve una flor de lis, se enfurece, como si viera la marca de su antigua servidumbre, de su antigua ignominia. En vano los curas de los campos las ponen nada ménos que en el sólio del Dios católico. Ni allí las respeta el pueblo. De allí las arranca prefiriendo ser sacrílego á ser infiel á los ódios que sus padres juraron á esa raza tres veces destronada por el pueblo. Lo mismo ha sucedido en Nápoles, en Parma ó Módena, en Toscana, en la nueva Alemania. Donde quiera que un pueblo aspira á la libertad, comienza por destruir su vieja dinastía. El monstruoso eclecticismo del Austria no durará mucho tiempo. Tantas y tan contínuas derrotas, la pérdida de Italia, la expul-

sion de Alemania, las dobles victorias de Prusia y Hungría, han podido aconsejar á la casa de los Hapsburgos una suprema eleccion entre la libertad y la muerte. Han preferido la libertad, como el reo prefiere la cadena perpétua al cadalso. Pero en cuanto vean una ocasion favorable, ya romperán esa cadena. Y el dilema se planteará como en los demás pueblos: los Hapsburgos matarán la libertad, ó la libertad á los Hapsburgos.

Hace tiempo que nosotros, españoles, debiéramos haber resuelto esta antinomía entre la antigua y la nueva sociedad. Hace tiempo que debiéramos haber expulsado á los Borbones del trono. A principios del siglo ya se mostró cuán profundamente incompatible era el genio de la dinastía con el genio del país. La forzada abdicacion de Cárlos IV no fué resultado de una intriga de córte, fué resultado del descrédito en que la dignidad real cayera entre el pueblo. No faltára un hijo á su padre, un súbdito á su rey, si no tuviera por cómplice á la nacion escandalizada de las complacencias de Cárlos IV con su mujer, y de la fortuna insolente de Godoy. Yo comprendo que en los dias de la guerra de la Independencia, los soldados desde sus campamentos, y los legisladores desde sus Córtes, invocáran á Fernando VII, como símbolo de la patria, puesto que por la muerte de todas las instituciones representativas, habiamos dejado personificarse á la patria en un hombre. Pero lo que no comprendo, lo que nunca he podido com-

BIBLIOTECA

prender en nuestra historia, es aquella debilidad de nuestros padres; cuando, reciente el perjurio de 1814, vivos aun los crímenes de Fernando VII, fresca la sangre de sus víctimas, descubierta la conspiracion de los tres años contra la Constitucion, presentes las extranjeras legiones que mancharon los lauros de la guerra de la Independencia, no destronaron pública y solemnemente al rey y su familia, no arrojaron su corona por encima de los muros de Cádiz á los piés del duque de Angulema, para que jamás hubiera sido posible una reconciliacion entre la libertad y los Borbones. Así, en las varias ocasiones en que los pueblos modernos han combatido á sus viejas dinastías, nosotros expulsáramos la nuestra, sin tener necesidad alguna de haber pasado por este largo dominio de la monarquía de Isabel II, que se resume en siete años de sacrificios para salvarla, para salvar la herencia del verdugo de Riego, del Empecinado, de Manzares y de Torrijos, á fin de que la furia imperecedera de Fernando VII vinculada en sus hijos, bebiese durante treinta años el resto de sangre liberal que aún quedaba en las venas de España.

Y lo peor es que hemos hecho de las victorias de esa raza abominable nuestras victorias, de sus héroes nuestros héroes, de los peldaños de su trono las piedras de nuestros altares, y de aquellos encuentros en que morian nuestros padres gritando «viva Isabel II» la leyenda de la libertad. Y este horrible

equívoco se ha conservado hasta nuestros mismos tiempos.

Y un dia que el pueblo ha tenido de victoria, un dia en que sus balas llegaron hasta la plaza de Palacio, ha bastado que se invocára el nombre del salvador de la reina, el recuerdo de la guerra civil, la cuna donde se han abrigado las serpientes, para que la revolucion volviera prontamente á calmarse; y las Córtes Constituyentes de nuevo fortificáran con su voto ese trono, dándole á manos llenas tesoros para que conspirase contra nuestra libertad; cual si las Córtes Constituyentes carecieran de ese instinto supremo de conservacion que tienen hasta los séres rudimentarios en las más bajas escalas de la vida.

Es necesario que este equívoco tremendo cese. Es necesario que las nuevas ideas tengan nuevas formas. Es necesario que si queremos ser una nacion y alcanzar la suprema dignidad de las naciones libres, convengamos todos en arrancar esa vieja dinastía que á todos nos deshonra. De otra suerte seremos siempre una raza errante por el desierto del destierro, sin la posibilidad de ejercer las más altas facultades de nuestra excelsa naturaleza; sin ninguna de las garantías individuales que son las firmes bases de la sociedad; manada de esclavos, que sólo sirva para enseñar á los pueblos cómo degeneran las razas más ilustres, cuando entregan su conciencia á una Iglesia intolerante y su voluntad á una monarquía absoluta.

La verdad es que no hay nadie en Europa, absolutamente nadie, que no toque la incompatibilidad completa entre la dinastía y la nacion. Toda Europa ha escuchado el ruido de los fusilamientos. Toda Europa ha visto llegar á sus hogares no sólamente los demócratas que siempre combatieron á Isabel II, sino los progresistas que tantas veces la han salvado, y despues de los progresistas los conservadores que acababan de pelear por ella en las calles de Madrid. Toda Europa ha visto con dolor que la enseñanza de la juventud ha sido entregada á un clero, cuyas doctrinas fueron la nube interpuesta ente el cielo y nuestros ojos, entre la verdad y nuestra conciencia. Toda Europa sabe que últimamente, catedráticos ilustres, cuya reputacion es universal, cuyos trabajos han impulsado las ciencias filosóficas y las ciencias históricas; aquellos que habian despertado el sentido de la juventud para que no se entregára al estúpido probabilismo de Balmes y á los místicos delirios de Donoso, y le habian abierto los horizontes infinitos del pensamiento libre, han sido arrancados de la cátedra, á pesar de su alejamiento de la política, sólo porque cultivaban la ciencia. Toda Europa sabe que una turba de energúmenos osa reclamar en pleno siglo XIX el restablecimiento de la Inquisicion. Y toda Europa; coincidiendo en esto con el pensamiento de España, ha destronado moralmente á los Borbones.

Es inútil, completamente inútil, insistir más so-

bre este punto, porque constituye la base de una conviccion universal en que todos los partidos se confunden. Afortunadamente, al lado de la reina y de su familia no existe ninguna de esas ramas menores que pudieran sustituirla. Afortunadamente, entre todos los Borbones, entre todos, ninguno se ha mantenido fiel á la libertad. Todos caen bajo el comun anatema de la nacion indignada. Y los que hoy son príncipes, mañana ni siquiera podrán aspirar á ser ciudadanos. O no habrá revolucion, ó la revolucion, sea el que quiera su promovedor, llegará necesariamente á este resultado: la caida de todos los Borbones.

Pero aquí entra la parte más grave y más difícil de la cuestion. ¿Una revolucion puede contentarse con tener bandera negativa? ¿Las revoluciones no son esencialmente afirmativas? ¿La esterilidad de tantos nobilísimos esfuerzos, no podria en parte explicarse por esta falta de una idea concreta, con que alimentar la revolucion; por esta falta de un principio seguro con que sustituir los viejos principios todos arruinados? No vacilamos en decirlo: el país se hubiera entregado con más seguridad á los reformadores, si viese en ellos una fórmula de gobierno con que sustituir el gobierno existente. No hay nada en el mundo que tenga instintos de salvacion tan poderosos como esos inmensos séres llamados colectividades sociales.

Impórtales bien poco, en verdad, sacrificar algu-

nos de sus indivíduos, que son como imperceptibles átomos en comparacion de su inmensa grandeza, si á costa de ese sacrificio consiguen su propia salvacion. Así se explica fácilmente que una religion muerta en todas las conciencias individuales se conserve largo tiempo en las alturas de la sociedad Así se explica que una fórmula de justicia universalmente admitida, tarde mucho tiempo en ser fórmula legal consagrada por los códigos. Así se explica que toda la iniciacion social necesite ser precedida, explicada, impuesta por un larguísimo apostolado, que se resuelve en un larguísimo martirio. Esta tendencia en que se apoyan los partidos conservadores y reaccionarios, debe ser contrastada por los partidos radicales con una activa propaganda de sus ideas. Formidable es en verdad la resistencia social. Pero hay un momento en que los pueblos parece como que se avivan; y su mirada penetra en los limbos del porvenir; y su accion toma una intensidad infinita; y por una especie de magnetismo ven la verdad de repente y la realizan en un dia. Este momento es el momento de las inspiraciones casi divinas, y de las victorias casi súbitas. Este momento es un minuto en el tiempo, pero es una eternidad por sus consecuencias. Este momento es el dia sublime de una revolucion verdadera.

Recuérdese la más alta ocasion de los tiempos modernos; el principio de la independencia y de la República en el Norte de América. Al preparar esta

grande resistencia, nadia creia ni en una separacion de la madre patria, ni en el establecimiento de una nueva forma de gobierno. Wasingthon mismo, el inmortal fundador de la democracia moderna, guardaba á la monarquía supersticioso culto, inspirado por su temperamento británico y su educacion aristocrática. Una mera cuestion de tributos se elevó á una inmensa cuestion de principios, y de una sencilla resistencia nació un nuevo mundo, una nueva sociedad; la declaracion de los derechos del hombre, es decir, una nueva alma en el género humano. El calor tropical de las revoluciones habia madurado en pocos dias el fruto que en tiempos normales hubiera necesitado muchos siglos. Y esta misma observacion se aplica á los defensores de la independencia, á los fundadores de la República en la América española no menos ilustres. Cuántos de ellos se imaginaban que la República pasaria como una tempestad por paises acostumbrados al régimen colonial. Cuántos al comenzar la guerra pedian con instancias que España les enviase sus degenerados príncipes, teniendo mas fé en la inteligencia de la misma monarquía derribada que en la virtud de sus recientes derechos de ciudadanos. Incalculable es la fuerza que tienen las sociedades; pero tambien es incalculable la intuicion que tienen las revoluciones y su febril actividad. Por eso los que han vivido en los siglos de renovacion social cuando atraviesan los pueblos para buscar otros he-

misferios, esas grandes líneas del tiempo, en alas de las ideas, con la fuerza impulsiva de la revolucion, pueden gloriarse de haber vivido muchos siglos en un solo dia.

Ahora bien: nádie cree en España posible que nos salvemos sin una revolucion. Hasta aquellos que más la temen, lo confiesan. Nadie cree posible una revolucion que no derribe la dinastía. Hasta los mismos Borbones lo declaran. ¿Qué vamos á sustituir á esta dinastía? Yo creo que tal es la primera cuestion, la cuestion esencialmente revolucionaria. Resolverla es tanto como resolver la mayor dificultad con que han tropezado hasta aquí nuestros esfuerzos. Nos hemos encerrado todos en una vaguedad infinita.

La voluntad de la nacion es una fórmula muy confusa. Esa voluntad de la nacion se compone de la suma de las voluntades individuales. Esas voluntades individuales se condensan en los partidos. ¿Qué piensan los partidos? No trato de decir la idea de aquel á que siempre he pertenecido. No tengo su autoridad, ni sus poderes. Dos años de destierro, dos años de incomunicacion, acaso hayan roto la comunidad de nuestros pensamientos. Pero voy á decir mi idea sin otro consejo que el de mi conciencia. Y dicha mi idea, descargaré mi alma de un peso. Y dejaré á los acontecimientos la palabra, seguro de que tarde ó temprano esta idea pasará de las regiones de la especulacion á las regiones de la realidad.

Los que pertenecemos á las escuelas radicales nos gloriamos de haber visto realizadas la mayor parte de nuestras previsiones. Dijo la escuela radical, que se aboliria la esclavitud en el Norte de América, y se ha abolido; dijo que la federacion saldria más fuerte de la prueba de una guerra, y más fuerte ha salido; dijo que el imperio de Méjico vendria estrepitosamente á tierra, y á tierra ha venido; dijo que la Prusia protestante venceria por la superioridad de sus ideas y de su táctica al Austria católica, y la ha vencido. No es mucho pues, que tengamos confianza en sus pronósticos respecto á España, pronósticos nacidos de su conocimiento profundo de las leyes sociales, y de su amor á la idea capital de nuestro siglo, á la libertad.

En cuanto se trata de la sustitucion al régimen actual, la mayoría de las gentes se pronuncia por la continuacion de la forma monárquica, dando dos razones en apariencia poderosas; el prestigio de la monarquía sobre los pueblos y el hábito de los pueblos á obedecerla. Nada diré de ese prestigio.

Despues de concluida la reconquista, la monarquía nos ha embrutecido y nos ha esclavizado. Esta institucion expulsó á nuestros comerciantes y á nuestros agricultores, quemó á nuestros filósofos, extendiendo el desierto sobre la tierra y la conciencia. Esa institucion arrojó su sombra de hielo sobre las grandes ideas científicas que brotaban en el alma del país á principios del siglo décimo-sexto y

nos llevó al vergonzoso cretinismo del Ente-Dilucidado, cuando el resto de Europa descubria el método de Descartes, el binomio de Newthon, el infinito de Leibnitz, las leyes de las armonías de Keplero. Esa institucion nos obligó á oponernos á todos los progresos del género humano; á la libertad del pensamiento en Alemania con los soldados de Inspruk, á la república de Holanda con los tercios de Flandes, al engrandecimiento de Inglaterra con la armada Invencible. Esa institucion mató lo que nuestros padres habian construido de más grande y de más respetable, las instituciones que habian inspirado la guerra de los siete siglos y el poema del Romancero; las instituciones, madres de los héroes de Italia, de los héroes de Oriente, de los héroes de América, las comunidades de Castilla, los justicias de Aragon y los conselleres de Cataluña. Esa institucion ni siquiera ha sabido darnos la unidad nacional, porque en este mismo dia tenemos separados del patrio suelo, á Portugal, que las brutalidades de nuestros monarcas nos arrancaron; y á Gibraltar que nos arrancaron sus discordias y sus sangrientas herencias. Esa institucion ha sido implantada por extranjeros, al principio de la Edad moderna, por los soldados de Cárlos V, y restaurada por extranjeros en nuestro siglo, por los cien mil hijos de San Luis. Si tanto es su prestigio ¿por qué se resume toda nuestra historia en guerra contra la monarquía? Levantamiento de Aranjuez contra Cárlos IV;

trabajo formidable de las Córtes de Cádiz para arrancar sus prerogativas al monarca y trasladarlas al pueblo; levantamiento de 1820 y tres años de desacatos á la monarquía; levantamientos parciales de Lacy, de Manzanares, de Torrijos contra Fernando VII; negativa á reconocer la ley sálica; expulsion de una rama de los Borbones por una ley de las Córtes; humillaciones impuestas á María Cristina y destruccion violenta de su regencia; guerra á muerte desde 1843, guerra cruentísima entre Isabel II y la nacion española; guerra que aún ha de traer mayores catástrofes, y que se ha de terminar por una expulsion definitiva de la dinastía. ¿Qué hay en todo esto? Para los que miran superficialmente las cosas, una série de causas segundas, pequeñas gotas de agua formando un rio; para los que ahondan profundamente en el cauce por donde corren los hechos históricos, una oposicion vivísima entre el trono y el pueblo.

En verdad no es la oposicion de ahora. Siempre hubo en España tierras donde la autoridad real llegaba muy difícilmente. Siempre hubo municipios que guardaron la levadura de nuestra vida esencialmente democrática. Siempre hubo allá en el Norte, en los desfiladeros del Pirineo, republicanos, cuyas comarcas se conservan «libres,» como decia uno de nuestros mejores poetas, «libres por siempre, de tiranos reyes.» Cuando las guerras de las comunidades, la idea de fundar una república cru-

zó mil veces por las almas de los Comuneros esencialmente democráticas. Cuando la guerra de Aragon, aconsejaba Antonio Perez á este fortísimo reino fundar un gobierno como el de Holanda. Durante la guerra de la Independencia, sin rey, convertimos España al espíritu democrático, nos aliamos con Inglaterra y desafiamos á Napoleon, y en cuantas ocasiones el país ha sido dueño de sus destinos, la idea de Junta central ha brotado, como por encanto, idea que ahogada en sangre, retoña cien veces en demostracion de la vitalidad del sentimiento republicano en nuestra patria.

¿Qué necesita este grande sentimiento? Necesita convertirse en idea, llegar hasta la conciencia del país.

Para eso existe el partido democrático, que ha sido siempre, en toda nuestra historia, en todas nuestras Asambleas, en toda nuestra prensa, cuyos servicios recogerán las edades futuras con veneracion; ha sido siempre esencialmente republicano. Por la república se decidieron los primeros órganos de nuestro partido en todas las épocas constitucionales. Por la república votaron nuestros representantes en la Asamblea de 1854 ante la faz del trono, todavía omnipotente. Por la república hemos trabajado en la nueva época de la prensa. Republicanos, y republicanos radicales, intransigentes, nos hemos llamado todos en aquellas gloriosas juntas en que, por medio de enseñanzas diarias, difundiamos nuestras ideas,

y por medio de poderosas organizaciones, las implantábamos vigorosamente, hasta en los más humildes pueblos de España.

Sobre este punto no cabe vacilacion alguna. Nosotros sabemos que los dias venturosos de la humanidad, los oasis felices de la historia se deben á las ciudades republicanas. Nosotros sabemos que el arte y la filosofía, esos dos celestes dones han sido el presente hecho á la humanidad por las repúblicas griegas. Nosotros sabemos que las instituciones republicanas dan carácteres como el de Camilo, como el de Cincinato; mientras las instituciones monárquicas, apenas han nacido cuando ya han engendrado los Tiberios y los Nerones. Nosotros sabemos que en la Edad media, la ciencia, la escultura, la pintura, la riqueza, el comercio, la letra de cambio vinieron de Venecia, de Florencia, de Pisa, de Génova, ciudades inspiradas, cuya historia es una estela de luz en el tiempo; ciudades inspiradas porque eran ciudades republicanas. Nosotros sabemos que el poder de Inglaterra data de su república, y de su república tambien la gloria humanitaria de Francia. Nosotros sabemos que Holanda fué el refugio del pensamiento libre en la Edad moderna, porque Holanda fué una república. Nosotros hemos visto la república al pié de los Alpes segar los abismos, convertir en jardines los desiertos de hielo, llenar los lagos con los productos del comercio, unir cuatro razas, en todas partes opuestas y enemigas, bajo el

amparo de la única nacionalidad europea, donde están garantidos los derechos fundamentales humanos y asegurada nuestra dignidad. Nosotros aquí desde estas riberas de Europa, cubiertas con tantas sombras, la entrevemos allá en los espacios inmensos de América, con el hacha del trabajo en la mano, abriendo selvas inexplorables, domeñando los mares, convirtiendo tres millones de esclavos en tres millones de hombres, asentando la paz más serena y la prosperidad mayor que han visto los siglos en la armonía perfecta de la libertad y la igualdad. Nosotros hemos visto que nuestras propias razas, mal servidas por el clima y mal iniciadas por el absolutismo, oscilando entre la anarquía y la dictadura á consecuencia de la educacion monástica y militar que nuestra monarquía les legara, jamás renuncian á lo que constituye su esencial ventaja sobre Europa, á lo que produce su cada dia más creciente riqueza, á lo que despierta la clara inteligencia de sus hijos, á lo que es su consuelo en la adversidad y su esperanza para lo porvenir; jamás renuncian á la república.

El trabajo titánico de nuestra civilizacion es realizar la idea de libertad y la idea de igualdad; asegurar el advenimiento del cuarto estado, del pueblo, de la democracia, á la vida pública. Pues bien: ese grande trabajo no puede cumplirse, no puede realizarse de ninguna manera sino en la república y por la república. Son absolutamente incompatibles

con estas grandes categorías de nuestra vida social esos poderes irresponsables, cuasi divinos, anteriores y superiores á la soberanía nacional, destinados á legar su orgullo, su soberbia, su corrupcion, sus preocupaciones, como un virus hereditario, de generacion en generacion y de siglo en siglo. No se puede educar una sociedad libre allí donde hay necesidad de sostener una porcion de dignidades vinculadas, de títulos hereditarios, de veneras pueriles, de aristocracias destinadas á rodear un trono, donde se asienta un mortal, creido en su engreimiento de que es superior á los demás mortales, y de que su inteligencia vale más, y su voluntad puede más, y su derecho pesa más que la inteligencia, y la voluntad, y el derecho del pueblo. Será esa una sociedad de cortesanos, de lacayos, de gentes acostumbradas á prodigar la lisonja y á doblar la rodilla ó la espina dorsal; pero no será una sociedad de ciudadanos.

Toda monarquía necesita una sancion con que defenderse de las leyes del pueblo; una aristocracia de que rodearse para impedir los embates constantes de la ideas democráticas; una Iglesia oficial que la ayude á envilecer y postrar las conciencias en la servidumbre; una centralizacion que lleve su nombre, su autoridad, sus empleados, sus agentes por todas las clases de la nacion, es decir, que toda monarquía necesita perpetuar los mismos males contra cuyo funesto influjo estamos desde principios del

siglo batallando; toda monarquía es radicalmente enemiga de toda democracia.

Y no basta que su orígen sea democrático, no basta. No se ha dado en la historia un orígen más democrático que el orígen de la monarquía de Luis Felipe. Su trono fué una barricada; su cúleo la pólvora que acababa de fundir en la frente de los Borbones la corona del derecho divino; su cuna el Hotel de Ville, la cuna de todas las revoluciones; sus fundadores Lafayette, el general del pueblo, Beranger, el cantor del pueblo, Laffite, el banquero del pueblo; su rey, su representante, el hijo del convencional, el soldado de Valmy y de Jemmampes, que, entre los acentos de la Marsellesa, habia combatido contra la coalicion de todos los reyes de Europa. Francia tuvo la ilusion de aquellos que imaginan compatible la libertad con la monarquía. Lafayette la presentó al pueblo condecorándola con el nombre de la mejor de las repúblicas. El abate Gregoire, que habia llamado á la historia de la monarquía el martirologio de los pueblos, lloró de placer á los noventa años, exclamando: «¿Será posible? Tenemos una república con rey.» A los dos años, ese rey-república se habia separado, no sólo de la democracia, sino del partido liberal. Y al poco tiempo, Thiers exclamaba que si la nueva dinastía no estaba destinada sino á perpetuar los errores políticos y el gobierno arbitrario de la antigua, bien pudo haberlo anunciado en los tres dias de Julio. Eso no lo

anuncian los candidatos: ántes juran respetar todas las libertades. Eso lo preveen los repúblicos y lo evitan los partidos. Las nuevas monarquías pagan á los héroes del pueblo que les entregan coronas como la de Nápoles, con dias como los de Aspromonte y de Mentana. ¡Oh! No queremos, no, la vieja maldad monárquica, rejuvenecida con la infusion de la sangre democrática, para que luego nos esclavice y nos fusile.

Pero imposible es comprender cómo se propone gravemente la solucion monárquica, sin tener á mano un monarca. La monarquía es una institucion esencialmente personal. Antes de decretarla es necesario escoger la persona que la represente. Y esta persona, en verdad, no ha de ser un ciudadano cualquiera, uno de esos simples mortales como Washington, como Monroe, como Lincoln, como Bolivar, que escogen las repúblicas para conferirles la presidencia; ha de ser un hombre de esa sangre divina que necesita para circular un presupuesto de cincuenta ó sesenta millones: ha de ser una persona que tenga altura bastante para que todos miremos desde el polvo, como el Espíritu Santo bate sus alas sobre la corona cuajada de diamantes, si quier sean esos diamantes lágrimas y gotas de sudor de los pueblos amasadas y petrificadas sobre una sola cabeza. El nuevo monarca ha de provenir: ó de un ciudadano que sea tan ilustre como Napoleon, ó de un príncipe de la familia expulsada que sea tan hábil como

Luis Felipe, ó de una combinacion diplomática como la que puso á la cabeza de Bélgica un rey protestante, á la cabeza de Méjico un emperador austriaco, á la cabeza del reino de Grecia un príncipe venido de las regiones hiperbóreas, de los hielos eternos.

Pues bien: ninguna de estas soluciones, ninguna es posible en España. No hay ningun ciudadano que pueda aspirar á ser rey. No hay dentro de la familia real ningun príncipe que pueda sustituirla, como Felipe de Orleans sustituyó á su tio Cárlos X, y Guillermo d'Orange á su suegro Jacobo II.

El infante D. Enrique pudo un dia ser este príncipe, cuando estaba en el auge de su popularidad. Pero perdió toda posibilidad en el momento mismo en que firmó su contra-protesta. Del duque de Montpensier no hablemos. Es un acto de burdo maquiavelismo su destierro. Cualquiera diria que el Gobierno trataba, desterrándolo, de prestar alguna fuerza á esa candidatura insensata. Su reinado sería tan impopular como fué su matrimonio. En su palacio de Sevilla ha permanecido ajeno al movimiento de nuestras ideas, ignorante de nuestra política, cual si habitára en otro planeta.

Luego nos ha ofendido, ha ofendido nuestra dignidad y nuestro sentido comun, tomando la superficie por el fondo del pais, yendo á las procesiones, como si no estuviéramos hartos de príncipes aficionados á procesiones desde Cárlos II hasta Isabel II:

creido estúpidamente de que nosotros somos todavía un pueblo de frailes é inquisidores, y por consiguiente de que el cirio se le iba á convertir entre las manos en un cetro. Nadie crea que España se vista con los desechos de Francia. Su mujer no podria presentarnos otro derecho que ser hija de Fernando VII. Y no faltaba más sino que despues de haber sufrido treinta años de dominacion de Fernando VII de Borbon; ocho años de regencia de Maria Cristina de Borbon; veinticinco años de gobierno de Isabel II de Borbon, fuéramos ahora á consentir un nuevo ensayo de despotismo borbónico con una princesa que ninguna prueba ha dado de afeccion á las instituciones modernas sino su orgullo, mayor todavía que el orgullo de su hermana. La candidatura de Montpensier es puramente fantástica. No queda, pues, sustitucion alguna posible dentro de España: no hay monarca, no puede haber monarquía.

¿Podriamos acaso aceptar un príncipe extranjero proviniente de una combinacion diplomática? Imposible, completamente imposible. ¿Creeis nuestra España un pais tan desgraciado como Grecia? ¿Creeis que su altivez recibiria un príncipe impuesto por una artimaña diplomática? Lo que no pudieron las bayonetas de Napoleon, no lo podrán todos los diplomáticos del mundo. En España se debe contar, lo mismo para fundar un gobierno que para establecer un derecho, con el pueblo. Y una de las cualidades más arraigadas en este pueblo es su altivez y

sentimiento de independencia. Un pueblo que ha preferido la tiranía nacida en su seno, á la libertad llevada por extranjeros, jamás podria aceptar, jamás, un príncipe hechura de la diplomacia europea. Bastaba su carácter y su orígen para que el pueblo no lo admitiese; y en caso de admitirlo por un instante, para que esa monarquía naciera muerta.

No hablemos de los reyes de Portugal. Hubo un dia en que se les creyó capaces de imitar el ejemplo de Victor Manuel, capaces de convertir el Portugal en el Piamonte de la península ibérica. Una larga série de desengaños ha venido á imposibilitar esa solucion. Parece que han aguardado los reyes de Portugal á que los liberales se hallaran fuera de la Península para estrechar sus relaciones con la córte de España. Los verdugos que nos perseguian y nos asesinaban reciben cruces y distinciones de manos del monarca redentor. Los beatos que aplicaban las velas de Sor Patrocinio y del nuncio á las hogueras de una inquisicion moral, son recibidos en palmas y agasajados por ese mismo gobierno que deporta ó expulsa á los defensores de la libertad en la Península. Isabel II fué á pasear sus sangrientas victorias por Lisboa, y esos monarcas propuestos por algunos como salvadores, se constituyeron torpemente en cortesanos. Cuando el levantamiento último, parecian ellos tambien fugitivos en su viaje á Lisboa.

Sería el colmo de la insensatez aceptar una dinastía que empieza ya á vacilar; una dinastía que

sólo se ha distinguido por su incapacidad política respecto á España, por sus complacencias serviles con Isabel II, por su incapacidad administrativa respecto á Portugal. Nuestra revolucion llega en momentos no de entusiasmo, no de fe, sino de antipatía, de repugnancia por las anexiones monárquicas, gracias á los tristes resultados de Italia y á las violencias de Prusia. No se trata tanto de una patria muy grande como de una patria muy libre. Nada importa que tengamos mucha tierra, si en esa tierra no hay espacio para nuestro hogar, ni aire para recoger el eco de nuestro pensamiento. Importa poco la magnitud del calabozo si al cabo somos un país esclavo. Suiza es la menor de las naciones por su territorio, la mayor por su libertad. No hay ninguna alma elevada que no desee tener derecho de ciudadanía en el hermoso espacio donde se halla consagrada la dignidad del hombre. Además, la anexion es impopular, muy impopular en Portugal. Ya saben los portugueses que ganan muy poco perdiéndose en un grande imperio militar. Su resistencia nos obligaria á una intervencion armada. Y una intervencion armada nos obligaria á sostener uno de esos monstruosos ejércitos, como el de Francia ó el de Prusia, que fuera una amenaza constante sobre la libertad y un gravámen onerosísimo sobre el presupuesto. Yo deseo la unidad de la patria, la reinstalacion de todos sus Estados en la antigua autonomía, la union de portugueses y españoles bajo

una misma forma de gobierno; pero sé que no podremos atraernos á Portugal sino por el ejemplo magnífico de una gran libertad interior, y no podremos unirnos con Portugal sino bajo el régimen ámplio de una república federativa.

Esta clase de república es la que á nuestro país conviene. Las repúblicas unitarias se hallan muy abocadas á la dictadura. El poder central tiene una fuerza excesiva que le asemeja mucho á la monarquía. No hay en el seno de las repúblicas unitarias tantas fuerzas de resistencia al poder como en el seno de las repúblicas federales. Federalizándose los Estados-Unidos se han salvado de la dictadura, y Suiza de la funesta atraccion de las monarquías europeas. En las condiciones actuales no se puede crear una libertad completa sino creando una descentralizacion muy ámplia; y no hay descentralizacion ámplia sino en el seno de las federaciones.

Por esta forma de gobierno realizariamos la ley suprema del universo en la sociedad: la ley de la unidad en la variedad. Por esta forma de gobierno reduciriamos el Estado á sus funciones esenciales de asegurar la existencia de todos los derechos. Nuestra historia es federal. Cada uno de nuestros antiguos reinos tiene su carácter, su raza, sus tradiciones propias. Cada uno de ellos separado ha escrito una historia que es una epopeya. Asturias ha comenzado con sus fuertes montañeses la reconquista, y ha echado las bases de la patria. Leon ha sembra-

do en los surcos empapados con la sangre de nuestros pueblos las semillas del glorioso régimen municipal. Las provincias vascas han sido repúblicas libres, fuertes y eternas como sus montañas. Galicia ha rechazado á los normandos y ha contribuido poderosamente á la reconquista de Portugal. Castilla ha puesto la cruz que remata los tiempos de la Edad media en las torres bermejas de la Alhambra. Los navegantes andaluces guiados por Colon han descubierto el Nuevo-Mundo y los grandes guerreros extremeños lo han conquistado. Navarra ha sido un escudo eterno contra las invasiones de Francia. Los aragoneses han grabado sus barras en las puertas hieráticas del Asia. Los catalanes han conquistado el Mediodía de Italia y han puesto su trabajo y su comercio tan alto como el trabajo y el comercio de Pisa, de Génova y de Venecia. Todas estas maravillas han nacido de la rica variedad de nuestras instituciones y de nuestra vida. Tal variedad no ha dañado en nada, absolutamente en nada á la unidad de la patria. Jamás se ha dado el caso de que una de nuestras provincias pidiera auxilio extranjero contra las otras. Cuando con Carlo-Magno ha venido á socorrernos contra nuestra voluntad, los montañeses navarros han mostrado en los desfiladeros de Roncesvalles, que España se basta á sí misma para redimirse y para salvarse.

A pesar de la variedad de nuestra vida, juntos y unidos hemos estado en todos los trances supremos

de la historia: juntos en Calatañazor, juntos en las Navas, juntos en Lepanto, juntos en la gloriosa guerra de la Independencia. Y esto ha provenido de que nuestro régimen municipal, aquel glorioso régimen cuyas huellas se ven todavía en los monumentos de Toledo, en los libros de Medina, en los recuerdos de Búrgos, en los tribunales populares de Valencia; nuestro régimen municipal supo crear ciudadanos y darnos con el sentimiento de la libertad individual, la idea de la independencia, de la patria. Por eso en ninguna parte la variedad ha sido tan rica, ni la unidad tan fuerte.

Debemos, pues, aspirar á estas categorías supremas de la vida social.

Primero, á tener asegurados para el indivíduo todos los derechos que son condiciones esenciales de su existencia; desde la libertad del pensamiento hasta la libertad de asociacion.

Despues, á tener asegurada la integridad del municipio con un ayuntamiento nacido del sufragio universal y responsable ante el pueblo.

Despues, la integridad de la provincia, ó mejor dicho de cada Estado federal, por un gobierno y una Asamblea levantados en las condiciones más ámplias y más radicales de derecho.

Por último, un estado central que se consagre á conservar y á defender la unidad de la patria, manteniendo en sus derechos así los indivíduos como las grandes personalidades sociales.

Y de esta suerte realizaríamos el bello ideal de todo gobierno, constituyendo una sociedad fuerte, en que estuviera completamente asegurada la libertad de cada uno y la igualdad de todos. Este es el único régimen que nos conviene completamente, no sólo por ser derivado de las ideas más justas, sino por ser el más indispensable para conservar la union nacional con las Provincias Vascongadas y realizarla en el más breve plazo posible con Portugal, á fin de que no haya en las varias regiones de la Península, ni una sombra, ni una mancha de monarquía.

Resumamos. Las violencias de arriba y los sufrimientos de abajo han llegado á tal extremo, que los partidos conservadores han tenido que rebelarse. Y para rebelarse tienen que atravesar el oleaje de las ideas revolucionarias. No se puede navegar en seco. Y ese oleaje está henchido por una afirmacion soberana: la república. Unámonos en esta afirmacion y veremos prevalecer nuestra idea, porque ninguno de los monárquicos en la revolucion comprometidos, desde los progresistas hasta los conservadores, tienen rey que sustituir á la dinastía amenazada, ni idea que oponer á la victoria de la república. Y estemos seguros de que el triunfo definitivo es para las ideas.

Así llegaremos á realizar el programa estudiado por los grandes propagadores de nuestras doctrinas, y escrito con caractéres indelebles en la mente del

pueblo. Así llegaremos á la libertad religiosa, á la libertad científica, á la libertad política, á la libertad económica, al sufragio universal, á la igualdad de todos en el derecho, al renacimiento de nuestras provincias y de nuestros municipios, á una administracion racional basada en un presupuesto muy sencillo, á la definitiva separacion entre la Iglesia y el Estado, á la autonomía de nuestras colonias trasformadas en pueblos libres y unidas por lazos federales con la patria, á la extincion de la esclavitud, esa llaga pustulenta que mancha y pudre una parte considerable del territorio nacional, á un gobierno que nazca de todos y sea responsable ante todos; al establecimiento de la más pura y la más gloriosa de las democracias, á la resurreccion de esa patria, cuya imágen no se aparta un momento de nuestra memoria, cuyo amor no se entibia nunca en nuestros corazones, y á la cual sólamente le pediremos y le aceptaremos cuando sea libre, el título de ciudadanos, para respirar su aire, ver su cielo, vivir entre sus hijos que son nuestros hermanos, y descansar mañana en la tierra donde descansan los huesos de nuestros padres.

INSTALACION

DEL COMITÉ REPUBLICANO DE MADRID.

—

Señores: Por fin llegamos á esta tribuna como náufragos á playas amigas. (Ruidosos aplausos; vivísimas aclamaciones al orador, que se prolongan por algunos momentos.) Yo quisiera que moderáseis vuestro entusiasmo y ejerciérais el derecho de reunion tranquilamente, con aquella serena majestad propia de los pueblos libres, y dignos de conservar sus libertades. (Voces: Sí, sí.) El ejemplo que dais paréceme admirable; y el mundo aprende en estas reuniones pacíficas las ventajas de la libertad sobre la tiranía para dirigir sosegadamente las naciones á sus destinos históricos. (Bien, bien.)

Señores: tras largo período de combate, ha consumado España una revolucion que devuelve sus hogares á los emigrados, es decir, la vida á estos muertos, la luz á estos ciegos, la palabra á estos mudos; y devolviéndoles vida, luz, y sobre todo, palabra, les exige en cambio que digan la verdad á sus con-

ciudadanos. Gratitud al ejército, cuyas bayonetas se han oxidado en nuestras ideas; gratitud á la marina, cuya voz, levantándose como una oracion del seno de las ondas, ha desarmado la cólera de Dios; gratitud á los héroes de Cádiz, de Alicante, de Alcoy, de Santander, de Béjar, de tantos pueblos como han corrido al combate á sellar su fé con su martirio; gratitud á los conspiradores y á los caudillos que nos han traido á este supremo instante de practicar todas las libertades y marchar soberanamente hácia nuestro porvenir; gratitud á todos, pero decision irrevocable de no dejarnos cegar por el agradecimiento, hasta ser ingratos con la humanidad y con la patria. (Frenéticos aplausos y prolongadas aclamaciones.)

Señores: no volveré la vista atrás, no me acordaré de los vencidos. (Bien, bien.) Nunca me perdonaria á mí mismo, si una palabra dura, si una frase ágria llevase á su destierro los dolores que sus sentencias y sus insultos derramaron sobre el nuestro, partiendo en mil pedazos el corazon, que se creia herido, no por aquellos gobiernos, sino por esta España, tan amada, y que tanto deber tenia de recordar la rectitud de nuestras intenciones, la pureza de nuestra conciencia. (Profunda sensacion.) Pero no me llamareis severo si digo esta única frase: es necesario que los caidos tan justamente del trono español, jamás vuelvan á levantarse; es necesario evitar á toda costa restauraciones que serian deshonro-

sas sobre ser sangrientas. (Gritos unánimes: Sí, sí.)

La caida de los Borbones ciertamente no significa desahogos de antiguos rencores ó impaciencia en el país por cambiar de amos. (Risas y aprobacion general.) La caida de los Borbones significa la caida de la tradicion extranjera que levantó los cadalsos de Padilla y Lanuza, que bombardeó los hogares de Barcelona y de Játiva; la caida de las instituciones abominables que nos tenian separados del mundo en la máquina pneumática de las cofradías y de los conventos; la caida de la iglesia intolerante que iluminaba sus altares con las pavesas de la Inquisicion; la caida de los tribunales amovibles á voluntad del gobierno, donde los jueces, que deben ser sagrados como depositarios de nuestra fortuna y de nuestra honra, se convertian forzosamente en cortesanos; la caida del régimen excepcional y de los consejos de guerra, así en la Península como en los Estados de Ultramar; la caida de los alcaldes-corregidores, que oprimian, saqueban á los pueblos grandes, y de los alcaldes de superior nombramiento, que oprimian, saqueaban á los pueblos pequeños; la caida de esos presupuestos monstruosos, que convierten Madrid en una ciudad de pretendientes y la vida pública en una agencia de empleos; la caida de los censores de teatros y de novelas que ahogan el arte; de los censores eclesiásticos que ahogan la ciencia; de los reclutadores de quintos que perturban las familias; de los negreros que azo-

tan con su látigo la radiante faz de nuestro siglo. (Frenéticos aplausos; vivísimas aclamaciones, que interrumpen algunos momentos al orador.) La caida, ó mejor dicho, la estirpacion de los gusanos que aun pululan sobre el cadáver de la monarquía. (Frenéticos y redoblados aplausos.)

Pero tengamos calma. Refrenad vosotros y refrenaré yo tambien el entusiasmo. Tratemos las cuestiones con la severidad propia del ministerio que vamos á desempeñar, y del fin glorioso que vamos á cumplir. Las grandes revoluciones, despues de la fundacion del imperio francés, eran revoluciones oficiales y no revoluciones populares; se dirigian á extender el dominio de algunos reyes á costa de otros, y no á extender los dominios de la conciencia humana para asegurar el derecho de todos. Los clubs de estas revoluciones conservadoras eran los gabinetes de la diplomacia; los tribunos eran los gobiernos. Parecia ya definitivamente consagrado este hecho perturbador de las leyes históricas; parecia consagrado el hecho de las revoluciones oficiales, apoyadas en poderes organizados, como la revolucion territorial de Italia se apoyó en el Piamonte, y el Piamonte en Francia; como la revolucion territorial de Alemania se apoyó en Prusia, y Prusia en el fusil aguja. El mundo habia llegado á creer que los reyes disponian á su arbitrio hasta del huracan de las revoluciones; el mundo habia llegado á creer que los pueblos se hallaban faltos de esa

inspiracion que da á algunos momentos supremos la trascendencia de siglos; el mundo habia llegado á creer que los dias del génesis político eran pasados, y que la fuerza creadora se habia perdido en las entrañas de la sociedad; cuando esta nuestra España, que ha torcido la turbia corriente de los hechos tantas veces hácia regiones más limpias y serenas; esta España que venció al génio de la conquista en la guerra de la Independencia; cuando los pueblos se creian nacidos para ser conquistados; que desconcertó el año veinte á la Santa Alianza cuando todas las naciones se hallaban como hechizadas por las fórmulas teocráticas de los poderes del Norte; que entregó las tablas de su ley, el código democrático de 1812, á Cerdeña y á las Dos-Sicilias, cuando parecian como muertas; que resucitó con su voz, conducida de gente en gente por el oleaje del Mediterráneo, á Grecia, la Sibila del antiguo mundo; esta España, decia, tan extraordinaria por sus largos desfallecimientos, como por su milagroso despertar; levántase en medio de la presente suprema angustia que tiene como postrada y asmática á nuestra generacion, en medio de esta noche donde sólo se oye la marcha sigilosa de dos ejércitos próximos á degollarse en las orillas del Rhin por los mútuos caprichos de sus déspotas; y lanzando un rayo de muerte sobre los opresores, un rayo de luz sobre los oprimidos, conmueve á todos los pueblos encadenados, que la bendicen y la señalan por su ideal y su

esperanza. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Pero no nos engañemos. Si despues de haber admirado al mundo con el esfuerzo de la revolucion, no sabemos admirarlo con las reformas de la revolucion, el mundo nos tomará por una raza muy capaz de conquistar la libertad por su sobra de valor, pero muy incapaz de conservarla por su falta de inteligencia; una raza con mucha sangre en las venas que ofrecer el dia del combate, y con pocas ideas en la mente que ofrecer el dia de la victoria. (Bien, bien.) Y como este juicio sería inmerecido, tratándose de un país que ama profundamente las ideas, precisa que no nos contentemos con haber consumado una revolucion, sino que la concluyamos, deduciendo de ella toda la série lógica de sus consecuencias.

Situacion única en la historia. Yo subo con mi pensamiento las épocas más remotas, y no la encuentro igual, sobre todo en los grandes pueblos. Siempre, cuando un pueblo ha derribado su forma de gobierno la ha sustituido con otra, ó ha indicado cuando ménos cuál deberia sustituirla. Pero una sociedad que deshace una forma ya gastada y no le sustituye otra; que derriba una monarquía envejecida y no busca inmediatamente otra monarquía más jóven; que se detiene un momento, á fin de rehacer su pacto social, inspirándose, como en su númen divino, en todas las libertades, ejerciendo, como si fueran leyes antiguas, todos sus recientes

derechos; una sociedad así, con este órden perfecto, despues de tan largo cautiverio, con esta seguridad en su justicia, despues de haber apelado tantas veces á la fuerza, como diciendo que nadie será osado á usurparle su soberanía; una sociedad en tan extraña, pero en tan bella situacion para salvarse á sí misma, es hoy el orgullo de sus hijos, y será mañana la maestra del mundo. (Bien, bien.) Por eso yo comprendo que los Estados-Unidos, tan idealistas y tan positivos; los Estados-Unidos que tienen del normando el amor á la tempestad, del sajon el sentido práctico, y del griego el culto á las artes; pueblo de trabajadores que con su arado desbroza los bosques, y con sus ideas las conciencias; los Estados-Unidos se hayan deslumbrado al ver surgir desde aquella tierra de los prodigios sobre esta tierra de los muertos, como inesperada luz en medio de oscura noche, el espíritu de la libertad. (Vivas aclamaciones.)

Precisa que tengamos para corresponder á esta situacion extraordinaria grandes ideas, porque las grandes ideas son las almas de los grandes hechos. En España nunca nos curamos de la manía coalicionista, que perturba la política y que confunde las lenguas. Nos ponemos muchos partidos á tirar de una revolucion para impulsarla; inútil trabajo, como si muchos ejércitos se pusieran á tirar de una locomotora y un tren. Apartaos; encended una idea, aplicádsela á la revolucion, y la vereis devorar el

espacio; porque la idea es para las revoluciones como el vapor para las locomotoras. (Aplausos.) Puesto que necesitamos grandes ideas, empecemos por considerarnos en la humanidad y como parte integrante de la humanidad. Tengamos una política exterior que sea verdaderamente humanitaria. El mayor bien que podemos hacer al género humano es fundar la libertad. Los pueblos son solidarios, y cuando alguno de ellos realiza un progreso, todos, en mayor ó menor grado, participan de ese progreso. El mundo nos seguirá si dejamos de ser una fuerza monárquica y somos una fuerza democrática. El mundo nos seguirá, sobre todo, si despues de haber tenido valor para expulsar á un rey, tenemos otro valor todavía más digno, el valor de no sustituirlo por otro... (Ruidosos aplausos, vivas aclamaciones que interrumpen por algunos momentos al orador.)

El ejemplo de nuestra libertad: he aquí, señores, el gran bien que podemos, que debemos, que necesitamos hacer al mundo. Pero hecho esto, nada más, absolutamente nada más. La política monárquica, pródiga de la sangre española, que tenia por vil sangre de esclavos, reincorporaba á la corona la isla de Santo Domingo, como si no fuera el hecho capital de nuestro siglo la independencia de América; intervenia en Méjico, de donde nos salvó un grande acto de política, un grande acto de prudencia; (Bien, bien.) pugnaba por arras-

trarnos á las complicaciones gravísimas de los proyectos bonapartistas, para que diesen el resultado mismo que á principios del siglo: un peligro para nuestra nacionalidad, una deshonra para nuestro nombre; y soñaba, por último, con ir á Roma, intervenir en Roma, para sostener la clave de todas las injusticias, la teocracia; y para clavar nuestras bayonetas en el corazon de un pueblo resucitado, en el corazon de Italia, matando así la libertad en todas partes, envolviéndonos así en nubes de errores, henchidos por evaporaciones de sangre: que España era entonces un miembro podrido, capaz de podrir á toda la tierra; un cuerpo gangrenado, capaz de gangrenar á toda la humanidad. (Estrepitosos aplausos.)

Pero hoy nuestra política extranjera debe ser política de neutralidad, política de apartamiento de todas las luchas europeas. Nada de alianza de Francia contra Prusia. ¿Qué nos importa el césar francés? (Bien, bien.) ¿Qué vale hoy el césar francés? (Voces: Nada, nada.) Teneis razon. Le hemos tomado el pulso..... y sabemos que está muy débil; le hemos tomado el pulso, y sabemos que está muy enfermo. (Los aplausos, las aclamaciones, las muestras de entusiasmo, interrumpen largo tiempo al orador.)

Tenemos aquí (señalando á su izquierda) oradores insignes, constituyentes ilustres, legisladores del inmortal pueblo francés, víctimas de las

tiranías del César; y les ofrezco y les presento, como un consuelo para sus corazones, los deseos de los vuestros y el eco de esos aplausos. (Muchas voces: Sí, sí.) Pues siguiendo el hilo de mi discurso, os decia que nos importaba poco el césar de Francia, y ahora os digo que nos importa ménos el rey de Prusia. Desconfiemos de toda complicacion en las cuestiones europeas, y reduzcámonos á desarrollar nuestra propia libertad. Nada de alianzas con Prusia contra Francia. Nada de alianzas con Francia contra Prusia. Nada de alianzas con Rusia contra Inglaterra. Nada de alianzas con Inglaterra contra Rusia. Nuestro ministerio en la política europea debe reducirse á impedir moralmente la intervencion de las potencias tiránicas en los pueblos emancipados, y á proclamar como de mútuo deber para todos ese principio de no intervencion. En cuanto á nosotros, nada tenemos que temer. En mis viajes por Europa, cuando yo veia Francia obligada á sostener un millon de hombres para impedir como el antiguo imperio romano las irrupciones germánicas; Italia inquieta con los austriacos todavía en el Tirol, y los franceses todavía en Civitta-Vechia; Alemania opresa entre el imperio francés que penetra en su territorio por Alsacia, y el imperio ruso que penetra en su territorio por el Báltico; los pueblos helvéticos amenazados por las tres razas que los rodean como débil esquife por un fuerte oleaje; los pueblos escandinavos temblan-

do bajo las amenazas de dias como los dias de Atila, de catástrofes como las antiguas invasiones tártaras; contemplaba con orgullo la fuerza de esta nuestra España, que se halla guarecida contra todo ataque por el Pirineo, y que tiene sobre el Pirineo como una coraza de fuego el génio de los héroes del Bruch y de Bailen, de los mártires de Zaragoza y de Gerona. (Grandes, extraordinarios aplausos.)

Y no digo esto al aire. Lo digo para el momento en que trate la cuestion de forma de gobierno. España es dueña de sus destinos. España puede escoger el gobierno que le convenga. España puede fundar una república radical. Y si tiene el mal gusto de levantar un trono, España puede construirlo como le convenga, y sentar en ese trono hasta al emperador de Marruecos. (Risas y aplausos.) Sólo una diplomacia asustadiza y miope, sólo una diplomacia vieja y petrificada en errores funestísimos, puede temer hoy al extranjero. (Entusiastas aplausos.) Nos defiende nuestra geografía; nos defienden nuestras montañas y nuestros mares; nos defiende la reputacion proverbial que tenemos de valientes en el mundo; nos defiende la epopeya de los siete siglos; nos defiende la imágen del Cid, que se dibuja en todas las literaturas; nos defiende la sobriedad espartana de nuestro ejército; nos defiende el recuerdo de que la guerra de España derribó á Napoleon del trono, el recuerdo de que la intervencion en España hirió mortalmente á los Borbones, el recuerdo

de que los matrimonios españoles arrastraron hácia el abismo á Luis Felipe, y la seguridad que tiene el césar de que difícilmente podrá estancar la sangre que nosotros, y si no nosotros nuestros hijos, nuestros hermanos de América, le hemos hecho verter con la retirada de Méjico, por heridas mortales para la autoridad y para la fuerza de su imperio. (Grandes y prolongados aplausos.)

Resumamos. Política europea: ejemplo de libertad dado al mundo; principio de no intervencion sostenido diplomáticamente para evitar que los tiranos ahoguen á los pueblos emancipados; demostracion de este propósito no dejándonos dominar por nadie, puesto que somos la nacion mejor configurada de Europa, la más segura de las naciones continentales y la más firme sobre sus seculares fundamentos. (Bien, bien.)

Pero España no es sólamente una potencia europea; es tambien una potencia americana. Tenemos precedentes históricos que nos asegurarán eternamente este carácter. En la época del Renacimiento, en esa época sólo comparable á la florescencia de Grecia, cuando cada pueblo traia un tributo al tesoro de la humanidad: Alemania la nueva religion, la religion individualista de la conciencia libre con Lutero y con Melancthon; Francia la nueva filosofía, la filosofía democrática del sentido comun, con Rabellais y con Montaine; Italia el nuevo arte de la humanidad, que reconciliaba las dos edades de la

historia y unia el espíritu infinito del cristianismo con las perfectas formas clásicas, por medio de Buonorrati y Rafael; los españoles, nosotros, los grandes guerreros y los grandes navegantes de la tierra, arrancábamos al Atlántico su secreto, regalábamos al planeta un nuevo paraiso, y traíamos para completar la renovacion de las ideas otra renovacion de la naturaleza con el descubrimiento de América. (Aplausos.) Desde entonces, los pueblos americanos, sin exceptuar los Estados-Unidos, son pueblos españoles, porque España los sacó del limbo de su aislamiento y los entregó á la vida de la humanidad. El más ilustre de los diplomáticos anglo-americanos lo ha dicho al mundo. España será eternamente, aunque no tuviera una pulgada de tierra en América, España será eternamente una potencia americana. (Profunda sensacion.)

Reduzcamos, señores, á fórmulas nuestra política en América.

Primera. Abolicion inmediata de la esclavitud para que nos presentemos en el Congreso de aquellos pueblos con el timbre de esas cadenas rotas. (Frenéticos aplausos.)

Segunda. Autonomía de las islas de Puerto-Rico y Cuba, que tendrán Parlamento propio, administracion propia, gobierno propio, y un lazo federal que las una á España, como el Canadá está unido á Inglaterra, para que fundemos de esta suerte la libertad de aquellos Estados, y conservemos la inte-

gridad del territorio nacional. (Muestras generales de asentimiento.) Quiero que las islas de Cuba y Puerto-Rico sean nuestras hermanas, y no quiero que sean Polonias trasatlánticas. (Grandes aplausos.

Tercera. Reconocimiento sin reservas y sin ambajes de que el hecho capital de nuestro siglo es el hecho de la independencia de América enseñada á los héroes de aquellos países por los héroes de nuestra propia independencia. (Aplausos.)

Cuarta. Reconocimiento de que la forma republicana, es la forma de gobierno propia de América, y renuncia á todos los sueños insensatos de restauraciones monárquicas.

Quinta. Inmediato, pronto reconocimiento de todos los países hispano-americanos, cuya independencia no hayamos aun reconocido y arreglo amistoso de todas nuestras diferencias con aquellos pueblos donde todos los españoles tenemos una patria, todos los españoles tenemos un hogar, todos los españoles tenemos hermanos que sienten el hervor de nuestra sangre en las venas, y que dan forma á su pensamiento en nuestra sonora lengua. (Aplausos.)

Sexta. Especialísimo y cordial reconocimiento de la república mejicana, cuyo jefe es el modelo del magistrado civil, y el salvador de la democracia, y el juez severo que ha imposibilitado la resurreccion de la monarquía en América. (Aplausos redoblados.)

Sétima. Paz pronta, inmediata con las repúblicas del Pacífico.

Octava. Apoyo moral en lo porvenir á una federacion de repúblicas españolas.

Novena. Aspiracion constante por una política interior muy democrática, por una armonía entre nuestras instituciones y las instituciones americanas, á representar los intereses de esos pueblos, á ser su voz en los consejos de Europa, con lo cual España tendrá el más hermoso ministerio de la historia moderna; el de ser por relaciones morales, mediadora entre el viejo y nuevo mundo. (Aplausos.)

Despues de haber considerado España en la humanidad, considerémosla en otra esfera altísima; y tratemos la cuestion más importante, la cuestion más trascendental; tratemos la cuestion religiosa. (Profunda atencion) No diré, señores, lo que pienso del papa, del catolicismo, del protestantismo, de todas las religiones reveladas; no lo diré, aunque pudiera libremente decirlo, no lo diré por altas razones de patriotismo, por altísimas razones de prudencia. (Bien, bien.) Pero sí diré, con la franqueza propia de mi carácter, que no tiene doblez ni secretos, como acostumbrado á una comunicacion de quince años con el público, sí diré, sin comprometer para nada la responsabilidad de mi partido en mis declaraciones individuales, que sobre todos estos graves problemas no pienso ahora como pensaba al comenzar mi vida pública. (Profunda sensacion.) He pasado largos dias de angustia, largas noches de insomnio por no dejar nunca la fé que, de

niño, bebí como la miel de la vida en los lábios de mi piadosa madre. Mas una escuela á la cual no devolveré en la hora de sus desgracias los insultos con que injuriaba ayer nuestras desgracias; una escuela que no quiero calificar, porque he resuelto no decir nada que sea duro contra los vencidos, ha puesto á las almas liberales en la dura alternativa de optar entre la libertad y la fé. Puesto en esta dura alternativa, para mí la eleccion no era dudosa: he optado por la libertad. (Profundísima sensacion.)

Y la misma eleccion suprema ha hecho el mundo moderno, porque tambien al mundo moderno lo ha puesto el *Syllabus* romano en la misma alternativa angustiosa. Yo he visitado la Ciudad Santa, donde yacen los restos de los dioses caidos y donde corren las hojas secas de las ideas muertas. Todas las ciudades del mundo, las más populosas, las más magníficas, parecen plebeyas al lado de esa ciudad, ceñida de su triple corona de ruinas y habitada por sus eternos sacerdotes. Yo me he confundido con sus peregrinos, y he visto que no van allí, como durante los siglos medios, en pos de ideas religiosas para templar sus almas: van los unos por amor á las antiguas artes, van los otros por amor al antiguo absolutismo. Italia, esa Italia que ha debido á los pontífices el continuar moralmente la primacía que sobre todas las naciones le dieran sus prétores y sus césares, no los escucha, no atiende á sus principios, no teme sus excomuniones, y les deja

con ménos dominio dotavía sobre su conciencia del que tiene sobre su tierra. Nuestro siglo asiste á la agonía de un culto sostenido por fuerzas materiales más que por fuerzas morales en los Estados latinos de Europa. Y la causa de crísis tan grave, la causa primordial, está en haber cerrado herméticamente el dogma á la razon, y haber querido sostener para un mundo ansioso de derechos una religion fundada en la autoridad. Así es que el pensamiento moderno y la antigua fé se han completa y absolutamente divorciado. ¡Cuántas veces, al anochecer, sobre una de aquellas colinas consagradas por el respeto de todos los tiempos; teniendo á mi espalda las celestes montañas sabinas, sembradas de cadáveres de pueblos; á mis piés Roma con sus diez y siete obeliscos egipcios y sus innumerables cúpulas, contrastadas por bosques de cipreses; en frente la rotonda de San Pedro, sobre la cual se suspendia el sol como una hostia de fuego sobre un altar gigantesco; á mi alrededor las columnas rotas, las termas destrozadas, las estátuas caidas, los despojos de las grandes batallas del espíritu humano; cuántas veces, decia, he oido el sublime coro de las campanas que tocaban á la oracion, y ha resonado tristemente en mi pecho, como si aquel tañido fuera el fúnebre lamento de un mundo, la elegía de una sociedad, la voz de las ruinas, diciéndome que por este divorcio entre la razon y el dogma, entre la libertad y la fé, muere, espira ¡oh dolor! en la conciencia humana la

religion de nuestros padres! (Profunda sensacion.)

Y á pesar de esto no debemos con ilusiones engañarnos. Un filósofo puede decir aquello que piensa, aquello que cree, atendiendo sólamente á la region pura y elevadísima de las ideas. Pero un estadista, un hombre político, debe atender á la realidad. Los filósofos, los grandes legisladores del mundo, dicen á una que las leyes morales, promulgadas en la conciencia humana, son independientes de todos los cultos externos y se alzan sobre el vário y á veces encontrado curso de todas las religiones positivas, como una ley, como un Código impuesto por la virtud pura de la verdad á la razon, y por la fuerza incontrastable del bien á la vida. Estas leyes morales pueden ser quebrantadas por nuestra voluntad libre, pero no pueden ser desconocidas por nuestra conciencia. La ley moral se impone, pues, por su propia virtud á la razon y á la vida. Pero los pueblos, aun los más avanzados, unen á la idea religiosa la idea moral, á los dogmas religiosos los principios que rigen la conducta. Imposible, pues, completamente imposible desconocer la fuerza de la idea religiosa. Todavía mece los sueños de la infancia; extiende sus alas sobre la cuna del niño; bendice los primeros amores; avasalla las pasiones de la juventud; convierte el hogar en templo, la vida en sacerdocio; pone la nota de lo infinito en las artes, el reflejo de la inspiracion en todos los sentimientos; nos acompaña hasta el sepulcro; y cuando

nuestros dias están contados, nos sostiene y nos consuela, prometiéndonos que pasará al través de las sombras de la muerte nuestra alma, como el sol á través de las nubes, para espaciarse, rotos todos los límites y acabado por consecuencia el mal, en lo infinito, en el seno de Dios.

No olvidemos, señores, que si como pensadores tenemos el derecho de decirlos, como políticos no tenemos el derecho de imponer nuestros principios á las gentes, sino el deber de respetar su conciencia. Y la mayoría de las gentes une la idea religiosa á la idea moral. Y he observado que sólo son pueblos verdaderamente libres, los pueblos que son verdaderamente morales. Y he observado que sólo son pueblos verdaderamente morales, aquellos donde la conciencia es dueña de elegir su culto: Bélgica y Suiza, Inglaterra y los Estados-Unidos. Donde quiera que hay una grande libertad, se aflojan los lazos materiales. Y donde quiera que se aflojan los lazos materiales, se aprietan los lazos morales. Por eso hoy los pueblos más religiosos son los pueblos suizo y anglo-americano, que son los pueblos más libres. Por eso hoy el pueblo ménos religioso es el pueblo ruso. Yo he conocido muchos viajeros ilustres de Rusia, yo he estudiado las obras de los publicistas que Rusia arroja de su seno, porque son incompatibles con su despotismo. Y he comprendido que no hay ningun pueblo políticamente más esclavo, y por consecuencia, no hay ningun pueblo

moralmente más desgraciado que el pueblo ruso. El autócrata es el papa, sus altos funcionarios el cónclave; allá arriba el clero blanco, vestido con toda la pompa oriental, cubierto con su tiara asiática, forma una aristocracia religiosa que es como una gran oficina de forjar almas esclavas; allá abajo el clero negro, que apenas tiene la instruccion necesaria para leer su salmodia y para manejar mecánicamente sus dos incensarios, forma una democracia embrutecida y celosa del clero alto; más bajo todavía un pueblo que obedece al clero, como la bestia al látigo, que le obedece por ser un funcionario público, delegado del czar; y en el fondo del abismo, donde el oleaje de las generaciones se pierde en una sucesion de desconocidas muchedumbres, sectas innumerables, entre las cuales unas huyen de la sociedad como un mal, otras admiten un suicidio como un bien, algunas cometen los crímenes más extravagantes como una necesidad de su culto, y casi todas se confunden, como si hubieran perdido con la conciencia la vida, en la idea de que la humanidad y el universo se hallan amortajados en el sudario de la Nada.

Francia ofrece un extraño espectáculo. En el centro hay una ciudad, Paris, que todavía es la esperanza del género humano por la multitud de sus ideas, y la esperanza de la democracia universal por la multitud de sus trabajadores; Paris, que ha dado un alma á todos los pueblos con la declaracion de

los derechos del hombre, una sentencia de destronamiento contra todos los reyes con sus batallas de Valmy, y de Jemmampes; Paris, que guarda carta de ciudadanía para todas las glorias y propaganda universal para todas las ideas en el laboratorio inmenso de su vida; Paris que, como decia uno de sus más profundos pensadores, ha levantado á la revolucion una columna y á la religion una pirámide; Paris, cuyas desgracias son tambien nuestras desgracias, cuyas victorias son tambien nuestras victorias; Paris, que nos ha dado con su Marsellesa el cántico de nuestros combates; cántico que recorrerá toda la tierra; la iliada de la revolucion, iliada que convertirá en héroes á todos los hombres. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Esta ciudad que es acaso la más trabajadora y la más económica del mundo, se defiende contra la conspiracion insensata que quiere imponerle por medio de la dictadura, la religion de la autoridad; se defiende con su filosofía crítica del pasado siglo y con la inextinguible risa de Voltaire, tan mortal á todos los ídolos y á todas las idolatrías. Pero el imperio ha rodeado esta ciudad colosal, esta ciudad revolucionaria, de una especie de cintura de cofradías y conventos que hacen de Francia una España antigua, una España inquisitorial, una España como la que nosotros hemos destruido; la nacion responsable de catástrofes tan grandes como la catástrofe de Aspromonte, y de dias tan nefastos por la hu-

manidad como el terrible dia de Mentana. (Bien, bien.) Pero, ¿qué ha conseguido la dictadura con imponer una religion, por todos los medios que el gobierno tiene, en países, donde el poder es tan fuerte y tan cuantioso el presupuesto?—Ha conseguido separar el corazon de la cabeza en Francia, las provincias de París. Ha conseguido una religion superficial, de tertulias, de salones, que léjos de ser un código de moral para la vida, es una palabra de órden para conquistar la contrarevolucion y esparcir el sueño insensato de las restauraciones borbónicas. Todo cuanto ha conseguido el gobierno francés convirtiendo los palacios de los prefectos en clubs de jesuitas, ha sido una recrudescencia de impiedad en París, y otra recrudescencia de hipocresía en el resto de Francia.

Pero ¿á qué buscar ejemplos por el mundo, cuando nosotros conocemos prácticamente en nuestra España las graves consecuencias de la confusion monstruosa entre la Iglesia y el Estado? Esta confusion ha sido la causa primera de nuestro atraso industrial y comercial, que consiste en la expulsion de nuestros judíos, los cuales fueron á enriquecer á Bayona, Liorna y Burdeos; á dar filósofos como Espinosa, de orígen español, á Holanda; magistrados como el gran Manin, de orígen español, á Venecia; oradores como Disraeli, de orígen español, á Inglaterra. Esta confusion ha sido la causa de nuestro atraso agrícola; porque expulsó á los moriscos

despues de la guerra más sañuda que recuerda la historia, y con los moriscos expulsó á los trabajadores que habian creado los tres paraisos de la Península ibérica: la huerta de Valencia, la huerta de Murcia y la vega de Granada. Esta confusion ha sido la causa de nuestro atraso intelectual; porque en los grandes dias del Renacimiento, cuando la ciencia comenzaba en el mundo moderno á alborear, obligó á Vives á un destierro perpétuo, persiguió al Broscense, quemó á Cazalla y á Constantino, atormentó á Carranza, y ahogó en nuestro cerebro la conciencia, y en nuestra conciencia el pensamiento. Esta confusion ha destruido aquellas magníficas ciudades de la Edad media, los grandes municipios, cuyas ferias eran veneros de riquezas, los grandes municipios, en los cuales se alzaba junto á las góticas agujas que llevan á lo infinito las oraciones de los cristianos, junto á las maravillosas catedrales góticas, las ricas sinagogas.

Y la Iglesia misma no ha conseguido resultado alguno favorable de tan monstruosa confusion. Estudiad España bajo el aspecto religioso, y vereis, por ciertas regiones, muchedumbres fetichistas en los campos, adorando una imágen de barro ó de madera, sin levantar jamás el pensamiento al cielo, sin acordarse jamás del nombre de Dios; muchedumbres ilustradas en las grandes poblaciones, que creyendo la fé cómplice de la tiranía, la han abandonado completamente, para llenar su corazon y satisfa-

cer la necesidad de amar y de creer que tienen todas las almas grandes, con aspiraciones puramente políticas; clases sociales enteras que hacen de la religion asunto de policía y toman los sacerdotes, no por los guardadores de las verdades eternas, sino por guardias civiles que aseguran la paz pública; un clero parroquial que se consagra al culto más que al dogma, y que se encuentra oprimido bajo la inmensa pesadumbre de obligaciones impuestas á su ministerio por el clero alto, por ese clero que en los dias de reaccion ha sido cortesano de los déspotas, enemigo de la ciencia, servil instrumento de los poderes que nos sumian escandalosamente en la ignorancia y en la miseria, agente de almas que entregar y someter á la coyunda de los reyes. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

Hay un medio de evitar todos estos males, un medio supremo, la separacion radical entre la Iglesia y el Estado. Nuestra revolucion es esencialmente cándida y no abandona el sendero ya trillado de sus errores históricos. Nos contentamos con expulsar algunas monjas de su retiro, con despedir algunos jesuitas de sus conventos, desmintiendo nuestro principio de libertad de asociacion, principio en cuya virtud pueden existir conventos de frailes y de monjas, porque nadie tiene derecho contra el derecho; nos contentamos con estos desahogos infantiles é inconsecuentes, y luego caemos en el tremendo error de entregar doscientos millones al clero, arrancán-

doselos al pueblo (Bien, bien.); doscientos millones sacados del bolsillo de nuestros amigos para atizar la eterna rabia de nuestros enemigos contra la libertad. (Frenéticos aplausos.)

Durante la guerra civil, ya sabeis qué fueron los palacios episcopales, ya lo sabeis: el club de los carlistas, el parque de los facciosos. Allí iban á tomar sus consignas y sus armas. (Ruidosos aplausos.) Y ahora, en nuestro tiempo, ya habeis visto á todos los obispos llevarse, cuando el centenario de San Pedro, millares de duros, de esos duros qne estúpidamente les entrega el presupuesto constitucional; para dar al rey absoluto de Roma, al rey que mantiene el cadalso y la Inquisicion; á un rey extranjero, jefe reconocido de todas las reacciones, cabeza visible de todas las tiranías, fusiles de aguja con que herir en Mentana la democracia, con que asesinar en Mentana la libertad. (Aplausos prolongados.) Y uno de esos obispos llevó cien mil duros, por lo cual mereció que en Roma le llamasen el Angel del Episcopado. (Risas y aplausos.) Es necesario arrancarle al clero su salario para que no pueda enviar un céntimo del presupuesto de la libertad al papa, al jefe visible de la reaccion en el mundo. (Frenéticos aplausos.)

Se dice que los pueblos de los campos opondrán grande resistencia á borrar el presupuesto del clero. Pues yo tengo para vencer esa resistencia una receta. (Risas.) Hay, por ejemplo, provincias como la

provincia de Búrgos, cuya contribucion total no bastaria á subvenir al pago de su enorme clero. Si mantienen esas provincias por sí mismas con su clero las demás funciones políticas y administrativas, ya vereis, cuando se sientan agobiadas con onerosísimos tributos, cómo reforman el presupuesto eclesiástico. Y la verdad es que la reforma conviene muy principalmente á los mismos clérigos. Su ministerio consiste en sostener la religion autoritaria de la Edad media contra las invasiones del pensamiento libre, y en sostener la vieja monarquía contra las invasiones de la democracia moderna. Viene la revolucion, plantea problemas como la libertad de cultos, como la libertad de enseñanza, como el registro civil, contrarios, radicalmente contrarios al pensamiento de la Iglesia, que sostiene en todas partes el dogma de la autoridad, y que en todas partes condena, por deber, el dogma contrario. Y como quiera que el Estado democrático paga á la Iglesia, le impone que sostenga principios opuestos á sus principios, y que cante un *Te-Deum* por sus propias derrotas. En muchas provincias, las juntas han forzado al clero á dar gracias á Dios por la expulsion de la vieja dinastía borbónica, que en el fondo, era la expulsion de la vieja intolerancia religiosa. Pues bien, yo no creo digno de la revolucion el violar la conciencia del clero, ni digno del clero el bendecir reformas que en su criterio son errores. Para adquirir su independencia, es necesario que renuncie á su

soldada. Sólo de esta suerte podrá el clero perder su carácter de funcionario y tomar su carácter de sacerdote, predicando, escribiendo como quiera, fundando cuantas asociaciones le plazca, porque la libertad no teme ya en el mundo moderno la victoria de los que la niegan y la combaten. (Bien, bien.)

Las relaciones de la Iglesia y el Estado, no pueden salir de estas categorías primordiales. Predominio del Estado sobre la Iglesia, lo cual da una ciudad como la antigua Constantinopla, donde toda vida espiritual perece. Predominio de la Iglesia sobre el Estado, lo cual da una ciudad como la moderna Roma, de donde toda vida civil, toda vida política está ausente. Equilibrio entre la Iglesia y el Estado, equilibrio verdaderamente imposible en tiempos de transicion como los nuestros, en tiempos gravísimos, en que, durante la reaccion se apodera la Iglesia del Estado, y durante la revolucion el Estado de la Iglesia; lo cual produce grandes y terribles perturbaciones. La fórmula de la revolucion, la fórmula final es la siguiente: separacion completa entre la Iglesia y el Estado. (Universales muestras de asentimiento.)

Sólo así, sólo de esta suerte podremos afianzar uno de los grandes principios de nuestra doctrina política, el principio de la libertad de cultos, que ha impuesto soberanamente la revolucion. Sí, señores, la libertad de cultos es hoy el derecho internacional europeo. La conciencia humana ha opuesto su veto

al czar de todas las Rusias, cuando ha querido arrancar violentamente el catolicismo á sus forzados vasallos de Polonia. El príncipe Cárlos de Rumanía ha estado á punto de perder su trono por consentir inícuas persecuciones contra los judíos de su reino. Los austriacos han obligado á sus emperadores á rasgar el Concordato ultramontano, para sustituirlo con el respeto á la inviolabilidad del pensamiento. El protestante rey de Prusia remata las cúpulas de la pontificia catedral de Colonia. Los antiguos saboyanos, los lasquenotes católicos del duque de Saboya acampados en Carouge, á las puertas de la ciudad de Calvino, para asediar eternamente el protestantismo de su santuario, se reconcilian con sus enemigos y convierten la ciudad austera é intolerante que mató á Servet, en una de las fortalezas de la igualdad religiosa. (Bien, bien.) El Nuevo-Mundo, así en las orillas del Missisipí como en las orillas del Plata, abre sus espacios á todas las conciencias y ofrece su aire perfumado á la voz de todos los pensamientos. El hugonote y el católico, la víctima y el verdugo se asientan en la misma Cámara para legislar á las orillas del Sena que ensangrentaron sus mútuas querellas. Los grandes oradores de Inglaterra combaten toda la tradicion patria, desafian todas las preocupaciones de la aristocracia británica, rasgan su historia para defender el derecho del oscuro campesino irlandés á no pagar de su bolsillo la Iglesia protestante, á la cual no está adherida su

conciencia. ¿Y nosotros habíamos de ser una excepcion de monstruoso retroceso; nosotros, el pueblo más generoso de la tierra? No podrá petrificarnos en los errores de 1837 la vana sofistería de un retórico reaccionario. (Frenéticos aplausos.) La libertad de cultos, completa, absoluta, es la característica de nuestro tiempo, la base de libertad de pensamiento, el derecho de los derechos y el principio de los principios; la fraternidad humana sucediendo á la intolerancia de la Inquisicion; la sociedad levantando su severa justicia sobre el egoismo de las escuelas y sobre el dogmatismo de las sectas; la reconciliacion de todos los pueblos en el seno de la humanidad; el abandono de la política interior que nos obligó á expulsar nuestros industriales, que eran los judíos, y nuestros agricultores que eran los moriscos, y nuestros pensadores, que eran los filósofos del siglo décimo-sexto; la renuncia á esa otra política exterior que nos forzaba á oponernos á la república de Holanda, á la independencia de Flandes, al engrandecimiento de Inglaterra, al humano edicto de Nantes en Francia; la creacion, finalmente, de una nueva patria en el cielo de un nuevo espíritu; y todo aquel que se oponga á tan gloriosa conquista, todo aquel que la contraríe, mayormente si es en nombre de los principios liberales, será, no el pontífice, sino el Judas de la libertad; no el hermano de los demócratas, que no quieren hermanos Caines, sino el enemigo capital del espíritu de nuestro siglo. (Aplau-

sos ruidosos y prolongados que interrumpen largo tiempo al orador.)

Considerada ya nuestra España en la esfera religiosa, considerémosla, si la transicion no os pareciese brusca, en la esfera militar, que está exigiendo más que ninguna otra, grandes y trascendentales reformas. (Profundísima atencion.) Yo soy incapaz de adular á ningun poder, y mucho menos al poder de la fuerza. Yo os adelanto desde ahora una idea y es: que así como precisa oponerse por la libertad religiosa á la excesiva influencia del clero, precisa oponerse por otras reformas análogas, á la excesiva influencia del ejército. Pero yo os digo que en España hay lo que no hay en ninguna otra parte de Europa; yo os digo que en España hay un ejército de ciudadanos. (Bien, bien.) Cuando el pueblo se ha quejado, el ejército ha oido sus quejas; y entre el gobierno y la patria ha optado siempre por la patria. Bien, bien.) Yo sé que todos los reaccionarios de Europa maldicen del ejército español; pero como los patricios romanos maldecian de Espartaco que rompió sus cadenas y las cadenas de sus compañeros en la servidumbre. (Bien, bien.) Yo creo al ejército muy dispuesto á adoptar las reformas que voy á exponeros.

Notad antes la aptitud superior del pueblo español para ser guerrillero. El español vale más como guerrillero, mucho más que todos los pueblos del mundo. ¿Por qué? Porque su ministerio principal es

defender la nacionalidad contra sus enemigos extraños y la libertad contra sus enemigos interiores. Pues bien, así para defender la nacionalidad como para defender la libertad, nada hay comparable en el mundo á la guerrilla. Fundemos sobre esta cualidad del país nuestra defensa nacional. El ejército no puede ya reclutarse por quintas. Prescindiendo de que en todas las proclamas revolucionarias se les ha prometido la extincion completa de esta contribucion de sangre, ya no es tiempo de alarmar á los pueblos con esos tablados de las quintas que eran verdaderos cadalsos; con esa lotería fúnebre en que se jugaba al acaso la suerte de las generaciones; con esos espectáculos horribles de la separacion forzosa entre el jóven y la madre de su corazon, y la pobre niña á quien habia jurado unirse, y el anciano abuelo que necesitaba de su apoyo, y los amigos de toda la vida, y el hogar del alma, y el campo del trabajo, y el templo de la primera oracion, y el nido del primer amor, para ir bajo el látigo de los reclutadores al yugo de la disciplina y al cuartel de los esclavos, dejando de ser ciudadano hasta el punto de descargar luego, al grito de los déspotas, el fusil contra sus hermanos y destrozar sus propios derechos y ahogar en sangre su propia familia, sembrando la desolacion y la guerra. (Ruidosos aplausos.)

El deseo más vivo del soldado español es cambiar el cuartel por el hogar. Puede muy bien armonizarse este legítimo deseo con los derechos adquiridos

por los jefes y con el deber rigoroso, estrechísimo, que el país tiene de subvenir á su subsistencia y de asegurarles su carrera. Yo daria la siguiente ley: Artículo primero: Se licencia todo el ejército. Artículo segundo: Todo español desde veintiun años hasta cuarenta es soldado. Artículo tercero: Todo soldado permanecerá en su casa, salvo el dia en que la independencia nacional peligre. Artículo cuarto: Todo español debe cinco dias de ejercicio al año á su país. Artículo quinto: Se reconoce á toda la plana mayor del ejército sus grados, sus honores, se les conservan sus escalas como si estuvieran en activo servicio y se les destina para dirigir y guardar los cuadros de la reserva nacional. Artículo sexto: Las diputaciones provinciales y los municipios ocurrirán á la seguridad de los caminos, á la inviolabilidad del derecho, de la vida, del hogar, de la propiedad de los ciudadanos con la organizacion de una guardia cívica sostenida á sus expensas. Así tendríamos un grande ahorro, porque lo caro es la subsistencia del soldado, y tendríamos un grande ejército, porque lo indispensable es subvenir á la defensa de la independencia nacional. (Universal asentimiento.)

Y por esta suerte se armonizarian los intereses y aspiraciones del soldado, que desea ir á su casa, con los intereses y aspiraciones de los jefes, que desean sostener sus escalas y ver premiados sus servicios. Y sucedería que, respetando todos los derechos, tendríamos un ahorro inmenso en el presupuesto. Y

ahorrando premiaríamos ese ejército de ciudadanos que con el marqués de la Romana nos dió la honra; con Daoiz y Velarde, la patria; con Riego, la libertad; con Lacy, Manzanares y Torrijos, el prestigio del martirio; con la inspiracion de la Granja, el restablecimiento del Código democrático de 1812, adoptado por las naciones libres; con el esfuerzo de 1840, la abolicion del diezmo y la independencia del municipio; con el esfuerzo de 1854, el fin de la desamortizacion y el principio del ódio á la dinastía; y con este último glorioso hecho, en que tanta parte ha tomado nuestra marina, la cual sobre la inmensidad del Océano y bajo la inmensidad del cielo, entre el canto contínuo de las olas y de los vientos, á la vista de las playas de América, libres para siempre de reyes, ha sentido la libertad y nos la ha conquistado; con este glorioso hecho, el mayor de los bienes, la posibilidad de levantar sobre la antigua patria, manchada por la podredumbre de la monarquía y ennegrecida por el humo de la Inquisicion, una nueva patria, un santuario para la democracia, que sea el seguro de nuestros derechos hoy, y mañana, despues de haber redimido á Europa con su ejemplo, la patria ideal de todos los ciudadanos libres. (Ruidosos y prolongados aplansos; vivas aclamaciones.)

Examinado nuestro país bajo el aspecto militar, examinémoslo bajo el aspecto administrativo. La organizacion política y la organizacion administrati-

va se enlazan y se completan como el sistema nervioso y el sistema sanguíneo, como el organismo y la vida. El mundo social tiene sus contradicciones y sus armonías, como el mundo físico y como el mundo orgánico. Hay contradiccion entre la autoridad y la libertad; hay contradiccion entre la sociedad y el individuo. Y sin embargo, la autoridad y la libertad son esenciales, la sociedad y el individuo correlativos. No es posible que la libertad exista sin que por su propia virtud engendre la autoridad, que facilita la coexistencia de todas las libertades en todos los hombres. No es posible que los individuos se reunan sin que de su reunion nazca esa fuerza superior que se llama fuerza social. Ahora bien, dejando para más tarde, para el fin de mi trabajo, la cuestion capital de forma de gobierno, ¿cuál es el organismo político y el organismo administrativo en armonía con la democracia? No cometamos el contrasentido de aquellos que creian posible el hombre fuera de la sociedad. Vivimos dentro del elemento social, como vivimos dentro del aire. Pero es preciso conservar íntegramente, fuera de toda limitacion, léjos de todo ataque, los derechos del individuo y la inviolabilidad del hogar. Es preciso, para más asegurar estos derechos primordiales, el establecimiento del Jurado, en el cual los ciudadanos todos son magistrados y los magistrados todos independientes del gobierno. Es preciso crear el municipio por sufragio universal, para que administre los in-

tereses comunales y responda de esta administracion ante el pueblo reunido en asambleas primarias. Es preciso crear la provincia con un Congreso propio, un gobierno propio, nombrado por sufragio universal, pequeño Estado donde se traten todos los negocios, donde se resuelva todo aquello que es esencialmente provincial. Cada grande region debe ser un Estado con su gobernador nombrado por el pueblo, sus Cámaras, su presupuesto, con su vida independiente. Y luego debe crearse un Estado central, cuyos deberes se resuman en los siguientes, que son muy sencillos: en conservar la nacionalidad, y en cuidar de los intereses puramente nacionales. El país entero debe nombrar por sufragio universal esta Asamblea. Esta Asamblea debe nombrar cada tres años un gobierno. Este gobierno debe ser el jefe del poder ejecutivo, sin esas presidencias, como la de Francia y la de los Estados-Unidos, que tanto asemeja las Repúblicas á las monarquías. Así tendremos este supremo bien á que tanto aspiramos: la descentralizacion, que es correlativa de esta palabra, sí, de esta palabra que hoy entusiasma todos los corazones porque resume todas las ideas: República federal. (Ruidosos aplausos; prolongadas aclamaciones.)

La historia humana es un contraste contínuo entre las federaciones y las monarquías; una prueba evidente de que el triunfo pertenece en definitiva á las federaciones. Al lado de cada imperio absorbente

que detiene el progreso de la humanidad, una federacion que lo impulsa. Al lado de la antigua Nínive que muere en las orgías, la federacion de Israel que da la idea de Dios á la conciencia humana; al lado de los imperios asiáticos, que sólo engendran aristocracias teocráticas, la federacion fenicia, que inventa el alfabeto para el cambio de las ideas, y la moneda para el cambio de los productos; al lado del imperio persa, las federaciones griegas, que cincelan la forma humana y la coronan con una diadema de ideas; al lado del imperio romano que llega de error en error, y de decadencia en decadencia á ser la monstruosa ergástula de la humanidad esclava, la federacion de los pueblos germánicos, que trae las semillas del individualismo; al lado del imperio español, que, apenas ha nacido con Cárlos V cuanya se pudre con Felipe II, la federacion holandesa, que llena el Océano con sus velas y la conciencia con sus pensamientos; al lado del imperio ingles, que mantiene la aristocracia feudal, la iglesia intolerante, y el pobre irlandés, nuevo siervo, en la miseria, en la ignorancia, la federacion de los Estados-Unidos, sin reyes, sin aristocracia, sin iglesia oficial, rompiendo las cadenas de tres millones de esclavos, infame herencia de la monarquía; al lado del imperio francés, que degrada una de las razas más ilustres, la confederacion helvética, que brilla como la honra de Europa; al lado de cada monarquía, con sus lacayos y sus cortesanos, una repú-

blica con sus trabajadores y sus ciudadanos, para demostrar que el bien y la libertad tienen raices eternas en la conciencia humana, y guardan eternamente sus frutos en la tierra. (Aclamaciones prolongadas que interrumpen largo tiempo al orador.)

Y todas las ideas que os he expresado tienen su lado económico, su lado útil. La separacion de la Iglesia y el Estado nos ahorra doscientos millones. La reforma del ejército otros doscientos. La descentralizacion administrativa descargaría de un gran peso los presupuestos de Fomento y de Gobernacion. Resultado: que con un gobierno como el gobierno democrático, podríamos entregar mil millones á la riqueza pública, á la circulacion de la sangre nacional. Entónces sí que aboliríamos la contribucion de consumos, sin necesidad de sustituirle otras contribuciones onerosas; entónces sí que desestancaríamos la sal y el tabaco; cuyo aumento de precio ha sido uno de los mayores peligros corridos últimamente por el órden público; entónces sí que podríamos, por la destruccion de las trabas mercantiles, llegar á acrecentar el rendimiento de las aduanas hasta el extremo de que fuera absolutamente inútil ese gravosísimo presupuesto central, que en último término da un premio, no al trabajo, sino á la ociosidad, y crea una aristocracia pobre, atenida al sueldo, y pronta á servir á todas las revoluciones y á todas las reacciones, con tal de que los gobiernos le conserven su pitanza. (Risas y aplausos.)

Yo á nadie, absolutamente á nadie compadezco en nuestra vida política, como á los ministros de Hacienda. Se les da arsénico, ácido prúsico, y luego se les exige que guisen un plato muy saludable y muy nutritivo. (Risas.) Se les dan servicios incalculables que hacer, empleados infinitos que pagar, y luego todo el mundo, absolutamente todo el mundo, les pide economías. (Risas.) Si yo fuera ministro de Hacienda, empezaría por pedir reformas en nuestro costoso presupuesto diplomático, sustituyendo embajadores y ministros plenipotenciarios por cónsules; reformas en nuestro sistema eclesiástico, suprimiendo por completo el presupuesto del culto y del clero; reformas en nuestro sistema judicial, y en nuestros procedimientos, que combinadas con el Jurado, abaratasen la administracion de justicia; reformas en el ejército, que diesen por resultado el envio de todos los militares á su casa, pagando sólamente la plana mayor; reformas en la administracion pública, que entregaran lo municipal exclusivamente al municipio, lo provincial exclusivamente á la provincia, y guardasen lo nacional exclusivamente para el Estado; reformas que remitieran la mayor parte de las funciones sociales, que son hoy funciones administrativas, á la actividad individual, á la actividad libre social; reformas que redujesen el número de empleados al mínimun posible; y de esta suerte podríamos ahorrarnos mil millones de presupuesto, pagar con la única contribucion direc-

ta toda la deuda, aun la producida por los despilfarros de la monarquía, y mantener el gobierno nacional con el producto de las aduanas, convirtiendo el arancel en puramente fiscal; con todo lo que tendriamos un gobierno que asombrase al mundo, y una riqueza que nos compensara de los cuatro siglos de miseria, engendrados por la arbitrariedad de nuestra monarquía, por la intolerancia de nuestra Iglesia. (Ruidosos aplausos.)

Y ved, señores, cómo podriamos de esta suerte, resolver ese pavoroso problema social, cuya fórmula definitiva no tiene ninguna escuela; como que es la resultante de todas las fuerzas, de todos los progresos, de todos los derechos. Inmenso incentivo para el trabajador, mil millones más en circulacion, los productos estancados en movimiento, la desamortizacion de todo lo amortizado, inclusas las minas, inclusos los restos del patrimonio real, la reforma de las leyes de señoríos que pueden y deben acabar con los restos de feudalismo, todavía existentes en muchas provincias. Yo creo profunda y firmemente que elevaríamos las clases trabajadoras al goce de la verdadera vida, y que ganados todos los derechos, aseguradas todas las libertades, podríamos emplear la actividad que ahora empleamos en la vida política, podríamos emplearla en la vida social, y fundando sociedades cooperativas por medio de la asociacion libre, voluntaria, conseguir que el salario se convierta en dividendo, que es el gran

fin de todo el movimiento económico moderno.

Sí, señores; hay un problema social cuyo término es emancipar el trabajo que fecunda el planeta, y destruir la guerra que lo ensangrienta; hay un problema social, que sin tocar para nada á la libertad y á la propiedad, polos necesarios de la vida, ha de hacer de los trabajadores los verdaderos sustentáculos de la sociedad, ya que son su alma, ya que son su fuerza; y la solucion de ese problema social no se encierra en la fórmula de ninguna escuela, sino que es la resultante final de todos los elementos progresivos, pudiendo prometernos que el cuarto Estado, el pueblo, al entrar en el goce de sus derechos, entre tambien en tales condiciones económicas que le permitan usar libre é independientemente de su augusta soberanía. (Frenéticos aplausos.)

Sueños políticos, dicen los que pretenden ser hombres prácticos. El sueño de esta noche es el despertar de mañana. (Grandes aplausos.) Por espacio de quince años se ha llamado sueño á todo cuanto estamos viendo. Sueño á la soberanía del pueblo, y el ejército lo ha grabado en sus banderas; sueño á la caida de la dinastía, y la dinastía ha caido; sueño á la posibilidad de un gobierno sin cetro y sin corona, y hoy tenemos ese gobierno; sueño á la libertad de imprenta, y los periódicos nos inundan; sueño á la libertad de enseñanza, y las Universidades la alcanzan; sueño á la libertad de reunion, y la gozamos como en Suiza ó Inglaterra; sueño al su-

fragio universal, y lo practicaremos como en los Estados-Unidos; sueño á la democracia, y la democracia es la base de la sociedad; sueño á nuestras ideas, y nuestras ideas son la luz y el aire de la vida. Pues bien: nuestros sueños económicos y sociales de hoy serán mañana, conservadores, vuestro refugio para salvaros de la bancarrota y de la miseria. (Vivísimas aclamaciones, muestras de entusiasmo. Voces generales: Que descanse, que descanse. El orador interrumpe el discurso por un cuarto de hora.)

La manera de garantizar la realizacion de todas estas verdades, la manera es que el pueblo las decrete, que el pueblo las asegure, por la única forma de gobierno en que el pueblo es dueño de sus propios destinos; por la forma republicana. (Muchas voces; ¡viva la república!) Yo aplaudo vuestro entusiasmo; pero os pido que en vez de gritar la república, voteis la república. (Ruidosos aplausos.) No os dejeis llevar así por el instinto de la libertad, ni por el talisman de un nombre prestigioso; pensad, discutid, y luego decidíos por vuestros propios derechos; porque la suerte del país, la suerte de Europa se halla en vuestras manos; y vosotros, sólo vosotros podeis salvaros ó perderos. (En este momento un repartidor del cuerpo de telégrafos entrega al orador un telégrama, que el señor Castelar lee precipitadamente.)

Señores: Acaban de darme una noticia que me

aflige profundamente. Me dicen que en el pueblo de Vejer de la Frontera se ha proclamado á tiros la república. (Grande sensacion.) Yo no creo fundada esta noticia. Yo conozco que la reaccion quiere hoy precipitar á Andalucía en graves males, como precipitó en el bienio progresista á Castilla la Vieja, para justificar proyectos de insensatas restauraciones. Pero aquella Andalucía, que cuenta entre sus glorias á Cádiz, la gran ciudad, tres veces dispensadora de la libertad en España; Jerez, que tanto ha contribuido á nuestra presente emancipacion; Sevilla, que ha formulado el sublime programa revolucionario, perfeccionamiento de los principios de 1789; aquella Andalucía comprenderá que el escollo de nuestra revolucion, el escollo donde todas nuestras libertades pueden estrellarse, es el desórden. (Grandes aplausos.) Cuando todos los derechos están asegurados, cuando la imprenta es libre, cuando es libre la tribuna, que se alza por calles y por plazas, cuando los derechos de reunion y de asociacion se hallan garantidos, cuando el sufragio universal debe pronunciar su última palabra y decidir sobre el asunto de la suerte de España, consumirse en la fiebre de una perturbacion contínua, lanzarse á motines diarios, apelar á la violencia, en vez de apelar al derecho, es el más triste de los suicidios, porque es el suicidio moral de un pueblo. (Aplausos.) Pierden nuestra libertad, pierden nuestra revolucion los que desean sostenerlas en el

oleaje de una guerra eterna y en el delirio de una fiebre que seria su muerte. (Ruidosos aplausos. Mucha agitacion de ideas, mucha agitacion moral; porque la calma seria indiferencia en tiempos tan supremos y tan críticos; pero mucho órden, muchísimo, en las calles, mucha seguridad para las personas, para las propiedades, y nacerá la república de los comicios con una robustez y con una fuerza verdaderamente asombrosas. (Aplausos.) Creeria que venís á oir mi palabra como una música más ó ménos agradable; que menosprecias mi persona, á pesar de tantas pruebas de afecto y de entusiasmo; que no teneis en el corazon sentimientos ni en la inteligencia ideas de libertad, si no os asociarais todos los millares de ciudanos que hay aquí reunidos, con vuestros votos, con vuestro asentimiento unánime á un telégrama que aconsejará á nuestros amigos de Vejer el órden y la confianza en que las Córtes Constituyentes, emanacion de la soberanía popular, asegurará sobre sus bases indestructibles la libertad de España. (Todos los concurrentes con voces de entusiasmo y muestra de general asentimiento se asocian á la idea del Sr. Castelar, que, desde la mesa de la presidencia, redacta un telégrama dirigido á Vejer de la Frontera, y concebido en estos términos:

«Diez mil republicanos, reunidos para constituir comité, os aconsejan calma y órden. Nada de violencia. Apelad á los votos. Así y solo así afianzare-

mos la libertad en España, y facilitaremos la república.» (Asentimiento general.)

Entremos ahora, señores, á tratar con calma, con mucha calma, la más grave entre todas las cuestiones, la cuestion de forma de gobierno. (Profundísima atencion.) En España vamos á rehacer nuestro pacto social. Pues en el momento en que nos entregamos á esta grande tarea, la más alta que puede un pueblo desempeñar; por la inclinacion á dilatar la vida, propia de todos los séres, los individuos han de reclamar los derechos individuales, los municipios los derechos municipales, las provincias los derechos provinciales, puesto que la escala social es una série de autonomías, como la escala zoológica en una série de organismos; y hé ahí planteada por la misma fuerza social, que es incontrastable, por las mismas leyes sociales, que son ineludibles; hé ahí planteada con grande, con extraordinario vigor, la idea republicana, única idea capaz de asegurar en realidad todas las autonomías, y bastante á satisfacer todas las tendencias que en el momento de una revolucion aparecen y que se acrecientan cuando se vá á delinear, no ya una nueva Constitucion, sino realmente una nueva sociedad.

Y sin embargo, sucede un fenómeno que á primera vista contradice esta reflexion; sucede el fenómeno de que se desprenden grupos importantes, hombres importantísimos del partido republicano para engrosar el partido monárquico. Nada me ex-

traña ménos que esta grande trasformacion. Yo explico este fenómeno por leyes inedulibles de la historia. En todas estas crísis sucede que muchos filósofos, muchos políticos, muchos tribunos, creyendo más práctico el mirar la corriente de los hechos que el mirar la corriente de las ideas, suelen por desgracia engañarse, y este engaño me explica por qué, dentro de nuestro partido, existe quien crea, quien juzge, teniendo vastísima mente, ingenio penetrante, rectitud de intenciones y de miras, imposible, completamente imposible hoy la república. La historia repite ciertos hechos con una triste monotonía. Moisés no entra en la tierra prometida. Colon se muere creyendo haber encontrado sólo un nuevo camino cuando ha encontrado en realidad un nuevo continente. Los filósofos del siglo décimo-octavo imaginaban eterna la dependencia de América, casi al mismo tiempo que América rompia el cable por el cual estaba atada al Viejo Mundo. Mirabeau se duerme en la muerte creyendo haber salvado la monarquía antigua, que no le sobrevivirá mucho tiempo desarraigada por el huracan de su palabra. Rousseau se figura que es imposible destruir á los reyes absolutos, y los reyes absolutos caen aplastados bajo el Contrato Social. Bolivar pedia un tiempo para la independencia de América la sombra de la monarquía, cuando América se lanzaba resueltamente en la república. Y Lincoln decia que se contentaba con ver abolida la esclavitud á fines del si-

glo sin adivinar que su nombre estaria unido en todas las generaciones á la redencion de todos los esclavos.

La república es la forma de gobierno más saludable. Yo he visto frente á frente los pueblos monárquicos y los pueblos republicanos; yo he visto Suiza y Saboya, la una representante de la república en toda su pureza y la otra de la monarquía en toda su extension; yo las he visto al pié de los Alpes, bajo el mismo cielo: Suiza rica y Saboya pobre; Suiza con una escuela, con una biblioteca á cada paso, y Saboya á cada paso con un convento; Suiza donde todos los ciudadanos saben leer, escribir, y Saboya sumida en la ignorancia; Suiza con obras públicas admirables, y Saboya atrasadísima; Suiza sin esbirros, sin censores, y Saboya amordazada en su conciencia; Suiza produciendo los grandes hombres que han estudiado el planeta y el espíritu, la série de los séres con la série de las ideas, y Saboya produciendo á lo más el conde de Maistre, el apologista del rey, del papa y del verdugo; Suiza, en medio de tantas catástrofes como han desgarrado el suelo de Europa y las faldas de los Alpes, conservando su independencia, su nacionalidad, mientras Saboya ha perdido nacionalidad é independencia á las plantas de extranjero César; todo, porque Saboya es la tierra clásica de la monarquía y Suiza la tierra clásica de la república. No quiero insistir más sobre este punto, no quiero recordar á América, no

quiero presentaros la esclavitud todavía existiendo á la sombra de las instituciones monárquicas, mientras se ha concluido completamente á la sombra de las instituciones republicanas; no quiero presentaros el emperador del Brasil siendo como la clave de la servidumbre, como la cúspide de la ignominia de los negros, mientras las repúblicas españolas han celebrado sus grandes fiestas patrióticas ornando los altares de la nacion con los fragmentos de las cadenas rotas de sus antiguos esclavos. (Ruidosos aplausos.)

Pero si la república es lo más saludable, la república es lo más patriótico. La grande época de nuestra prosperidad es la época de las asambleas, de los jurados, de los fueros, de las municipalidades, de las justicias, de los conselleres, de las varias instituciones, tras de las cuales se eclipsaba completamente el rey. Cincuenta años de monarquía bastaron á despoblarnos, á envilecernos, á inaugurar esa larga decadencia, como sólo se recuerda igual en los fastos del imperio romano, á cuyo término hubiera estado con Fernando VII la muerte, si no hubiera estado con las Córtes de Cádiz la libertad. (Grandes aplausos.) Los únicos pueblos que se han salvado de esta mortal decadencia, son los pueblos del Norte, los pueblos vascos, que han podido sustraerse á la atraccion fatal de la monarquía, y de esta suerte se han conservado sin quintas, sin matrículas de mar, sin estancos, sin centralizacion, gobernados por sus diputaciones y por sus juntas, próximas á fortalecer

con la sávia de los principios democráticos modernos el árbol de Guernica que Rousseau saludó como el más respetable monumento de las libertades históricas, y cuya sombra se extiende hoy sobre las tres provincias hermanadas, se extenderá mañana sobre todas las provincias españolas; y si logramos establecer pacíficamente la república ibérica, se extenderá pasado mañana sobre todas las naciones de Europa. (Ruidos aplausos.) De suerte que lanzando la monarquía, lanzamos en realidad de nuestro suelo el elemento extranjero; y estableciendo la república establecemos en realidad las bases indestructibles para continuar la maravillosa construccion de nuestra historia nacional. (Estrepitosos aplausos.)

Si la república es lo más patriótico y lo más saludable, es tambien lo más ordenado y lo más pacífico. Para evitar las revoluciones violentas, no hay como abrir un cauce á las revoluciones legales. Para impulsar serenamente una sociedad hácia sus destinos históricos, no hay como recoger la brisa que viene de la conciencia humana, la brisa de las nuevas ideas. Navegar hoy contra las ideas republicanas, es navegar contra el viento. Poneis al frente de una generacion democrática, de una generacion educada para la república, un monarca, y estas contradicciones por fuerza os traerán los mismos males, las mismas luchas que os ha traido el poner reyes absolutos como Fernando VII y como Isabel II á la cabeza de una generacion liberal; reyes teócratas al

frente de una generacion educada en los principios de la enciclopedia y de la filosofía alemana. El medio de que haya paz, indudablemente, es que la forma de gobierno sea una armonía y no una contradiccion con los principios capitales del siglo, con las ideas extendidas por la mente de esta generacion. Decretar un nuevo rey, es decretar una nueva revolucion; y al término la república con todos los inconvenientes que tiene una forma de gobierno traida despues de un prolongado combate. Decretar hoy la república, es decretar la paz: porque si bien podemos contratar para nosotros mismos, para las generaciones presentes, una monarquía, no tenemos derecho, absolutamente no lo tenemos, á disponer de la suerte, ni á interpretar el pensamiento y la voluntad de las generaciones futuras. Y al entregarlas ahora á las monarquías, al venderlas como esclavas desde el vientre de sus madres á un amo, las marcamos con un sello de inferioridad política y moral, sello que se borrará, yo os lo anuncio, con sangre. (Estrepitosos aplausos.)

Para abreviar, señores, porque me va faltando la voz... (Voces: Que descanse, que descanse.) La república es lo más conveniente, porque une á todos los partidos con su renovacion de magistraturas, en que todos los partidos pueden alternar; lo más conservador, porque caidas las dinastías antiguas, roto el yugo monárquico, de hecho estamos en república, y todo nuevo monarca será un elemento de per-

turbacion, de anarquía; lo más económico, porque sólamente la república puede vivir con un presupuesto sencillísimo, con un presupuesto que sea menor de la mitad del presupuesto actual; lo más reformador, porque sólamente la república es capaz de separar la Iglesia y el Estado, de convertir el ejército en una gran reserva, de convertir el cuerpo diplomático en cuerpo consular, de abaratar la administracion de justicia por medio del Jurado, de desamortizar las últimas tierras vinculadas en los errores económicos antiguos, de quitar la enseñanza al gobierno y entregársela á la sociedad, de uniformar la deuda, descentralizar la administracion, hacer de cada individuo un ciudadano con todos sus derechos; de cada municipio un ser en sí, de cada provincia un organismo perfecto, y del Estado, reducido á sus atributos esenciales, la clave de la unidad nacional y el seguro inviolable de todos los derechos. (Grandes aclamaciones; ruidosos, prolongados aplausos.)

Hé ahí, señores, la república. ¡En cambio la monarquía, señores, la monarquía! No puedo acostumbrarme á esta idea. No puedo comprender que un pueblo gaste medio siglo en destrozar una corona para forjar otra corona. No puedo comprender que hayamos hecho una revolucion contra una dinastía extranjera y busquemos otra dinastía extranjera. No puedo comprender que hayamos vuelto por la honra de España con una revolucion que tan-

tos sacrificios nos ha costado y caigamos al nivel de esos pueblos desgraciados y pequeños, de cuya suerte dispone arbitrariamente la diplomacia europea. No puedo comprender que arrancárais, que pisoteárais los signos de la autoridad real para forjarlos nuevamente. No puedo comprender que en aquella noche del 29 de Setiembre creyera el mundo que éramos un pueblo de ciudadanos libres y ahora resulte que somos un pueblo de cortesanos y de lacayos. No habrá, yo lo creo, yo lo espero, no habrá monarquía. (Muchas voces: No, no, no la habrá.)

Y es tan grande el interés que la opinion tiene en este punto capital, que he notado un fenómeno singularísimo. Nadie se preocupa hoy de estas ó de las otras reformas. Las más capitales encuentran los ánimos indiferentes, frios. Todo el mundo os pregunta qué deseais; si república ó si monarquía. Porque todo el mundo sabe, con este instinto social que es tan poderoso, todo el mundo sabe que con monarquía, siquier sea el ente de razon llamado monarquía democrática, vamos á la reaccion violenta, mientras que con república, si quier sea una república imperfecta, vamos á las reformas legales, á las revoluciones pacíficas. (Bien, bien.)

El monarca tiene sus atributos esenciales. Y esos atributos esenciales son el derecho de nombrar todos los empleados y repartir todo el presupuesto; el derecho de convocar y disolver las Córtes; el derecho de dar ó negar su sancion á las leyes; el derecho

de declarar la guerra ó hacer la paz; el derecho de elegir sus ministros; el derecho de vincular ese poder inmenso, monstruoso, asiático, bajo el cual se asfixian las generaciones, se apagan las libertades; el derecho de vincular ese poder en sus hijos para que lo ejerzan contra vuestros hijos. (Frenéticos aplausos.)

Así el temperamento de un rey ó de una reina, sus pasiones, sus gustos, el desarreglo de sus nérvios, el histerismo, las digestiones de su estómago, la sangre de sus venas, los vicios ó las virtudes que inocule á sus hijos, pueden salvar ó perder un país, pueden hacer feliz ó infortunada una generacion, y por eso nada hay tan peligroso como una monarquía, nada tan temible como un monarca. (Bien, bien.) Nuestra América, la América española, que desde hoy estará unida á nosotros por la armonía del espíritu y la armonía de las instituciones, ha gastado medio siglo en libertarse para siempre de los poderes permanentes; y como quiera que con la destruccion de Rosas, de Santa Ana, de Itúrbide, de Maximiliano, lo haya conseguido, bien puede asegurarse que no ha perdido su tiempo, que lo ha empleado gloriosamente en bien de sí misma y en bien de la humanidad entera. (Ruidosos aplausos.)

Pero yo pregunto: ¿basta para tener monarquía con decir que queremos monarquía? No, se necesita tener á mano un monarca. La monarquía es una institucion personal, y por lo mismo necesita de

una persona particularísima, persona de un prestigio excepcional; de un prestigio capaz de ser trasmitido á cien generaciones. La monarquía sin monarca es una afirmacion ridícula, que sería risible, si no pudiera ser sangrienta. Pero yo conozco bien la táctica de los reaccionarios, y sólo siento que no lo hayan conocido los demócratas de buena fé, los que se han dejado desarmar de su ideal, es decir, de su fuerza, por esa habilísima táctica. Empiezan por pedir una monarquía, aunque enmascarada de democracia. Concedido esto, siguen por pedir que se conceda á ese monarca los derechos anejos á la monarquía. Y como la concesion de una monarquía es una derrota de los demócratas, y la série de derechos monárquicos otra série de negociaciones de los derechos democráticos, ya vendrá por la fuerza misma de las cosas desde las declaraciones monárquico-democráticas una dinastía semi-absolutista; que el error engendra una peste de errores. Yo quisiera grabaros en el fondo del alma estas palabras, que algun dia parecerán dictadas á la historia, y que, si tenemos monarquía, cumplirán en todas sus partes los tiempos por venir.

Pero vanamente nos esforzamos. En los momentos supremos en que vivimos, no teniendo á nuestra disposicion monarca, no tenemos, no podemos tener monarquía. El monarca ha de ser español ó extranjero. En España no hay candidato. En España ya no nacen reyes. Nuestra tierra, esta tierra de

la libertad, no engendra ya esos fantasmas. (Ruidosos aplausos.)

¿Puede ser un rey extranjero? Para traerlo sería necesario herir el sentimiento nacional en todo cuanto tiene de más vivo, de más enérgico. Hace tres siglos que estamos gobernados por extranjeros. Ellos han podrido la raíz de nuestras libertades. Ellos nos han arrancado nuestros fueros. Ellos han torcido el curso de la vida pública, que marchaba serena por la libertad, hácia ese pantanoso despotismo que exhalaba la muerte. Los pueblos son dignos, cuando son capaces de gobernarse á sí mismos. El dia que recorramos Europa buscando quien nos gobierne, quien nos dirija, nos habremos dado una patente á nosotros mismos de inferioridad política, de inferioridad moral. Y en la revolucion de Setiembre, léjos de haber escrito la carta de vuestra libertad, escribireis la carta de vuestra servidumbre; porque no se puede impunemente herir el patriotismo, herir la independencia, ni siquiera las susceptibilidades de patriotismo y de independencia en países como el nuestro, que mil veces, defendiendo su propia nacionalidad, han defendido y han salvado todas las nacionalidades europeas. (Ruidosos aplausos.)

Además, ¿qué rey extranjero tenemos? Da lástima ver las candidaturas presentadas, todas inverosímiles, todas absurdas. El nombre del duque de Montpensier es uno de los primeros que en la lista de los

candidatos se presenta, y con muchas probabilidades de éxito, segun ciertos astrónomos políticos, á pesar de que si algun viento corre, es contrario, tempestuosamente contrario, á ese príncipe, más extranjero á nuestra nacionalidad por su política maquiavélica y pequeña, que por su nacimiento en el mismo suelo donde nacieron los Borbones, á cuya familia pertenece con iguales títulos que Enrique V, Isabel II ó Cárlos VII. (Bien, bien.)

¿Qué título puede presentar?—¿Su apellido de Borbon? Está condenado por la sentencia inapelable de las revoluciones.—¿Su conjuracion contra la familia caida?—Es un fratricidio moral que la conciencia de todo el género humano castiga con una grande reprobacion, y que el pueblo español no puede premiar con una corona.—¿Su política?—Es tan absolutista como la política de la rama caida, con la cual ha sido cómplice de manejos reaccionarios en la curia romana, y con la cual ha pensado en la union de las dos ramas para restaurar el borbonismo en Francia, que hubiera sido la restauracion del absolutismo en España.—¿Su literatura?—Del palacio de Sevilla han salido esas novelas católicas destinadas á presentarnos ante Europa, que las devoraba por su mérito intrínseco y literario, como un pueblo de inquisidores y de chisperos; sin pensamiento propio, sin conciencia libre, sin ánimo para ejercer el derecho, destinado á tener siempre por toda universidad la sacristía, y por todo comicio el

chiquero.—¿Los servicios de su familia?—Desconfiad siempre de la política ambiciosa de esas ramas segundas que se agarran á los tronos como las plantas parásitas á ciertos árboles seculares para derribarlos. Tienen todos los defectos de las antiguas dinastías y ninguna de sus ventajas, porque como ellas desirven á la libertad, y no sirven despues de todo, como ellas, á la autoridad. Son todavía en la Edad moderna familias tan desastrosas como fueron en la Edad media los Angevinos de Nápoles y Sicilia; los Trastamaras de Castilla y Aragon. Y los Orleanes con el Regente, los Orleanes con Felipe Igualdad, los Orleanes con Luis Felipe solo han sabido perturbar á Francia. (Estrepitosos aplausos.)

Por último, ¿nos presentarán como título su analogía con los Oranges? Si quieren ser los Oranges de España, que nos digan dónde está su Holanda, dónde sus servicios á la libertad de pensar, dónde las batallas que han librado, y en cuyo nombre puedan pedirnos el restablecimiento de su familia en España, y por ende el restablecimiento de su familia en Francia, lo cual sería una de las mayores calamidades que podrian desatarse sobre las naciones europeas, cansadas de los privilegios de las clases medias, y resueltas á admitir los derechos de la democracia. (Grandes aplausos.)

Porque casualmente la familia de los Orleanes ha venido al mundo para demostrar la imposibilidad de las monarquías democráticas. Familia de con-

vencionales y de príncipes, parece reunir en sí la ecuacion suprema de la autoridad con la libertad; y sin embargo, en cuanto ha subido alevemente al trono por la escala de las barricadas del pueblo, ha vuelto contra el pueblo sus cañones; ha sido enemiga de los derechos del pueblo, de todas las libertades, como las dinastías antiguas; y ha caido, por vulnerar las reuniones, por no consentir la rebaja del censo, por ser obstáculo á la democracia, obstáculo que la democracia no pudo vencer sino aplanándolo, cubriéndolo con su oleaje. Los Orleanes representarian una media restauracion borbónica, y como todas las restauraciones y todas las revoluciones á medias, serian el aborto de la libertad y el aborto de la autoridad, la mezcla informe de la anarquía y el despotismo.

Siendo difícil D. Antonio de Orleans, no es ménos difícil D. Fernando de Coburgo. Yo digo que tuvimos Fernando III el Santo, Fernando IV el Emplazado, Fernando V el Católico, Fernando VI el Pacífico, Fernando VII el Deseado, y que la diplomacia quiere traernos á Fernando VIII el Imposible. (Risas y aplausos.) Sí, imposible, porque en España no se le conoce. Sí, imposible, porque sus únicos títulos á la corona serian la indiferencia con que ha visto nuestros males, y el apoyo indirecto que ha prestado á nuestros opresores. Sí, imposible, porque su nombramiento seria una amenaza á la independencia de Portugal, que sólo querrá unirse á nos-

otros cuando le ofrezcamos un ejemplo análogo al que Suiza ofreció á Neufchatel y á Ginebra. Sí, imposible, porque el dia de su muerte nos dejaba con el embrollo de la herencia, una de esas guerras de sucesion que han sembrado de escombros nuestro suelo. No puede venir sino por un amaño, no puede permanecer entre nosotros, sino porque haya la indiferencia pública llegado hasta el embrutecimiento; y no se puede morir sin dejarnos entre sus hijos primogénitos, reyes de Portugal, y sus hijos segundos, reyes de España, una guerra de sucesion, semiguerra civil y semi-guerra extranjera, como aquella horrible que ensangrentó el advenimiento de los Borbones. (Grandes aplausos.) Y el pueblo español no tiene su sangre para darla por ningun rey de la tierra. (Redoblados aplausos.) Una gota de esa generosa sangre no la merecen todas las coronas de Europa. (Redoblados aplausos.) Guardadla avaros para la libertad. (Extraordinario entusiasmo.)

Descartados estos dos candidatos, que el uno tiene algun apoyo en una pequeña fraccion progresista, y el otro algun apoyo en una pequeña fraccion del partido conservador, los demás no merecen tratarse gravemente. No hablemos del rey de Sajonia, cuyos títulos á la corona de España son sus traducciones del Infierno del Dante. No hablemos del príncipe Alfredo de Inglatèrra, muy conocido en su casa; pero desconocido en la nuestra. (Risas.) Que ni entenderia siquiera á sus leales súbditos, ó pronunciaria,

cuando mas, el discurso del trono en chapurrada lengua, capaz de herir todos los oidos españoles. (Risas.) Además, los periódicos ingleses dicen ahora que la monarquía es asunto de puro lujo en Inglaterra, asunto de fiesta, de etiqueta, y que no tienen bastantes príncipes en su familia real para divertirse. (Risas.) Ellos que son ricos, y que mantienen 25.000 animales de todas clases en su jardin zoológico, paguen largamente los príncipes que les plazcan, aunque á cambio de ese dinero, bien los zahieren y ridiculizan de todas maneras: que nosotros somos pobres, y no queremos artículos tan lujosos, tan inútiles y tan caros como una monarquía. (Grandes aplausos.)

Tambien dicen que se ha susurrado por ahí el nombre del príncipe Amadeo de Saboya. Es imposible el renacimiento en España de una dinastía que se muere en Italia. Aquí no tenemos las cuestiones interiores y exteriores que legitimaron el advenimiento al trono italiano de la antigua casa de Saboya. Nosotros hemos ganado nuestra patria sin reyes en la guerra de la Independencia. Y el advenimiento de un príncipe italiano podria ser una complicacion grave en los asuntos de Italia, que, á su vez, son asuntos de gravísimas complicaciones en toda Europa. El príncipe Amadeo ha vertido su sangre por su patria como un héroe. Pero la monarquía obliga á ejercicios tales para granjearse partidarios, que cuando yo lo he visto, señores, lo he visto ha-

ciendo títeres en Florencia. (Risas y aplausos.)

No nos riamos de cosas tan graves como son el organismo y la constitucion del poder supremo. Pero esas risas provocadas sólo por el nombre de los candidatos prueban á la faz de Europa que aquí no hay ningun rey posible y mucho ménos un rey extranjero. Y como no hay rey posible, el que venga vendrá contra la opinion. Y como vendrá contra la opinion, necesitará hacer lo que hacian los Borbones en España, lo que hacen los Bonapartes en Francia; ahogar la opinion. Y para ahogar la opinion no hay más medio que ahogar la libertad. Y el establecimiento de una monarquía será la muerte de la libertad. (Bien, bien.)

Así es, señores, que en cuanto venga un rey, si viene, que todavía no le he visto llegar al palacio de Madrid, en cuanto venga un rey, empezará por perseguirnos como nos persiguieron los destronados Borbones. Y la situacion será desde el primer dia tan violenta como era la situacion en los últimos dias de Isabel II. Yo volveré á la expatriacion, de grado ó fuerza, porque los republicanos seremos incompatibles con el nuevo monarca. Y bien pronto me seguirán al destierro, lanzados por el rey, los demócratas que hayan votado la monarquía democrática. (Aplausos.) Esto ha sucedido en Francia, en Bélgica, en Italia, en Alemania; y esto sucederá fatalmente en nuestra España.

Lo único que puede salvarnos, lo único que pue-

de unirnos absolutamente es la república. Yo la quiero, yo la sostengo porque es, señores, la libertad para todos los españoles. Sí, ante todo y sobre todo, la libertad. Hartas penas, hartos sacrificios nos ha costado este bien precioso para que lo perdamos tristemente. Yo quiero la república por sí, pero la quiero todavía más porque es la única áncora que nos queda para afianzar la libertad. Sé que no la ganaremos sino padeciendo mucho, trabajando mucho, y con el dolor de vernos perseguidos por la calumnia. Sé más, sé que nosotros conquistaremos moralmente la república y otros la gobernarán, como los que ayer se asustaban del nombre de demócratas son hoy los primeros á invocar la democracia. Yo conozco demasiado la vida humana para extrañarme de esta situacion á primera vista extraña; de la victoria moral de nuestras ideas y la victoria material de sus enemigos. Los elementos revolucionarios inician y los elementos conservadores realizan las reformas. Yo me glorío de servir á las ideas en sus dias de desgracia, en sus dias de prueba. Contento con los bienes alcanzados, me quedo á trabajar por los bienes que aun nos faltan, por el ideal que todavía no nos ha sonreido. Veinticinco años de estudios históricos me han convencido de que los dolores diarios por una idea se resuelven al fin de la vida en una gloria suprema; y de que cien derrotas parciales de una gran causa la depuran como en un crisol y aceleran su victoria total. La historia es una lucha per-

pétua entre las ideas y los intereses. Las victorias parciales son todas para los intereses creados de antiguo, pero la victoria total es toda para la idea. Yo os aseguro que, al concluirse la evolucion de esta época revolucionaria, habremos resuelto el problema del siglo, habremos aliado la democracia con la libertad en el seno de la república.—He dicho. (Ruidosos aplausos. Prolongados vivas y aclamaciones á la libertad, á la república y al orador.)

13 de Noviembre de 1868.

FIN DE CUESTIONES POLÍTICAS Y SOCIALES.